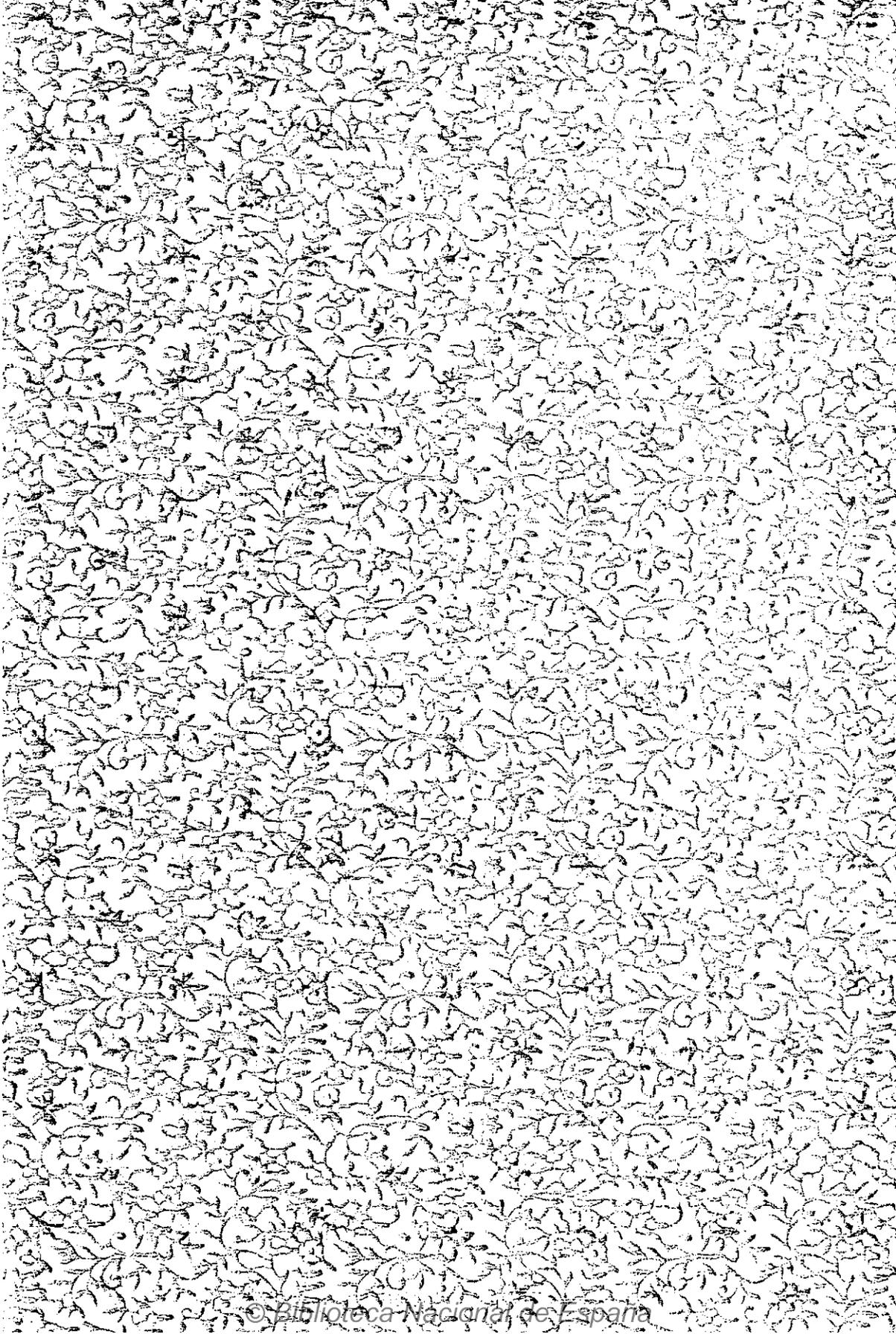
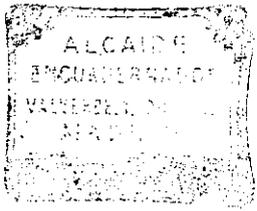


ca Nacional de

2

54366





ESTUDIOS

SOBRE

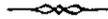
LONGFELLOW

(VIDA Y OBRAS)

POR

D. VÍCTOR SUÁREZ CAPALLEJA

INDIVIDUO DEL CUERPO FACULTATIVO DE ARCHIVEROS
BIBLIOTECARIOS Y ANTICUARIOS



MADRID

TIPOGRAFÍA DE MANUEL G. HERNÁNDEZ

IMPRESOR DE LA REAL CASA

calle de la Libertad, núm. 16

1883

2
54366

ESTUDIOS SOBRE LONGFELLOW

(VIDA Y OBRAS)

ESTUDIOS

SOBRE

LONGFELLOW

(VIDA Y OBRAS)

POR

D. VÍCTOR SUÁREZ CAPALLEJA

INDIVIDUO DEL CUERPO FACULTATIVO DE ARCHIVEROS
BIBLIOTECARIOS Y ANTICUARIOS



Francisco Pi y Mergall.
Abogado. MADRID.



MADRID

TIPOGRAFÍA DE MANUEL G. HERNÁNDEZ

IMPRESOR DE LA REAL CASA

calle de la Libertad, núm. 16

1883



ES PROPIEDAD DEL AUTOR

QUEDA HECHO EL DEPÓSITO QUE MARCA LA LEY.

Á LOS SEÑORES

EXCMO. MARQUÉS DE PIDAL

Y

D. ALEJANDRO PIDAL Y MON

DIPUTADOS Á CORTES, ETC., ETC.

Por obligaciones de gratitud y cariño

Victor Suárez Capalleja.

Madrid, diciembre de 1882.

CUATRO PALABRAS



s interesante y oportuno un estudio sobre Enrique Wadsworth Longfellow.

Acaba de morir el gran poeta de este nombre, y apenas si le han dedicado los periódicos algunas frases laudatorias, rubricadas por el mismo autor del trabajo que nos ocupa. Dar á conocer la vida y obras del gran poeta norte americano, hoy que las musas españolas buscan con verdadera necesidad nuevos horizontes, es realizar un acto de gusto, moralidad y cultura. Tal es, indudablemente, el precioso trabajo de nuestro querido amigo Sr. Suárez Cappelaja, fogoso admirador del vate insigne que representa la literatura y la poesía de los Estados Unidos.

Que no es Longfellow un escritor de segundo orden, sujeto á las veleidades de la moda ó del capricho. Tiene carácter propio y nobilísima independencia. Arrullaron su juventud las auras del romanticismo, pero no le envenenaron el alma con doctrinas escépticas ó femeniles melancolías, sino que, por el contrario, le prestaron lo único viril y generoso que llevaba consigo el movimiento romántico: el calor y la vida.

Viajero estudioso y profesor de literatura, bebió en los grandes autores de la antigüedad y en los clásicos modernos; pero no tomó de ellos la rigidez ó la frialdad, sino la corrección elegante y la naturalidad encantadora. En su edad madura conoció el realismo, hoy preponderante en Europa, pero no buscó en sus procedimientos fotográficos las menudas descripciones que dan asco y vergüenza, sino el candor y la frescura naturalistas, dotes valiosas que, dígase con valor, resplandecen más en el *Lazarillo* ó en el *Tacaño* que en todas las *Raleas* y *Tabernas* de nuestros días.

De estas breves indicaciones se desprende que el buen gusto es cualidad inherente al gran poeta de Norte-América. Se mantiene siempre en una atmósfera de serenas armonías y de celajes transparentes, dulcemente iluminados. Es épico, con la nobleza y suavidad de Virgilio, y sin los ímpetus y contorsiones de Lucano. Es dramático, con más tendencias á la narración que al diálogo, con menos interés que gracia, y más apto, por ende, para engendrar un sentimiento puro y generoso que para causar un efecto determinado, por cualquier mecanismo escénico. Y es lírico, verdaderamente lírico, reuniendo en maravillosa síntesis el candor de Teócrito y la ligereza de Anacreonte, la urbanidad y buen sentido de Horacio y la dulzura y religiosidad de nuestro León. Si el lirismo es sugetivismo, si la lira refleja al cantor, el poeta del *Excelsior* y de *La Escala de San Agustín* es un hombre de clara inteligencia, de sano corazón y de integérrima voluntad.

La voluntad es el eco más sonoro de sus melodías. Con razón se ha detenido el crítico español de Longfellow en trazar este hermoso carácter del poeta, que revela al filósofo. En sus cantos no inspira nunca desalientos; aconseja siempre luchar hasta vencer ó morir, que también morir es vencer, pues «la muerte es libertad,» según decía Aparici muy próximo al sepulcro.

Ve el Sr. Suárez Capalleja en su poeta un vigoroso contradictor del pesimismo. Lo es, en realidad, aunque no tuviera, como hoy se dice, conciencia plena de su misión. El que grita siempre ¡más allá! á su joven héroe cuando trepa

«por la fragosa, yerta, aérea cumbre,
que sube, amenazando
del sol la viva lumbre...»

(como diría Herrera el divino), ese poeta varonil cuya dicha es el obrar, condena implícita y resueltamente el sistema pesimista, enervador y cobarde, que desde Leopardi á Campoamor se está manifestando en quejumbrosos acentos ó en afectadas y tétricas doloras. Sobre las últimas descarga sus justas cóleras el Sr. Capalleja. Enérgico y arrebatado, como lo dice el estilo encendido, nervioso, vivo y coloreado por la pasión que campea en su estudio de Longfellow, no concibe pasiones tempestuosas bajo el semblante bucólico de su paisano D. Ramón de Campoamor, víctima acaso de la moda literaria. Algo de esto, y algo también debido á su carácter, que no parece el férreo de los mártires, son las causas de esos homenajes poéticos al lúgubre pesimismo; porque no los rendiría á ser como la Nieves de su último poema

«.....una creyente
de esas que van con valerosos pechos
luchando con las penas frente á frente,
porque saben que flota Providente
un Eterno ideal sobre los hechos...»

El carácter viril de Longfellow, tan opuesto al flexible del autor de las *Doloras*, se revela en sus poemas épicos y líricos, inspirados los más en la idea cristiana de que la vida es una batalla y el premio de los vencedores está en el cielo. Enardecido nuestro crítico al sentir los ardores de la pelea,

ha estudiado al poeta más bien bajo su aspecto filosófico que por sus condiciones literarias: ha sido deslumbrado por los resplandores del pensamiento, sin pararse mucho en los esplendores de la forma. Las musas americanas se adornan con galas y pedrerías de colores desentonados: la musa de Longfellow, moderada y culta, se viste con la sobriedad rayana de la sencillez griega.

Algunas de las poesías de Longfellow aparecen traducidas en este opúsculo. Las que ha vertido el Sr. Baquero, bibliotecario erudito, prosista correcto y poeta de gusto clásico, no han perdido sus nativos y admirables primores; las debidas á mi pluma, blanda en acceder á los ruegos de la amistad, son lánguidas, desmadejadas é incorrectas. Perdónenme este pecado mortal, en vista del sincero voto que hago de verterlas con todo el esmero posible, si el Sr. Suárez Capalleja realiza su propósito de traducir á *Evangelina*.

Esta es, acaso, la joya mejor del poeta americano. Idilio conmovedor, del que se han agotado en Francia cuatro ediciones, merece engalanarse con el traje espléndido de nuestro rico idioma. No tiene el interés resultante de las peripecias inverosímiles que amontona Montepín en sus novelas; pero reúne méritos superiores que nunca declinan: el de un sentimiento puro y el de un estilo immaculado.

¿Coronará su obra nuestro amigo traduciendo á *Evangelina*? Es necesario contrabalancear las influencias malsanas del romanticismo burdo ó del realismo anti naturalista que nos invaden y atropellan. Y esto se consigue dando á conocer el hermoso poema de Longfellow, así como *Hiawata*, obra de arqueólogo, y la *Divina Tragedia*, canto cristiano, hijos del mismo padre. A los cuales, si preciso fuera añadir algunos más, le rogaríamos que vertiese á nuestro idioma ciertas *Armonías* y *Meditaciones*, de Lamartine, la *Esperanza en Dios*, de Musset, los *Himnos Sacros*, de Manzoni, los *Poe*.

mas Evangélicos, de Laprade, etc., etc., poesías todas que infundirían nueva sangre en las venas de la musa castellana. Hoy se traduce mucho, demasiado: no ya sólo, como hace veinte años, todo engendro transpirenaico, sino todo absurdo nacido en cabezas extranjeras. Vienen de Inglaterra, con antifaz de positivismo, las fantásticas evoluciones de la escuela de Darwin, y con apodo de novelas, las narraciones semi-legendarias de Dickens; vienen de Alemania los alardes de iliterato y desenfrenado materialismo y los «suspirillos germánicos,» ó poesías liliputienses, lágrimas de una flor ó píos rudimentarios de un pajarillo; de Francia, los desatinos de una escuela calumniadora de la naturaleza, y de todas partes lo más atrevido, procaz y majadero que se publica. Pero al lado de estos asadores que se vuelven espadas, según el apólogo, figuran traducciones de obras excelentes que, más de una vez, convierten las espadas en asadores. Por medio de Bibliotecas que se apellidan clásicas, castellanas, universales, selectas ó escogidas, entran en España Teócrito, el bucólico más insigne; Bello, el cantor de la flora americana; Esquilo, el más sublime de los trágicos griegos; Schíller, el más sentido de los dramaturgos alemanes; Cicerón, con todas sus obras, retóricas y filosóficas; Bossuet, con sus oraciones fúnebres; los Poemas Gaélicos, admirable superchería de los cantos ossiánicos; los cuentos de Hofmann, colección de fantasías engendradas por la cerveza... y otros autores eminentes que, más ó menos disfrazados, vienen á recorrer las floridas eminencias del Parnaso español. A este movimiento de verdadera ilustración obedece, sin duda alguna, el trabajo presente sobre Enrique V. Longfellow. Los que lo lean dirán con el autor de la *Epístola á Olmedo*:

¡Feliz, oh Musa, el que miraste pía
cuando á la nueva luz reciennacido
los ternezuelos párpados abría!

No ciega nunca el pecho, embebecido
en la visión de la ideal belleza,
de incesantes contiendas el ruido.

El niño Amor la lira le adereza,
y dictanle cantares inocentes
virtud, humanidad, naturaleza.

M. GUTIÉRREZ.

Madrid mayo de 1882.





ESTUDIOS SOBRE LONGFELLOW

(VIDA Y OBRAS.)

Non Homero soli locus est.

I.

AMÉRICA es un país verdaderamente poético. Sus caudalosos ríos, que parecen mares; sus altísimas montañas, que ora esconden su nevada frente en las nubes, ora bordan el espacio con humeantes penachos de llamas y vapores; sus bosques gigantes y seculares,

«que parece que el bautismo
guardan de la creación,»

como ha dicho un dramático; su fauna, incomparable por su riqueza y variedad; el Océano inmenso, de cuyas majestuosas ondas parece haber surgido, como la diosa del amor; su cielo tropical, encendido en los más deslumbrantes resplandores, todo se dirige con grandiosa elocuencia á la fantasía, enriqueciéndola con espléndidas imágenes y nuevos y desconocidos aromas y colores, que reclaman el *os magna sonaturum* de los grandes poetas. Así el príncipe de los hispano-ameri-

canos, el venezolano Andrés Bello, respondiendo á esta voz, cantaba en su admirable *Silva á la agricultura de la zona tórrida*:

«Tú tejes al verano su guirnalda
de granadas espigas; tú la uva
das á la herviente cuba:
no de purpúrea fruta, ó roja ó gualda
á tus florestas bellas
falta matiz alguno; y bebe en ellas
aromas mil el viento.»

.....

«Tú das la caña hermosa
de do la miel se acendra,
por quien desdeña el mundo los panales:
tú en urnas de coral cuajas la almendra
que en la espumante jícara rebosa;
bulle carmín viviente en tus nopales,
que afrenta fuera al múrice de Tiro;
y de tu añil la tinta generosa
émula es de la lumbre del zafiro.»

.....

«Tú vistes de jazmines
el arbusto sabeo
y el perfume le das que en los festines
la fiebre insana templará á Lieo.
Para tus hijos la procera palma
su vario feudo cría,
y el ananás sazona su ambrosía;
su blanco pan la yuca,
sus rubias pomas la patata educa,
y el algodón despliega al aura leve
las rosas de oro y el vellón de nieve.»

Hasta los mismos orígenes del Nuevo Mundo son abundosa fuente de inspiración: todos los misterios son poéticos, y misterios geológicos y arqueológicos envuelven la cuna de la joven América.

Cuando apareció radiante de virginal hermosura ante las

carabelas del genovés, las musas españolas, como todas las europeas, hallábanse deslumbradas por las renacientes bellezas del Partenón y del Coloseo. Esta idolatría por lo pasado cegaba á nuestros poetas al extremo de no comprender ni admirar la magnificencia del continente americano, que para ellos debía tener el encanto de la novedad, el atractivo de lo grandioso y el prestigio de la lejanía. Á pesar de esto, ni Lasso de la Vega en la *Mexicana*, ni Barco Centenera en la *Argentina*, ni Saavedra Guzmán en el *Peregrino indiano*, ni el mismo Ercilla que «tomando ora la pluma, ora la espada» había peleado y cantado en los «secos terrones» del Arauco, ni otro alguno sintieron latir vivamente su corazón ante el espectáculo maravilloso de las Indias.

Solamente los historiadores, que no estaban tan encadenados por los lazos del Renacimiento, recibieron y expresaron algunas impresiones de aquellas poéticas comarcas: Oviedo y Valdés en su *Historia general y natural de Indias*, López de Gomara en su *Historia general de Indias* y en su *Crónica de la Conquista de Nueva España* y el mismo Hernán Cortés en sus *Cartas de relación*, aunque imitando á César, describen con gusto y colorido las maravillas de América.

Necesario fué que se produjera una reacción contra las estrecheces amaneradas de mal entendido clasicismo greco-latino para que pudieran apreciarse las infinitas bellezas de la tierra americana. Uno de los primeros en revelarlas á la aletargada Europa fué el cantor de los *Natchez* y de *Atala*, poniendo de moda estas canciones bucólicas que no podían resonar en la avena pastoril de amanerados Teócritos y Virgilio.

Ya en nuestro siglo, habiendo roto la crítica los moldes antiguos, rehabilitando la poesía de la Edad Media y la oriental, trayendo al acervo común apreciadas ó no comprendidas joyas, como el *Kalevala* finlandés, los *Nibelungen* germánicos, y el *Romancero español*, las musas americanas se han inspirado en las emanaciones de su nativo suelo, creándose un Parnaso propio. Ya no ven los poetas á través de un prisma falso los colores de aquel cielo espléndido, ni ya siguen el vuelo del águila del Tonante, sino los audaces giros del condor, que majestuoso se levanta sobre los

Andes. Véase cómo canta el poeta mejicano Flores, en su poesía *Bajo las palmas*:

«Por pabellón tenemos la techumbre
del azul de los cielos soberano,
y por antorcha la potente lumbre
del espléndido sol americano.»

.....
«Y tiene el bosque voluptuosa sombra,
profundos y selvosos laberintos,
y grutas perfumadas con alfombra
de enlodos y tapices de jacintos.
Y palmas de soberbios abanicos
mecidos por los vientos sonorosos,
aves salvajes de canoros picos
y lejanos torrentes caudalosos.»

Con esta riqueza y variedad de color se expresan también Agustín Cuenca pintando la *Mañana*, Híjar y Haro en los *Misterios de la noche*, Justo Sierra en sus melodiosas *Playeras*, Peón Contreras en el *Salto de Barrio-Nuevo*, donde pinta la impetuosa corriente, de este modo:

«Y hierve el agua en el revuelto seno
del hondo abismo frío,
zumbando como el trueno,
y las ondas avanzan, y sereno
sigue su marcha majestuoso el río.»

En esta rápida reseña de los poetas hispano-americanos, no debemos olvidar al negro Plácido, tan dulce como Chénier y como él tan desgraciado; á Heredia, cantor del *Niágara*, que parece haber dado á sus versos la magnificencia y estruendo de tan famosa catarata, y por último, omitiendo á otros muchos, al poeta limeño Sr. P. Llona, comparable por la pujanza y delicadeza de su sentimiento y la cinceldura de su expresión viril á nuestro Núñez de Arce (1).

(1) Hé aquí un soneto en que no se puede grabar mejor la desesperante duda que desgarró su alma, y que no dudaría en firmar el Sr. Núñez de Arce:

II.

La América Septentrional á pesar de ser país de mercaderes é ingenieros, calificado con exacta expresión de país del *dollard*, no ha podido resistir á la influencia de la poesía que por todas partes la asedia.

¡Dentro del corazón ya ha enmudecido
de la Esperanza el cántico halagüeño,
y el alcázar magnífico y risueño
del Porvenir en niebla y humo es ido!

Ya la adusta verdad he conocido,
y vi del hado universal el ceño,
y disipado mi grandioso ensueño,
es mi calma... un dolor adormecido!

La implacable razón con voz severa
grita, sin tregua, al alma entristecida,
de toda nuestra dicha la quimera...

Y hoy la piedad comprendo de la suerte
que junto al mal inmenso de la Vida
puso el remedio eterno de la Muerte!

No podemos resistir al deseo de transcribir otro delicado soneto del señor Llona, dirigido á unos ojos negros, para que se vea que no es exagerada nuestra comparación:

Negros, dulces, brillantes, soñadores,
como los ojos de árabe gacela,
tus ojos son... do un mundo se revela
de incomparables dichas y de amores...

Noche que irradia vívidos fulgores,
oscuro mar donde la luz ríela
de un astro refulgente que se vela
en ignotas esferas superiores;
dormido, terso, misterioso lago:
nocturno golfo, dó inmortal sirena
su canto eleva misterioso y vago;
abismo constelado... donde lanza
su vuelo el alma, de zozobra llena
y de terror divino... ¡y de esperanza!

Quien desee conocer lo que es este poeta, puede leer el artículo titulado *Clamores de Occidente* que apareció en la *Revista Hispano-Americana* el 16 de julio de 1882.

El primer libro que allí se imprimió—1640—fué un libro de versos, rotulado *Los salmos en metros traducidos fielmente para uso, edificación y sostén de los santos en público y en particular, especialmente en la Nueva Inglaterra*, obra colectiva de tres pastores puritanos. A los diez años de este ensayo, ya tenía la América inglesa un poeta «de profesión» en Ana Irads-treet, que supo combinar la administración de un establecimiento agrícola y la educación de ocho hijos con el culto de las musas, componiendo diversos poemas, siendo el más principal *Los cuatro elementos*. Otros muchos vinieron después, ancianos militares en su mayoría, que se entretuvieron en su vejez en rimar sus hazañosos hechos contra los franceses; pero el más distinguido de todos estos versificadores de la primera mitad del pasado siglo fué el reverendo John Adam, ídolo de la Nueva Inglaterra por espacio de veinte años, y opuesto por sus compatriotas á todas las eminencias del antiguo continente; poeta hierático, que indiferentemente espigaba en la biblia ó en la mitología, sin inspirarse nunca en la magnificencia del suelo americano, que le parece, como á todos los demás poetas, un lugar de destierro comparado con Europa. Lo mismo le sucede á John Ralph, que canta reminiscencias clásicas con lira europea, sin que ni á él ni á otros les inspirase el movimiento de independencia que entonces animaba á las colonias inglesas, ni la idea nacional, ni el amor á la naturaleza; pudiendo decirse que uno de los mayores pueblos del mundo, al liberarse de la tutela de la metrópoli, no tuvo Tirteo que con sus acentos le estimulase á la victoria.

Ya constitúdos los Estados Unidos, despiértase el sentimiento republicano, siendo el primer representante de esta transformación Timoteo Dwight, que compuso un poema histórico, descriptivo y didáctico, titulado *La Colina de Greenfield*, mezcla confusa de géneros diversos, pero superior en invención y movimiento á las rapsodias del anterior período, con acentos é imágenes bíblicas y efusiones sentimentales á lo Rousseau. Compuso también una epopeya en cinco cantos: *La Conquista de Chanáan*, y un poema, *El triunfo de la infidelidad*, adiós á las musas al par que sátira violenta contra

la incredulidad del siglo pasado. Al lado de esta literatura puritana crecía otra escuela más profana, que simpatizaba con el movimiento revolucionario de Francia. En ella figuraban Felipe Freneau, Ricardo Alsop, poeta, geógrafo y naturalista; David Humphrey, que, como nuestro *Ercilla*, manejaba la espada y cantaba las hazañas de sus compañeros de armas. El más notable de todos es Joël Barlow, soldado, capellán militar, abogado, librero, periodista, agente de comercio, cónsul de los Estados Unidos en Argel, y por fin, embajador cerca de Napoleón. Cantó la guillotina, lo que le valió el favor de los jacobinos, y escribió un poema gastronómico acerca del arte de comer *puddings*. (1) *The hasty puddings*, es hoy popular en los Estados Unidos, más que la *Colombiada*, epopeya en siete cantos, en la que por medio de visiones describe la Edad Media, la Reforma, el descubrimiento de América, la historia de las colonias españolas é inglesas, la guerra de la Independencia y la fundación de los Estados Unidos.

Todos estos poetas no revelaban el genio de un pueblo: cantaban la América, pero no eran su expresión, porque no la comprendían; tomaban por teatro á Europa, donde á manera de Franklin, representaban en elegantes salones el hombre primitivo, y servían de comparsa á una sociedad que criticaban á la vez que imitaban en sus minucias y vicios. Entre ellos podemos incluir á Wáshington Irving, poeta, crítico, novelista, historiador y periodista, que vivió mucho tiempo en Granada, recogiendo los acentos de la Alhambra y las tradiciones de aquella tierra andaluza.

(1) No nos debe extrañar mucho esta excentricidad de yankee, si recordamos—preescindiendo de muchos poetas que han cantado livianos asuntos—que vates de la talla de Bretón de los Herreros y Ventura de la Vega han dedicado á las *Sopas de ajo* versos dignos de la trompa épica. Larga pudiéramos hacer esta nota, indicando las rarezas, ridiculeces y vaciedades en que se han ocupado muchos ingenios; mas solamente apoyados en la autoridad de Meikenio (*De Charlataneria eruditorum*, página 179), consignaremos que un tal Demonsio discurrió con mucha sutileza acerca de *quarta parte nihili*, y que Bouvellido escribió algunos volúmenes de *plus quam nihilo! ¡Rissum teneatis!!*

El primer libro que allí se imprimió—1640—fué un libro de versos, rotulado *Los salmos en metros traducidos fielmente para uso, edificación y sostén de los santos en público y en particular, especialmente en la Nueva Inglaterra*, obra colectiva de tres pastores puritanos. A los diez años de este ensayo, ya tenía la América inglesa un poeta «de profesión» en Ana Iradstreet, que supo combinar la administración de un establecimiento agrícola y la educación de ocho hijos con el culto de las musas, componiendo diversos poemas, siendo el más principal *Los cuatro elementos*. Otros muchos vinieron después, ancianos militares en su mayoría, que se entretuvieron en su vejez en rimar sus hazañosos hechos contra los franceses; pero el más distinguido de todos estos versificadores de la primera mitad del pasado siglo fué el reverendo John Adam, ídolo de la Nueva Inglaterra por espacio de veinte años, y opuesto por sus compatriotas á todas las eminencias del antiguo continente; poeta hierático, que indiferentemente espigaba en la biblia ó en la mitología, sin inspirarse nunca en la magnificencia del suelo americano, que le parece, como á todos los demás poetas, un lugar de desierto comparado con Europa. Lo mismo le sucede á John Ralph, que canta reminiscencias clásicas con lira europea, sin que ni á él ni á otros les inspirase el movimiento de independencia que entonces animaba á las colonias inglesas, ni la idea nacional, ni el amor á la naturaleza; pudiendo decirse que uno de los mayores pueblos del mundo, al liberarse de la tutela de la metrópoli, no tuvo Tirteo que con sus acentos le estimulase á la victoria.

Ya constituídos los Estados Unidos, despiértase el sentimiento republicano, siendo el primer representante de esta transformación Timoteo Dwight, que compuso un poema histórico, descriptivo y didáctico, titulado *La Colina de Greenfield*, mezcla confusa de géneros diversos, pero superior en invención y movimiento á las rapsodias del anterior período, con acentos é imágenes bíblicas y efusiones sentimentales á lo Rousseau. Compuso también una epopeya en cinco cantos: *La Conquista de Chanáan*, y un poema, *El triunfo de la infidelidad*, adiós á las musas al par que sátira violenta contra

la incredulidad del siglo pasado. Al lado de esta literatura puritana crecía otra escuela más profana, que simpatizaba con el movimiento revolucionario de Francia. En ella figuraban Felipe Freneau, Ricardo Alsop, poeta, geógrafo y naturalista; David Humphrey, que, como nuestro *Ercilla*, manejaba la espada y cantaba las hazañas de sus compañeros de armas. El más notable de todos es Joël Barlow, soldado, capellán militar, abogado, librero, periodista, agente de comercio, cónsul de los Estados Unidos en Argel, y por fin, embajador cerca de Napoleón. Cantó la guillotina, lo que le valió el favor de los jacobinos, y escribió un poema gastronómico acerca del arte de comer *puddings*. (1) *The hasty puddings*, es hoy popular en los Estados Unidos, más que la *Colombiada*, epopeya en siete cantos, en la que por medio de visiones describe la Edad Media, la Reforma, el descubrimiento de América, la historia de las colonias españolas é inglesas, la guerra de la Independencia y la fundación de los Estados Unidos.

Todos estos poetas no revelaban el genio de un pueblo: cantaban la América, pero no eran su expresión, porque no la comprendían; tomaban por teatro á Europa, donde á manera de Franklin, representaban en elegantes salones el hombre primitivo, y servían de comparsa á una sociedad que criticaban á la vez que imitaban en sus minucias y vicios. Entre ellos podemos incluir á Wáshington Irving, poeta, crítico, novelista, historiador y periodista, que vivió mucho tiempo en Granada, recogiendo los acentos de la Alhambra y las tradiciones de aquella tierra andaluza.

(1) No nos debe extrañar mucho esta excentricidad de yankee, si recordamos—prescindiendo de muchos poetas que han cantado livianos asuntos—que vates de la talla de Bretón de los Herreros y Ventura de la Vega han dedicado á las *Sopas de ajo* versos dignos de la trompa épica. Larga pudiéramos hacer esta nota, indicando las rarezas, ridiculeces y vaciedades en que se han ocupado muchos ingenios; mas solamente apoyados en la autoridad de Meikenio (*De Charlataneria eruditorum*, página 179), consignaremos que un tal Demonsio discurrió con mucha sutileza acerca de *quarta parte nihili*, y que Bouvellido escribió algunos volúmenes de *plus quam nihilo! ¡Rissum teneatis!!*

III.

Apresurémonos á ver el Sol en su zenit, á contemplar al príncipe de la poesía norteamericana, que se levanta entre todos los hijos de las musas como el Chimborazo entre todas las demás montañas, Enrique Wádsworth Longfellow, que acaba de morir, ocasionando un duelo general, no sólo en los Estados Unidos, sino entre todos los amantes de las bellas letras.

Nacido en Portland, Estado del Maine, el 27 de febrero de 1807, estudió en el colegio de Bowdoin, en el nuevo Brunswick, al mismo tiempo y en la misma clase que el célebre Hawthorne. Su padre pertenecía al foro y á esta carrera destinaba al niño Longfellow, pero rápidamente se reveló en él la vocación literaria; profesor á los diez y ocho años de edad, amado por la dulzura de su carácter, y estimado en el mundo literario por notables trabajos insertos en las principales *Reviews* de su país, fué llamado á ocupar la cátedra de Literatura y lenguas modernas, en aquel mismo colegio Bowdoin de que antes había sido gloria y orgullo.

Para hacerse más digno de tan imponente honor, resolvió extender, del modo más auténtico y completo, los conocimientos reclamados por el objeto especial de su enseñanza. Tal fué el móvil de su primera visita al antiguo continente, en el que se detuvo tres años viajando sucesivamente por Inglaterra, Francia, Italia, Alemania y España. Hallábase por aquel entonces el romanticismo en todo su febril y arrogante esplendor, y el joven americano respiró con voluptuoso deleite sus embriagadores efluvios, que exhaló en dos volúmenes en prosa, rotulados, *Ultramar ó Peregrinación allende el Océano* (1835, en 8.^o) é *Hyperion* (Cambridge 1839.) La primera novela contiene bosquejos de sus viajes por Francia, España é Italia: no contiene apreciaciones profundas; pero la forma es elegante, vivo el estilo y lleno de delicadeza, sembrando como de paso en su camino, rasgos ingeniosos, anécdotas singulares y elevados pensamientos. En su segunda novela *Hy-*

perion, el héroe, á causa de su imaginación viva y románticamente sensible, se halla expuesto á muchas pruebas; pero su vida tiene por regla el noble pensamiento que es el alma de la fábula: «No mires tristemente á lo pasado: jamás puede ya volver. Aprovechate sábiamente de lo presente, que és lo que te pertenece. Adelántate hácia el misterioso porvenir, sin temor y con un corazón lleno de valor.» Tal es la moralidad de esta novela, compuesta con mucho arte y esquisito gusto.

¡Con qué arrobo el joven *touriste* se paseaba por las poéticas montañas y las pintorescas ruinas de Escocia con Walter-Scott en la mano, recogiendo cuentos populares, baladas y leyendas, que habían después de fecundar su fantasía! ¡Cómo soñaba su imaginación de poeta vagando por las márgenes del Rhin, tan henchidas de recuerdos y monumentos de todas clases! Heidelberg le detuvo dos años frente á su magnífico castillo y á las límpidas aguas del Néckar; Francia no le entretuvo mucho tiempo, pero sí nuestra España, que visitó como viajero y como arqueólogo. ¡Cómo se espaciaba su ardiente imaginación bajo las arcadas moriscas y cómo se agolpaba á su memoria el tropel de los recuerdos caballerescos que esmaltan nuestra historia! Reconstruía con el pensamiento las muertas grandezas, y sus ojos de poeta vislumbraban entre las brumas de las pretéritas edades los Cides y Guzmanes, los Gazules y Abenamares, las luchas y los torneos, los castillos y los alminares, teatro de tantas glorias y de tan heroicas epopeyas. No estudiaba solamente á Calderón y á Lope, á Alarcón y á Tirso, sino que, salvando los límites del siglo de oro de nuestras letras, buscaba otros poetas más antiguos, menos ahijados á los clásicos y más empapados en el espíritu de la genuina poesía castellana. En 1833 vertió al inglés las sentidas *Coplas de Forge Manrique*, haciéndolas preceder de un estudio crítico-histórico de nuestra poesía, como si quisiera fortificar su balbuciente lira con francos y vigorosos sonidos. Todo genio tiene fé en su estrella, y así Longfellow no se daba prisa á producir, prefiriendo asimilarse sucesivamente lo más granado de las literaturas europeas. En Alemania tradujo con escrupulosa y elegante exac-

titud la *Campana*, de Schiller, el *Caballero Negro*, de Uhland, varias odas de Müller, de Stockman, y de Salis; en Dinamarca cantos y baladas escandinavas; en Francia algunas poesías ligeras y canciones de Beranger; y en Italia el *Purgatorio*, de Dante; poseyendo la rara cualidad de hacer suyos el carácter y estilo peculiar de cada nación, que expresa con imágenes graciosas ó patéticos acentos.

Cargado con tan rico pólen, regresó á su país natal, inaugurando sus funciones de profesor del colegio Bowdoin, en 1829. Numerosos eran los escolares que asistían á las lecciones del profesor poeta, arrebatados por su fácil, elocuente y armoniosa palabra, que vertía torrentes de luz sobre las más delicadas cuestiones del arte y de la estética. Tanto creció su fama, que en 1835, á la edad de veintiocho años, fué nombrado heredero del sillón del gran literato Ticknor, primer historiador de la literatura española, en la Universidad del Cambridge americano, que los primeros *settlers* habían soñado hacer la capital de Massachusets. Fué nombrado Longfellow profesor de Literatura y de lenguas modernas en en la *Universidad Harvard*, la primera de la América del Norte, al menos por la fecha, pues su fundación se remonta á 1636, debida á la generosidad del ciudadano cuyo nombre ha tomado en gratitud y recuerdo. En esta ocasión, Longfellow volvió á Europa, deteniéndose en Inglaterra, Dinamarca, Suecia y Alemania. Regresó después á Cambridge, donde definitivamente instaló su residencia, dedicándose por completo á los trabajos de su cátedra y al comercio con las musas. No le escatimaron éstas sus favores, pues recorrió todos los géneros, desde el drama hasta la epopeya, desde la novela hasta la composición lírica, y si en todos no raya á la misma altura, ha dejado en algunos, modelos de inspiración y de buen gusto, que le colocan al nivel de los primeros poetas del siglo XIX. En 1854 hizo dimisión de su cátedra y se retiró al seno de su familia y amigos.

Últimamente, al final de 1868, anunciaron los periódicos que Longfellow volvía á Europa. Pasó por París, dirigiéndose á Roma, donde permaneció todo el invierno de 1869, entregado á meditaciones religiosas y artísticas. De regreso á

su país natal, se detuvo una semana en Gad's-Hill, con su íntimo amigo Carlos Dickens, y un mes en París, recibiendo las ovaciones de la amistad y de la admiración que le tributaba la numerosa colonia norteamericana. El 20 de julio de 1869 se embarcó para América, yendo á descansar de sus muchos trabajos, ya renunciada la cátedra, á su casa de Cambridge, próxima á la Universidad Harvard. Esta casa, donde tantas inspiraciones vinieron á estremecer al poeta, elévase sobre vasta terraza... dos olmos imponentes parecen hacer centinela á su entrada, y hállase rodeada de árboles, bosquecillos y flores. Es gloriosa para los norteamericanos, porque sirvió de cuartel general al gran Wáshington antes de la evacuación de Boston. Longfellow no ha querido que tan noble recuerdo pudiese, por su falta, sepultarse en el olvido, y lo ha esculpido en los siguientes versos: (1)

«Hubo un tiempo, sí, hubo un tiempo
 en que habitó esta morada
 un hombre nunca olvidado,
 el gran *padre de la patria*.
 Esas húmedas praderas
 con sus fuegos circundaban
 los sitiadores; y grave,
 por los afanes, la planta
 de aquel varón recorriendo
 solemnemente las gradas,
 los adormecidos ecos
 de los muros despertaba.
 ¡Cuántas veces su cabeza,
 inquieta como su alma,
 en horas buscó febriles
 paz en esta misma estancia!...»

En los últimos días del pasado marzo voló desde este nido, con la alada del justo, recibidos los consuelos de la religión católica, á las excelsas moradas, á que con su armo-

(1) Debo esta traducción en romance y otras varias á mi amigo el poeta granadino D. Miguel Gutiérrez, que las ha hecho á mi ruego por vía de ensayo.

niosa lira había convidado á los humanos. Su muerte fué un duelo general, tan sentida como la del presidente Mr. Gardfiel, y la campana de Cambridge le con tantas campanadas, cuantos eran los años de su querido vate.

Tenía Longfellow mediana estatura, pero su talante era majestuoso y digno: largos cabellos coronaban su olímpica frente, sellada con nobleza ideal, y la austeridad de sus facciones hallábase dulcificada por la soñadora mansedumbre de sus párpados, albergue de pupilas relumbrantes como bruñido acero. La severidad del angloamericano, soldado de Cristo, pronto á morir con *¡Excelsior!* en los labios, se mezclaba amorosamente con la dulzura del artista y la bondad del padre.

En su conversación no afirmaba doctoralmente ni tampoco se descubría la afectación de modestia y de bondad, que es la peor de las insolencias de algunos autores renombrados. Como algunos Monarcas que no establecen ningún valladar entre el primer magnate y el último pechero, Longfellow trataba á todos con sinceridad y llaneza, sabiendo dar á cada cual lo que le correspondía, según su clase, posición y talento.

Además de las traducciones y obras originales de que hemos hecho mención, de los versos publicados en la *Gaceta de los Estados Unidos* y de artículos notables insertos en la *Revista de la América del Norte*, ha dado á luz las siguientes obras: *Voces de la noche* (1840), compendio de poesías; *Baladas y otros poemas* (1841); *El estudiante español*, drama (1842); *Poema acerca de la esclavitud* (Cambridge, 1843); *Poetas de Europa*, (Filadelfia, 1845); *La torre de Brujas* (1847); *Evangelina* (1848); *Kavanagh*, novelas (1848); *A la orilla del mar y Al amor de la lumbre* (1850); *La leyenda dorada*, drama fantástico (1851); *El canto de Hyawatha* (1855); *Los amores de Miles Standish* (1855); *John Endicot y Miles Corey*, dramas históricos (1868), etc. Las demás obras del poeta americano han sido reunidas en la *Miniature library*, de Bolm (Londres, 2 vol. en 8.º), y muchas han sido traducidas á la mayor parte de las lenguas europeas, y han merecido ser ilustradas por Gustavo Doré.

IV.

Hemos dicho que Longfellow acometió todos los géneros literarios, pero que no en todos estuvo á la misma altura. En sus dramas y tragedias, que más bien merecen el nombre de narraciones dialogadas, se descubre que no conocía bien la escena: las situaciones están flojamente dibujadas, los caracteres son débiles y la acción se desarrolla con lentitud impropia del calor y movimiento que tales representaciones reclaman. El arqueólogo y el lírico se transparentan demasiado en el dramático, un tantico hinchado con los oropeles del romanticismo. Bajo el influjo de esta escuela, escribió en 1851 un drama fantástico titulado *La leyenda dorada*, imitación de un cuento escrito en latín en el décimotercio siglo, por el monje Santiago de Voragine, que murió en 1292, Arzobispo de Génova. Se ha vertido este cuento á varias lenguas, y á la inglesa en el siglo XV por William Canton, y se le conocía con el nombre de *Leyenda de los Santos*. Según algunos, la idea primitiva pertenecía á Hermann von der Aue, *minnesinger* del siglo XII. Como se ve, el erudito acompaña al poeta, quien, como el *Júpiter* alemán, se complace en sacar sus héroes del polvo de las bibliotecas. ¿Pero qué importa el origen de esta producción? Daremos un rápido análisis de ella.

El Príncipe Enrique de Hoheneck languidece solitario en su castillo de Vantiberg, á las márgenes del Rhin, consumido por un mal «que incendia su sangre, enviando vapores á su cabeza, transformando su corazón en un lodazal que absorbe y diseca una especie de lepra.» En noche de insomnio preséntasele Lucifer en forma de médico viajero, y le propone el más extraordinario remedio, á saber: el sacrificio voluntario de una joven que consienta en morir para devolverle la vida. El maligno espíritu se aleja después de haber dado de beber al Príncipe un filtro que momentáneamente le devuelve la fuerza y enciende en su corazón las sensuales llamas del deseo.

Después de este prólogo, que trae á las mientes el de

Fausto, se ve al Príncipe dirigirse á Udenwald, á casa de uno de sus colonos, que por recibirle afronta las excomuniones de la Iglesia. Téngase en cuenta que todos huyen de Enrique, maldito como apestado; ya le han cantado la letanía de los muertos como si fuera un cadáver. Elsia, hija del leal servidor, se queda conmovida ante el infortunio del ilustre enfermo: le arranca su secreto y adopta la resolución de morir por él. Sorda á las súplicas de su familia, acude al tribunal de la penitencia, á fin de recibir consejos y obtener la aprobación de su conducta. Enrique no se atreve al principio á aceptar tan heroico sacrificio; pero Lucifer, disfrazado de confesor, disipa sus escrúpulos valiéndose de sofismas casuísticos, tan halagadores de la debilidad humana.

«El Decálogo, le dice, es uno de esos Códigos envejecidos que es preciso aplicar en nuestros días con restricción. La ley dice indudablemente: No matarás: sin embargo, en ciertos casos la ley debe ceder á la conveniencia. Sois Príncipe; si murieseis, ¡cuántos corazones y esperanzas se romperían y descenderían con vos á la tumba! ¡Cuántos actos de valor y de cortesía quedarían sepultados antes de nacer! Sois el último de vuestra raza; con vos desaparecería un nombre ilustre y la gloriosa memoria de vuestros abuelos. Por el contrario, esta mujer no es más que una aldeana. En sus venas corre sangre plebeya, sangre que derraman los vasallos en los campos de batalla, sin reserva ni esperanza de recompensa, por orden de sus señores, y la vuestra es sangre preciosa, sangre de reyes bendecida por Dios.—Y además, ¿qué le prepara esta vida terrestre? Lágrimas y trabajo: criada en la tristeza, esclava del terruño, hija y mujer de aldeano, en lucha con las dificultades inexorables de la vida, no me admiro que compadezca un destino como el vuestro, ni que desee cambiar sus miserias terrestres por las dulzuras del cielo. Por consiguiente, la Iglesia acepta el sacrificio y le sanciona. Respirad el bálsamo bienhechor que os envía, absorbed ese soplo refrigerante en el vuestro; acoged la tranquilidad y la salud que os ofrece, como un don divino, etc.»

Con tales agucias se deja convencer Enrique. ¡Seduca tanto una teoría que nos confiere privilegios! Días después

Elsia y el Príncipe se dirigen á Palermo, sede de la más sabia facultad de Europa, para poner de acuerdo la ciencia con la magia. Pero en el viaje empieza el egoísta Príncipe á sentir el aguijón del remordimiento. En Estrasburgo vaga de noche por las desiertas calles mientras que su compañera duerme con el sueño de los justos. Halla á su amigo el *minnesinger* Walter de Vogelweid y se separa de él avergonzado. «No me atrevo, dice, en mi abyección, á mirar cara á cara este noble rostro.» Continúa el viaje á través de las más fantásticas escenas: detiéndose en el monasterio de Saint-Gall, cuyos manuscritos y pinturas admira, después de haber oído las báquicas confidencias del lego que tiene á su cargo la despensa: pasa los Alpes en compañía de peregrinos que, en medio de cánticos religiosos, se dirigen á Roma, y detiéndose en Génova para respirar la oxigenada brisa marina. Aquí vuelve á encontrar otra vez á Lucifer, el cual, en hábito de gondolero cantando una barcarola, espolea al Príncipe á que asegure su curación precipitando á Elsia en el mar: «Un solo paso y todo queda concluído; una zambullida, un poco de movimiento en la superficie de las aguas y quedarás libre, infeliz Elsia, de tu agonía» Pero el ángel custodio de la noble joven disipa tan infernales sugerencias. «Angel de Dios, le dice el Príncipe, tu alma pura y creyente oye en la brisa la trompeta del arcángel. Los mugidos del bosque, los de las ondas te traen los armoniosos ecos del órgano de Santa Cecilia ó los acentos de los profetas; pero yo no escucho más que desorden, desesperación y los cuchicheos de los demonios en los aires.»

En esta producción fantástica se ve que lo sobrenatural no es un recurso, una simple máquina de teatro, sino que sirve de sostén á una idea moral; es el testimonio del poder que ejerce nuestra conciencia sobre nuestras sensaciones. El arte que se sumerge en la ciénaga del materialismo, obra siempre á la inversa: da predominio al mundo físico sobre nuestros sentimientos, mostrándonos el alma invadida, ahogada por las impresiones eternas. En sus cuadros es omnipotente la naturaleza, irresistibles sus elementos, y el hombre en vez de ser su motor libre, es *una fuerza que marcha*

fatal é irresistiblemente. ¡Extraño modo de elevar la dignidad humana, de emancipar la inteligencia! En la poesía, en la novela y en toda las artes de la imaginación, el arte materialista, negación del verdadero arte, proclama orgulloso la realeza de la materia y el vasallaje del espíritu, luz del mismo Hacedor desprendida.

Por fin hállanse los dos viajeros en Salerno, donde existe célebre escuela hipocrática, y aquí Longfellow con lujosa erudición nos presenta un cuadro de ergotistas, que forma las delicias del Príncipe de Hohenecke y de su angelical compañera. Elsia pide á Fra Ángelo (siempre Lucifer) el elixir que debe hacerla morir y devolver al Príncipe la salud. Pero Enrique siente el aguijón del remordimiento, comprende lo ignominioso de tal acción y se opone al heroico sacrificio. En el momento en que Fra Ángelo acaba de llevarse á Elsia, rompe la puerta que se ha cerrado tras de ella, y se apodera á la fuerza de la joven, desbaratando de este modo los planes del precito. La Providencia se compadece del Príncipe y le cura por medio del contacto de una reliquia. El desenlace obligado es el matrimonio de los dos peregrinos, y Elsia, que había salido de su aldea como víctima expiatoria, regresa á Alemania siendo Princesa de Hohenecke, en medio de ovaciones y guirnaldas. Puede, pues, la virtud esperar aún en la tierra la recompensa, y especialmente las jóvenes que se dedican á curar á Príncipes enfermos.

Cierto que la urdimbre de este drama es floja, nula la intriga, las situaciones sin consistencia ni valor escénico; pero el interés está sostenido por digresiones, nuevos aspectos, multiplicidad de incidentes y especialmente por el color y el lujo del estilo, que decora escenas encantadoras, en las que el poeta ha extendido con delicado pincel el perfume que se desprende de las creencias cristianas, de la fé en Dios, de la caridad y del sacrificio. Hay muchas, tal vez pasen de ciento, imitaciones del *Fausto*, en las que de ordinario triunfa el infierno, haciendo Satanás de fiscal en la obra divina, demostrando su incoherencia y su injusticia, para adular nuestro orgullo y nuestras pasiones. No sucede así en Longfellow; el Príncipe de las tinieblas agota sus esfuerzos en impotentes

maquinaciones, y todas sus pérfidas mañas y astucias quedan burladas ante la candorosa sencillez de una joven. Queda confundida la rebeldía, agóstanse sus frutos, y el epílogo del poema es un canto triunfal de los ángeles celebrando la victoria del Cielo sobre el Infierno.

«Dios ha enviado á su mensajero, la lluvia; ha dicho al arroyuelo de las montañas: Levántate, sal de tus cavernosos retiros, desciende con tu pie desnudo, blanco como la nieve, desciende de las heladas alturas á la árida tierra para fecundarla. Dios ha enviado su mensajero, la fé, que ha murmurado al corazón de la joven: levántate, derrama con tus manos generosas tu gracia y tu frescura sobre las áridas arenas y las soledades de la muerte.»

¡Bravo, nobilísimo poeta! Tú también haces brotar en las almas disecadas por el helado soplo de la duda y del escepticismo, fuente de agua viva; tú con los áureos acordes de tu lira melodiosa y santa dejas «paz en el corazón, luz en la mente,» y enarbolando la bandera de la fé, abres á las codiciosas miradas del hombre los rosados é inmensos horizontes del cielo; tú no te sirves del estro divino que Dios te concedió para blasfemar de sus santos dones; tú, como otro egregio hermano tuyo (1), exclamas en tu corazón:

«¿Qué es la ciencia sin fé? Corcel sin freno
 á todo yugo ajeno,
 que al impulso del vértigo se entrega,
 y al través de intrincadas espesuras,
 desbocado y á oscuras,
 avanza sin cesar y nunca llega.
 ¡Llegar! ¿A dónde? El pensamiento humano
 en vano lucha: en vano
 su ley oculta y misteriosa infringe:
 en la lumbre del sol sus alas quema
 y no aclara el problema
 ni resuelve el arcano de la Esfinge!»

(1) El Sr. Núñez de Arce, *Gritos del combate.—Tristesas.*

Toma, toma la lira, inspirado vate, y alfombra el áspero camino de la vida con los jazmines y azucenas de tu poesía, ó raudó volando, haz que tu religiosa musa toque con sus alas los eternos quiciales, entreabriéndonos las celestes moradas.

V.

En *El estudiante español*, drama escrito en 1845, vese también que la musa de Longfellow no le llamaba á la escena. Los tres primeros actos de este drama tienen, respecto á su invención, algún valor, pero decae en los siguientes; la trama es débil, y por más que se valga del aparato de hinchado romanticismo, no consigue dar importancia á un lugar común, que constituye el argumento. Conócese que Longfellow ha leído é intenta imitar al gran dramaturgo inglés, pero no lo logra, asediado como estaba por el influjo del romanticismo, que, según hemos dicho, había bebido á grandes sorbos, al viajar por Europa. Sin aplaudir nosotros las exageraciones románticas, atrevida protesta contra los excesos del pseudo-clasicismo, fuerza es admirar el candoroso entusiasmo de la generación del año de 1830, que aplaudía con las manos y el alma aquellas escenas de bizarría caballeresca, aquellos arrebatos febriles semejantes á los fuegos de la pirotecnia, un momento deslumbradores por su vivo color, aquellos sueños al pie de los abismos, aquellos lamentos ante históricas ruinas, en que la imaginación desarreglada y volcánica se lanzaba á través de fantásticos mundos, como ave salida del alcahaz y que ignora la arboleda que cobijó su nido, creyendo, ilusa, hallar el *Dorado* del arte. Imponíase entonces el poeta, y se le creía un príncipe, un héroe, un revelador; pero ¡ay! aquel tiempo de lujosa y descuidada juventud debió ceder el puesto, no á la virilidad prudentemente entusiasta, y sobria y ordenadamente libre, sino á chocheos de la vejez, al realismo impuro, á la materia endiosada, avasalladora hoy del arte, como si éste hubiese de recibir en repugnantes torpezas é indecencias el castigo de sus inconsideradas arrogancias.

La musa de Longfellow no degeneró tanto, no plegó sus alas de carmín hundiéndose en el lodazal de las calles, sino que, fiel al lema viril *Excelsior!* que tan joven había adoptado, subió por la escala del arte hasta las serenas regiones de la fé, de la esperanza y de la caridad, cantando estas virtudes en todos los tonos y con los más armoniosos acordes de su privilegiada lira. En el tiempo que le dejaban libre sus ocupaciones de profesor, entreveradas con profundos estudios acerca de las literaturas comparadas de Europa, ocurriósele representar la época primitiva de la colonia puritana por medio de composiciones dramáticas, no para encomiar este período, según el vulgo de los doctos, sino para fustigar su fanatismo é ignorante grosería. Valor se requería, y tamaña empresa fué ejecutada por el poeta con rara energía. Publicó en 1868 dos dramas históricos, *Jhon Endicott* y *Giles Corey*, dándoles el significativo rótulo: *Las tragedias de la Nueva Inglaterra*, y el prefacio que les puso revela santa audacia digna de cristiano, de pensador y de poeta.

«Tal vez, dice, voy á molestar á amigos. Porque, me preguntarán, ¿por qué tratar semejantes asuntos? ¿Qué beneficios pueden producir? ¿Por qué sacar á luz los errores de los siglos pasados? Respondo: por las lecciones que nos dan; de ellos aprenderemos la tolerancia para con las opiniones y discursos. La fé, la esperanza y la caridad, permanecen siendo nuestro patriotismo. La mayor de estas virtudes es la caridad.»

John Endicott es una pintura fiel y exacta de las persecuciones de los antiguos puritanos, impuestas á las sectas disidentes, y *Giles Corey* nos transporta á aquellos espectáculos de vergonzosos procesos de hechicería, de que Boston y sus dependencias fueron teatro hasta el promedio del siglo pasado. Más bien que dramas, estas producciones son sátiras crueles de «la edad heroica,» y nos representan á la Sión del Massachusetts como un infierno dominado por la maldad y la grosería estúpida.

Longfellow ha sido duro con los puritanos, sus compatriotas, porque veía en su secta un formalismo estrecho y helado, contrario á la caridad cristiana, fuente vivificante de

todas las virtudes. Su ideal religioso es el de una sociedad majestuosa y viril, exenta de hipocresía y superstición, extraña al odio, á todos los sentimientos degradantes, y exclusivamente codiciosa del bien, como la católica. Según van pasando los años, más se robustecen en él este celo militante por la grandeza moral, por el esfuerzo, por el sacrificio. Resuenan en su lira himnos á la paciencia, á la resignación y al mérito oscuro, superior en moralidad al estrépito de las más espléndidas acciones, como veremos al examinar algunas de sus mejores composiciones líricas.

VI.

Cuando estalló la guerra de secesión, Longfellow, libre de las pasiones violentas que se desencadenaban iracundas en los Estados Unidos, buscó un consuelo en el arte y en la erudición. Tronaba el cañón en el Potomac y el poeta evocaba los dulces recuerdos de Alemania, de Italia y de nuestra España. En graciosa ficción titulada: *Cuentos de una hostería* (*Tales of a wayside inn*) reunía seis viajeros de diversos países: un estudiante de Padua, un judío de Alicante, un siciliano, un teólogo de Cambridge, un poeta, un músico de Noruega, haciendo contar á cada cual, como en el *Decamerón* de Boccaccio, un cuento ó leyenda para entretener la velada.

Habla primero el hostelero, narrando un episodio de la guerra de la Independencia; sigue después el estudiante, refiriendo una historia amorosa; el judío, conocedor de la cábala, explica una parábola del Talmud. Pero estos tres cuentos quedan eclipsados por la leyenda de Roberto, Rey de Sicilia, narrada por el viajero siciliano. «Roberto, hermano del Papa Urbano, y del Emperador Waldmond, regresaba á Palermo ébrio y endurecido por su mucho poder. Hallándose un domingo á vísperas, le causaron mucha impresión las palabras del versículo: *Deposuit potentes de sede*, y manda á su capellán que se las explique: «Es una fortuna, dice, que el pueblo no comprenda el latín: esta antífona le inspiraría ideas de rebe-

lión.» Después, contemplándose en su trono: «¿Quién podría, añadió, arrebatarme mi poder?» Instantes después quedase dormido al son de la salmodia. Cuando se despierta, está ya desierta la iglesia, y ni un rayo de luz atraviesa los cristales. Llama: un sacristán huraño y mal humorado acude y le abre, murmurando, la puerta de la iglesia, creyendo que es un pordiosero extraviado. El Rey, admirado, se contempla y se examina: vése cubierto de harapos y completamente desconocido. Vuela á su palacio para disipar aquella pesadilla y halla ocupado su puesto por un sér sobrenatural, su imagen viva, á quien todos, cortesanos y súbditos, toman por el verdadero soberano. Roberto le interpela, grita reclamando sus derechos. Escarnecido por todos, solamente evita los malos tratamientos por medio de la protección del falso rey, cuya indulgencia le exaspera más. Siéntese después atormentado por el hambre, y á fin de sostener su miserable existencia, vese obligado á servir de bufón á su miserable espoliador. Su única sociedad es un mono, con cuya amistad se consuela en su aislamiento. Pero tormento mayor que su degradación le produce el ver que el usurpador le es infinitamente superior en sabiduría, en humanidad, en justicia, y que Sicilia ha mejorado mucho con el cambio. Corren los meses y los años, y continúa siempre la terrible mistificación. En vano Roberto, el mendigo, el bufón espera ser reconocido por sus dos hermanos, Urbano y Waldmond, el Papa y el Emperador, en una conferencia de los dos potentados con el Rey de Sicilia. En vano les grita: «Yo soy vuestro hermano: este hombre á quien tomáis por mí es un impostor.» El Papa se encoge de hombros y el Emperador dice al misterioso Rey de Sicilia: «¡Qué capricho tan extraño, hermano mío, tomar para bufón tuyo á un pobre loco!» Acosado por todas partes, befado por el populacho, ve Roberto desvanecerse su última esperanza. Arrastra su vida en el oprobio, mientras que aun subsiste en él el orgullo del Monarca. Por fin, un día de Pascua es tocado por la gracia; arrodillase en su miserable tugurio y se humilla ante un poder superior. En aquel momento oye á los monjes cantar el resto del versículo: *Et exaltavit humiles*. El ángel que le había desposeído desaparece diciéndole:

«Eres Rey.» Roberto se encuentra en la basílica de Palermo, en su antiguo puesto, rodeado de cortesanos, pero de rodillas, abismado en profunda y humilde oración.

Toma después la palabra el bardo escandinavo, que refiere la leyenda del Rey Olaf, fundador del cristianismo en Noruega. Desde los risueños campos de Sicilia vese el lector transportado, como por varita mágica, á los hielos del mar del Norte. Da comienzo el cuento con un himno salvaje que el anciano Thor, encarnación de la fuerza, se canta á sí mismo, y que pueden apropiarse muchas potencias de Europa.

«Yo soy el dios Thor, yo soy el dios de la guerra, yo soy el tonante. Hé aquí mi reino, el Norte, mi ciudadela donde reino eternamente. Aquí, en medio de témpanos de hielo, gobierno á las naciones. Hé aquí mi martillo, el poderoso Micelmer: ni gigantes ni hechiceras pueden resistirle. Hé aquí los guanteletes con que lo manejo y lo lanzo á lo lejos. Hé aquí mi ceñidor: cuando me lo pongo se duplica mi fuerza. La luz que tus ojos reciben corriendo como un torrente á través de los cielos de purpúreas tintas, es mi roja barba que atraviesa el viento de la noche y espanta á las naciones. Júpiter es mi hermano; mis ojos son el relámpago; las ruedas de mi carro ruedan en el trueno. Los golpes de mi martillo resuenan en el terremoto. *La fuerza siempre ha gobernado al mundo, le ha gobernado y le gobernará siempre.* La dulzura no es más que debilidad. La fuerza es la que triunfa en todo el universo. Eternamente dura el día de Thor. Tú también ¡oh Galileo! tú también eres Dios. Y por esta razón yo te desafío á singular combate. Elige el guantelete ó el Evangelio.»

El rey Olaf oye tan brutal provocación: de pie en su navío lleva la mano al pomo de su espada diciendo: «Acepto tu desafío, ¡oh Thor!» Y consagra el resto de su vida á luchar contra el paganismo y á propagar la verdadera fé. Sus medios de persuadir son en verdad bastante primitivos. Así es que los recalcitrantes, los endurecidos, como Barba de Hierro, son inmolados defendiendo sus ídolos. «Elegid—dice Olaf á sus súbditos—entre el bautismo y la muerte.—¡Oh Rey!—responde el pueblo noruego—bautízanos con tu agua santa.» Olaf se casa después con Godún, hija de su víctima.

Pero en la noche de la boda despertó sobresaltado y halló á su esposa al pie de la cabecera de su tálamo nupcial.—«¿Por qué—le dice—estás tan pálida al pie de mi lecho, á los reflejos de la luna?—¡Oh Rey!—le responde la blonda desposada—mi aguja caída de mis cabellos me ha despertado al caer en tierra.—Los bosques tienen ojos—responde Olaf—los campos tienen ojos; con frecuencia la traición se oculta bajo los blondos cabellos. ¡Godún, guárdate!» Al rayar el día, resuena la cornamusa del Rey: para siempre se separa de su mujer. Otro pagano, Rand el Fuerte, es sorprendido en su castillo, encadenado, y, negándose á recibir el bautismo, muere mordido por una víbora introducida por su boca, hasta las entrañas. Espira en medio de horribles tormentos, pero sin exhalar una queja. «¡Alabado sea Dios!—exclama el teólogo al terminar su relato.—El reino de la violencia ha concluído ó por lo menos va desapareciendo del mundo. Nadie sufre ya ni vierte su sangre por esos pensamientos á que los hombres llaman heregías.»

Siempre nos ha agrado, como católicos y como hombres, ver que la violencia y el fanatismo, recurso de los espíritus débiles, van cediendo el puesto á la caridad manifestada en la tolerancia y en la persuasión, y tal es la santa misión de la Iglesia católica recibida en el *docete omnes gentes* de su divino fundador; pero téngase muy presente que jamás se debe confundir la tolerancia teológica, que en religión es una impiedad, en filosofía un absurdo, y crea la indiferencia, muerte de toda religión positiva, con la tolerancia política, impuesta por las necesidades de los tiempos y la variedad de circunstancias en que puedan hallarse los pueblos, y que una política previsora y sabia se ve obligada á aceptar como el *minima de malis*, hasta que, cuando Dios quiera, vuelvan las naciones al centro de unidad, en hora infausta roto por los reformadores del siglo XVI. En épocas de arraigadas creencias no se juzgaba como hoy, y el hierro y el fuego venían en apoyo de los silogismos de las escuelas, alzándose por toda Europa patíbulos para imponer ó extirpar ideas religiosas. A fin de poner más en relieve este contraste, presta Longfellow al teólogo de Cambridge una espeluznante historia española

del tiempo de Torquemada, sin parar mientes en que con mayor motivo podía haber acudido á las hogueras encendidas por Calvino en Ginebra, á los horrores que devoraban la Alemania ó á las feroces sentencias de la Cámara Estrellada de Isabel de Inglaterra, tribunal sangriento que no tenía en su abono, como la Inquisición española, ni la moralidad de la intención, ni la excusa de la necesidad, ni las exigencias de lo que hoy llamamos opinión pública. No nos ocupemos con la de Roma, tribunal que, según dice el P. Lacordaire, no vertió en trescientos años ni una gota de sangre, cuando á raudales corría por Europa, derramada por las disensiones religiosas. Pasaron aquellos tiempos: auras de libertad olean al siglo XIX; pero nuestro siglo, siglo de los esbirros y de la ley marcial, ¿puede engreirse, habiendo abolido la Inquisición, de haber hecho progresar la humanidad y la justicia? ¿No vemos hoy á los hijos del filósofo de Ferney perseguir implacables, en nombre de envilecedora República, á pacíficos ciudadanos que al amparo de las leyes viven dedicados á la oración y á la enseñanza, y de quienes puede decirse lo que de los cristianos de los primeros siglos decía Tertuliano, *que su crimen era su nombre*? Desapareció la Inquisición, centinela avanzado de la fé y de la sociedad, que con firme medida y consumada prudencia velaba en nombre de Dios por los más caros intereses del hombre, para ser reemplazada por otra cruel é impía destinada á saciar los odios y rencores de bastarda bandería política. La historia, maestra de la verdad, juzgará imparcialmente á cuál de las dos son deudores los pueblos de mayor suma de justicia, de libertad y de derecho.

VII.

Pero el género en que más sobresale Longfellow es el lírico, uniendo la ternura á la energía, la delicadeza á la vehemencia de los sentimientos, que expresa en imágenes, ora vivas y graciosas, ora patéticas y atrevidas. Jamás nos han gustado ayes afeminados, sollozos teatrales en que se complace la quejumbrosa musa de ciertos poetas que, inspirándose

en el cobarde, enervador pesimismo, pretenden arreglar el mundo á fuerza de lamentos y maldiciones; pálida, desgredada bacante, que tiende á hacer cómplice de sus pasiones y de su orgullo á la *santa belleza*, pidiéndole sus prestigios y galas, como si lo bello pudiese vivir divorciado de lo verdadero y de lo bueno. No es ésta la musa de Longfellow; siempre pura, siempre conmovida, valerosa siempre, revela el ardor y el incesante afán característico del genio americano. Nadie pinta mejor que nuestro poeta el dolor que le ha abrevado con sus amarguras, pero que no ha conseguido doblegarle; por el contrario, vence la melancolía que le inspira con un rasgo vigoroso, con una expresión enérgica y semejante al nauta de la antigüedad (1), que en medio de los horrores de la cara exclamaba: «¡Oh Neptuno, poderoso dios de los mares! sé que puedes precipitarme en el fondo de las negras ondas; sé que puedes conducirme al puerto, pero mientras yo pueda, mantendré firme mi mano en el timón,» así nuestro poeta, levanta siempre con valor la mirada á excelsas regiones, irguiendo, como nadador intrépido, la frente por cima de las aguas de la aflicción; carácter americano, y sobre todo carácter cristiano, que sin que la blasfemia asome á sus labios, soporta su cruz en este valle de lágrimas.

Véase cómo en el *Salmo de la vida*, poesía escrita en los albores de la juventud, expresaba valeroso el sentimiento de la misión de la vida:

No me digas en versos melancólicos:
 «sueño inútil, no más, es nuestra vida,
 porque el alma dormita casi muerta,
 y engaño son las cosas y mentira.»
 No: la vida es real, la vida, ardiente;
 no es oscura prisión la tumba fría:
 que «tú eres polvo y volverás al polvo,»
 palabras son que al alma no fatigan.
 No es gozar ó sufrir nuestro destino;

(1) Citado por Reveillé-Parise en su *Physiologie et hygiène des hommes livres aux travaux de l'esprit*.

¡obrar sólo!, así lejos de la víspera
 nos podremos hallar cada mañana.
 El arte es largo, rápidos los días,
 y los más valerosos corazones
 asemejan, en medio de su dicha,
 rancos tambores, de crespón cubiertos,
 que al sepulcro ligeros se encaminan
 tocando marchas fúnebres. En este
 rudo vivac, batalla de la vida,
 no imites á la oveja, que cobarde
 arrastran á la atroz carnicería;
 sé un héroe que combate, y nunca fies
 en lo futuro, que placeres brinda:
 deja á los muertos enterrar sus muertos;
 obra tú en lo presente, que es la vida,
 siempre el valor en tu esforzado pecho
 y siempre Dios sobre tu frente altiva.

Noble el recuerdo de los grandes hombres
 nuestra existencia á sublimar excita:
 dejando tras nosotros, en el polvo
 del tiempo, nuestra huella fugitiva,
 tal vez la encuentre, náufrago en los mares,
 mísero hermano nuestro, y la energía
 recobre y la esperanza alentadora
 que á tantos héroes de la muerte libra.

Déjame, pues, alzarme, obrar sin tregua,
 esforzar mi valor en cada día,
 acabar una obra, empezar otra,
 en eterna labor, y con fe viva...

¡Qué acentos tan viriles y tan enérgicos! Diríase que son
 ¡hurras! lanzados por el ardiente entusiasmo del joven
 guerrero victorioso en cien combates, que siente más ambi-
 ción de lauros y fatigas á medida que se prolonga la campa-
 ña. En toda la literatura antigua y moderna no conocemos
 composición más levantada y que exprese con más ardor y
 valentía la misión del hombre sobre la tierra y el concepto
 de la vida. Parece que nuestro poeta ha querido engalanar

con el lujo de su fantasía la definición que el Angel de las Escuelas, siguiendo al filósofo de Estagira (1), ha dado de la vida, llamándola *movimiento fecundo*. ¡Qué fluidez y cuánta naturalidad en sus versos! El comparar los latidos del corazón humano con los golpes dados en el parche militar, es muy original, y no sólo poéticamente bello, sino también fisiológicamente verdadero.

VIII.

Y no se nos conteste que estos acentos son los de la ilusión de la vida que aun no ha sentido cebarse en ella la garrá del infortunio, ni ha recibido el bautismo de la desgracia, no; nuestro poeta, que escribía la anterior poesía á los diez y nueve años de edad, cuando la vida se nos presenta de oro y azul, luminosa como en la mañana del combate, brindándonos por doquiera la copa rebosando vino, ha sufrido después los golpes de la suerte, y ha vertido lágrimas ardientes, herido en el único y sólido amor, en el amor conyugal (2). Puede, pues, decir con Espronceda y con más razón: «palpé la realidad;» pero en su valor de hombre y en su fe de cristiano ha permanecido siempre su musa fresca y vigorosa, como en aquella edad de que Aristóteles dice «que aun no ha sido humillada por la vida,» y no añade como el autor del *Diablo Mundo*:

.....odié la vida,
sólo en la paz de los sepulcros creo (3),

(1) *Vita est mentis actio* (Aristót., lib. II Metaph., cap. 7.º).—*Vita in actione non in effectu consistit* (Idem, lib. I de Repub., cap. 3.º).—*Vivere est propriè sentire et intelligere*. (Idem, lib. IX Ethic., cap. 9.º.)

(2) Murió su esposa trágicamente el día que con varios amigos festejaba su natalicio, habiéndosele, por descuido, incendiado los vestidos: esta desgracia causó al cariñoso poeta inmensa melancolía, mas no le sumergió en la desesperación blasfema: los grandes caracteres hacen del dolor palanca para elevarse á mayores alturas.

(3) *A Farifa*, en una orgía.

sino que á pesar de las espinas que desgarran su planta, camina, alta la frente y el corazón resignado, por el sendero que le marca la sabia Providencia en sus inescrutables designios. No exclama cómo petrificado estoico encerrado en el toro de Phálaris: *¡quam suave est hoc, quam hoc non curo!*, ni lanza impotentes blasfemias, sino que, paciente y resignado, convierte las espinas en florones de inmortal corona, haciendo de las penas de la vida escala purificadora para abrir el cielo.

Entre la multitud de poesías que pudiéramos escoger, damos la preferencia á la *Escala de San Agustín*, poesía escrita en 1861, cuando parecía que Longfellow debía hallarse sumido en la más desesperante angustia. Ha dicho el gran Obispo de Hipona que nuestros vicios y nuestros dolores eran como peldaños de una escala que debíamos subir para vencerlos. El vate cristiano ha recogido este profundo pensamiento y lo ha desarrollado, prestándole todas las galas de su poderosa fantasía:

Hé aquí dicha composición:

Bien ¡oh Santo! dijiste que podemos
hacer de nuestros vicios una escala,
si á pisar con valor nos atrevemos
toda acción nuestra vergonzosa y mala.

Aun las vulgares cosas,
aun los menos notables accidentes
que nos traen y se llevan presurosas
las horas, cada día, indiferentes;
aun el placer pequeño,
aun el rumor que apenas escuchamos,
peldaños pueden ser por do ascendamos.

El ruín deseo y el innoble empeño
que la virtud resfría,
la báquica licencia de la orgía,
la ambición de lo torpe, los combates
por lo que no es verdad, y la dureza
de alma, que los ensueños juveniles
desprecia, y los bastardos pensamientos,

y las acciones viles,
 que toman ser de corrompida idea:
 cuanto impide los nobles movimientos
 de recta voluntad, todo ello sea
 pisado, si en el campo luminoso
 queremos de la fama
 el puesto conquistar, á que el anhelo
 de nuestra propia condición nos llama.

Si alas nos faltan para alzar el vuelo,
 tenemos pies con que ascender por grados
 y poco á poco, mas subiendo siempre,
 de la vida á las cumbres nebulosas.

Las moles poderosas
 que lanzan en los libios arenales
 al espacio sus cimas altaneras,
 sólo son de peldaños colosales
 sublimes escaleras.

Las gigantes montañas apartadas,
 que sus picos severos
 ocultan, por las nubes coronadas,
 de pequeños senderos
 encuéntranse surcadas,
 que luego descubrimos
 cuando á sus yertas cúspides subimos.

La altura que alcanzaron
 y conservar supieron
 los hombres eminentes,
 no de un rápido salto la obtuvieron:
 mientras sus compañeros indolentes,
 descuidados dormían,
 ellos en vela, en el trabajo duros,
 toda la noche andaban, y ascendían.

Venciendo al fin, tenaces y seguros,
 lo que el lomo encorvado
 y la vista en la cuesta
 á llevar nos forzó, ya desahogado
 el noble pecho y la cerviz enhiesta,
 ver podrán nuestros ojos los caminos

en la pendiente abiertos
á más altos destinos.

Y ese mismo pasado, que ora inútil
y de ningun valor se nos figura,
visto desde la altura,
no nos será tan vano,
al poder comparar con sus despojos
algo más noble y sano,
del alma seducción y de los ojos! (1)

¡Cuánta sencillez al par que grandeza de alma revelan estos acentos! ¡Cómo se transparenta en ellos la fe y la resignación ante los dolores de nuestro valle de lágrimas! ¡Qué hermosa, nueva y original es la comparación de la vida á los sepulcros faraónicos, cuya elevada cumbre de difícil acceso sólo es hollada por la planta del viajero intrépido! Si no supiéramos que la anterior poesía era de Longfellow, hijo de los Estados Unidos, y que vivió en pleno siglo XIX, siglo de la duda y del grosero materialismo, la atribuiríamos á un San Juan de la Cruz ó á Santa Teresa de Jesús, cuyo célebre dicho: «el mundo tiene de bueno el perfeccionar con sus pequeñeces y miserias á los santos,» nos trae á las mientes nuestro poeta. ¡Tan profundo es su misticismo, tanto valor revela por salir de *questa selva salvaggia, ed aspra, e forte*, y ganar las cumbres luminosas de la *montaña de la vida!*

El célebre autor—sea quien fuere—del incomparable libro de la *Imitación de Jesucristo*, dice: *Hoc deberet esse negotium nostrum, quotidie se ipso fortiozem fieri* (lib. I), pensamiento profundo que con tanta brillantez y galanura ha desarrollado el vate norteamericano. ¡Sí, poeta cristiano; cada día más fuerte, cada día mayores progresos! Tal es la única misión del hombre, que en medio de la batalla debe recordar como estímulo y corona de sus afanes el *Sed perfectos como el Padre, que está en los cielos.*

(1) Traduc. del Sr. Baquero Almansa.

IX.

Inspirada en el mismo sentimiento religioso y más sublime, si cabe, que las anteriores, es su famosísima oda *¡Excelsior!*, que ha dado la vuelta al mundo. Es, como hemos dicho (1), el «*Sursum corda* de la musa americana, grito de alma poética y siempre más valiente á medida que los trabajos se suceden en la vida y los años atropellan á los años.»

El *Edipo* de Séneca siente resonar en sus oídos la fatídica voz ¡adelante! del Destino y la obedece fatalmente; el romanticismo de Víctor Hugo, hijo del *satanismo* byroniano, pone en boca de Hernani la brutal expresión: *¡Je suis une force qui va!* (2); pero nuestro vate, bebiendo en las límpidas fuentes de la religión, que es la más pura filosofía, nos presenta á un noble mancebo luchando libremente con las asperezas de la vida, negándose á las seducciones del placer y realizando la noble idea del justo soñado por el estoico cordobés, cuando exclamaba (3) *Ecce par Deo dignum, vir*

(1) En *El Imparcial* del lunes 17 de abril.

(2) El fatalismo de los antiguos poetas no era tan brutal ni tan ciego como el de los románticos modernos, imitadores de las contorsiones y violencias líricas de Lord Byron. Hé aquí cómo se expresa su jefe Víctor Hugo:

..... Tu me crois peut-être
Un homme comme sont tous les autres, un être
Intelligent, qui court droit au but qu'il reva
Detrompe-toi: je suis une force qui va!
Agent aveugle et sourd de mystères funèbres!
Une ame de malheur faite avec des tenèbres!
Ou vais je? Je ne sais, mais je me seus poussé
D'un souffle impétueux, d'un destin insensé,
Je descends, je descends et jamais ne m'arrête.

HERNANI.

Hé aquí el hombre de la poesía romántica, del drama alemán, de la filosofía positivista y de la moral democrática de J. J. Rousseau. V. *Le Correspondant* del 10 de octubre de 1878.

(3) *De providentia*, lib. II.

fortis cum mala fortuna compositus! Esta producción—ya lo dijimos en otro lugar (1)—«revela el ardor inextinguible de un alma cristiana solicitada por la atracción de lo infinito: es el *más allá* que oía aquel árabe de la leyenda granadina, excitándole á no desmayar nunca en sus trabajos y á vencer con renovado vigor las crecientes dificultades de la lucha diaria.» Es como el acento de un dios caído, que se acuerda de los cielos.

Paladéela nuestros lectores en la versión que de ella ha hecho el excelente poeta-traductor Sr. Llorente (2), y verán que no son hiperbólicos nuestros elogios:

Negra desciende la noche,
y entre nieblas y entre hielos
pobre aldea de los Alpes
cruza gallardo mancebo.
Enarbola una bandera;
la bandera dice: ¡*Excelsior!*

Arde en su pálida frente
la hoguera del pensamiento;
brillan sus tristes miradas
como el filo del acero,
y en lengua desconocida
dicen sus labios: ¡*Excelsior!*

Allí, en moradas felices
ve luz, y el alegre fuego
del hogar, chisporroteando,
y arriba ante él, los espectros
del ventisquero, y su lengua
aun va murmurando: ¡*Excelsior!* (3)

«Detén la marcha, insensato
—grítale, al pasar, un viejo;—

(1) En sus *Leyendas de oro*.

(2) *Ilustración Española y Americana* del 22 de abril.

(3) En la traducción que hemos tomado del Sr. Llorente falta esta estrofa tercera, que hemos traducido ajustándonos al metro de dicho señor.

amenaza la tormenta
y es escarpado el sendero.»
El mozo sin escucharle
sigue murmurando: ¡*Excelsior!*

«Tente—le dice una hermosa;-
la sien reclina en mi seno,
descansa,» y cae una lágrima
de sus ojos hechiceros.
Pero el doncel sin mirarla
marcha repitiendo: ¡*Excelsior!*

«Guárdate bien de las ramas
que tronchó el rayo al abeto;
guárdate—dice el anciano—
de traidores ventisqueros.»
Mas ya en la cima lejana
oye resonar: ¡*Excelsior!*

Al rayar la tarda aurora,
cuando en pausado concierto
á Dios elevan sus preces
los monjes del monasterio,
suena una voz desgarrada
que á lo lejos grita: ¡*Excelsior!*

Corre el fiel can presuroso,
y en tumba de nieve envuelto
halla al audaz caminante;
y aun con sus crispados dedos
ase la blanca bandera;
la bandera aun dice: ¡*Excelsior!*

Helado, inmóvil, sin vida,
pero siempre noble y bello,
yace el animoso joven;
y del alto firmamento
voz dulcísima descende,
¡*Excelsior!* clamando, ¡*Excelsior!*

X.

Las tres anteriores odas, verdaderas joyas, no sólo de la literatura norteamericana, sino también de la de todos los pueblos, son suficientes para dar á cualquier vate la reputación de grande y constituyen á la vez un sistema completo de filosofía viril y enérgica. El *Salmo de la vida* es la vigorosa afirmación de la voluntad y de la acción que constituyen al hombre, (1) y protesta á la vez contra la filosofía del placer de los

(1) El notable publicista Paul Janet en su obra *Philosophie du bonheur*, París, 1863, después de haber examinado con escrupulosa crítica los placeres que pueden proporcionarnos la fortuna, los honores, la virtud y la inteligencia, concluye filosóficamente que la felicidad consiste solamente en el desarrollo y ejercicio de todas nuestras facultades. Nos hallamos conformes con dicho escritor, disintiendo tan sólo de su apreciación de la vida contemplativa, á la que no considera—tal vez por algún resabio volteriano—como vida de acción, necesaria para el individuo y para la sociedad. Si dicho escritor hubiese meditado en lo que hace algunos años escribía el famoso Víctor Hugo, cuando la imaginación de este poeta estaba sujeta á su razón, no hubiera condenado, con ligereza imperdonable en quien pretende pasar por filósofo, la admirable epopeya del trabajo que han realizado los monjes en todas épocas y países. Hé aquí lo que dice el anciano vate: lo tomamos del diario católico de Madrid, *La Unión*, sin que podamos precisar la fecha:

«La fé es necesaria al hombre. ¡Desgraciado el que no la tenga!

»El hombre no está desocupado cuando se entrega al éxtasis, porque hay trabajo visible y trabajo invisible.

»Meditar es trabajar; pensar es obrar. Los brazos cruzados trabajan, las manos juntas obran. La mirada que se dirige al cielo es también una obra.

»Para nosotros los cenobitas no son ociosos, los solitarios no son holgazanes.
»Meditar en la soledad es una cosa grave.

»Mezclar con la vida alguna idea de la muerte es la ley del sabio; y es también la ley del asceta: ambos convergen en este punto.

»Hay un incremento material, lo queremos; pero hay también una perfección moral, la respetamos.

»Las personas irreflexivas y ligeras se dicen:

—»¿De qué sirven esas figuras inmóviles que están contemplando el misterio? ¿Qué hacen?

»¡Ah! En presencia de la oscuridad que nos rodea y que nos espera, sin

epicureos y contra la despreciadora é insensible de los estoicos:

No es gozar ó sufrir nuestro destino,
obrar sólo!...

La *Escala de San Agustín* nos ofrece esta misma filosofía depurada de todo afecto terreno, si así podemos decir, y caldeada en el horno del más acendrado misticismo (1). Ya no es sola la acción que pudiera ser hija del soberbio egoísmo, como la del Dr. Fausto en el famoso drama de Goethe, sino la acción que se endereza por los caminos de la perfección para llegar á las cumbres de la santidad, si con valor pisoteamos

El ruin deseo y el innoble empeño
que la virtud resfría,
la báquica licencia de la orgía,
la ambición de lo torpe, los combates
por lo que no es verdad, y la dureza
de alma, que los ensueños juveniles
desprecia, y los bastardos pensamientos,
y las acciones viles

saber lo que hará de nosotros la dispersión inmensa que nos aguarda, les respondemos:

»—No hay quizá cosa más sublime que la que hacen esos seres.

»Y añadimos: «No hay quizá trabajo más util. Mucha falta hacen los que oran siempre por los que no oran nunca» *Quantum mutatus ab illo!*

(1) A diferencia de otros misticismos egoístas, inertes y enfermizos, el verdadero, el único misticismo, el católico, se enciende en el amor á Dios y al prójimo, proclamando la necesidad y eficacia de las obras. Santa Teresa de Jesús, tipo acabado de misticismo, no exclama como la discreta Victoria Colonna, catequizada en mal hora por Juan de Valdés:

*Cieco é il nostro voler, son l'opre
Cadono al primo vol le mortal piume,*

sino que escribe en la Morada V: «No, hermanas: obras quiere el Señor... y ésta es la verdadera unión... Y estad ciertas que mientras más en el amor del prójimo os viéredes aprovechadas, más lo estaréis en el amor de Dios.» Por eso Santa Teresa no separa nunca á Marta de María ni la vida activa de la contemplativa. (Sr. Menéndez Pelayo, en su *Discurso de recepción* en la Academia Española.)

que toman ser de corrompida idea;
 cuanto impide los nobles movimientos
 de recta voluntad....

y en el *Excelsior* nos revela las santas alegrías del mártir, que en medio de los tormentos, que podía esquivar arrojando á los ídolos un puñado de incienso, vislumbra la corona de la inmortalidad, reservada al valiente atleta, y muere gritando *io triumphe!*

Filosofía y canto del hombre, filosofía y canto del místico, filosofía y canto del mártir: he aquí lo que son estas tres inmortales odas; mejor diríamos que son fragmentos de una sola, cuya primera estrofa sube de la tierra y la última desciende de los cielos.

XI.

Parece á primera vista que la metafísica y la poesía se hallan separadas por un abismo, y no es así. Busca la filosofía el conocimiento de las cosas por medio de las causas y las relaciones que median entre aquéllas, y «la verdadera poesía, como ha dicho Jouffroy, expresa los tormentos del alma humana ante la cuestión de su destino,» es decir, ante los más elevados problemas de la filosofía. Por esta razón se hallan unidas, como la flor al tallo, la filosofía y la poesía en todas las épocas y lugares: al panteísmo absoluto y radical del *nirvana* indio responden los interminables poemas bráhamínicos, llenos de incidentes y de episodios, producto de desenfadada fantasía, con que se regalan los secuaces de Budha; al puro y elevado monoteísmo bíblico, la epopeya de Job, donde campea la Providencia, y los salmos de David, ardientes y llenos de entusiasmo ante la esperanza del prometido Mesías; á la *Iliada* y á la *Odisea*, la filosofía de Aristóteles y Platón; á Epicuro, Lucrecio, y á Zenón, la *Farsalia*.

Este hecho, ó mejor, esta necesaria relación entre la verdad y la belleza, entre la idea y su esplendor, se repite en toda la serie de los siglos, no siendo «la literatura, como

muy acertadamente ha dicho Mad. Staël, sino la expresión de la sociedad,» es decir, de la filosofía en ella dominante.

En la última centuria complacióse el espíritu filosófico en un rosado y vacío optimismo, soñando con paraísos ideales, y hasta con la inmortalidad en el planeta (1), y la literatura produjo almibarados idilios, empalagosas églogas, Pablos y Emilios, Julias y Eloisas. Mas ¡ay! ¡cuán poco duran las burbujas de jabón! El refinado espíritu filosófico, después de haberse embriagado con todas las grandes esperanzas de la especulación, después de haber agotado todos los sueños y todas las epopeyas de la metafísica, proclama hoy la nada de todas las cosas, y con sabia desesperación tartamudea la frase de un joven Príncipe indio, pronunciada hace veinticuatro siglos en la orilla del Ganges: «¡El mal es la existencia!»

No es el pesimismo enfermedad moderna, pues en todas épocas y países (2) ha habido grandes crisis de desespe-

(1) Lo soñó Condorcet.

(2) Gritos de dolor profundo, ayes inmensos resuenan en la filosofía y poesía de todos los pueblos. Sin ocuparnos en el panteísmo indio, cuyo término es la anulación de la personalidad humana y su absorción absoluta en Brahma, Job maldice el día en que ha nacido; Salomón declara «que está enojado de la vida, viendo todos los males que se encuentran bajo el Sol, y que todas las cosas son vanidad y aflicción de espíritu.» (Eclesiastés, II, 17.) Profunda melancolía revelan Hesiodo y Simónides de Amurgos y los coros de Sófocles y Eurípides. Grecia lanzó este lúgubre acento: «Lo mejor para el hombre es no nacer, y si ha nacido, morir joven.» Aristóteles observa la profunda relación que media entre el genio y la tristeza. Y Mr. de Hartmann (*Filosofía de lo inconsciente*) se ha servido de una comparación de Platón para comprobar la proposición fundamental del pesimismo de que el no ser es preferible al ser. «Si la muerte, dice, es la privación de todo sentimiento, un sueño sin ensueños, ¡qué gran ventaja será morir!» Por último, en Atenas hubo como una escuela de pesimismo, abierta por el famoso Hegerias, tan sombrío pintor de la vida humana que recibió el nombre de *Pesithanatos*. Produjo esta escuela, como el *Werther* de Goethe, multitud de suicidios, y fué cerrada de orden de la autoridad. En Petronio y Ovidio encuéntranse atisbos de pesimismo, y más aun en Lucrecio (*De natura rerum*, lib. II); y la Roma imperial, que apuró todos los goces y ensayó todas las monstruosidades, aplaudía frenéticamente el *post mortem nihil, ipsaque mors nihil*, de Séneca.

Sin embargo, estos acentos, por profundos y melancólicos que sean, expre-

ración y de tristeza, acusando la decepción de la vida y la suprema ironía de las cosas; pero podemos llamarla moderna por la forma científica que ha tomado en nuestros días. Ha habido siempre pesimistas; pero jamás como en nuestro siglo ha existido una doctrina, un sistema, que considere al mundo como mero juego de fatalidad irónica, á la vida como don funesto de voluntad malévola, y á los hombres como «juguetes de un egoísmo superior,» como «titeres del eterno geómetra,» según dice Voltaire (1), envolviendo como de costumbre un chiste en una blasfemia. Ha existido siempre un pesimismo contemporáneo de la humanidad, subjetivo, si así podemos decir, hijo de la *atrabilis*, del temperamento elegiaco de un pensador; pero nunca como hoy un pesimismo objetivo que violente la metafísica y la psicología para afirmar la existencia radical, absoluta é infalible del mal sobre la tierra, para «sostener la existencia en alguna parte de algún gran egoísta que nos engaña,» y que «somos explotados» por un maquiavelismo satánico, por un tirano anónimo y enmasca-

san en las razas y civilizaciones antiguas accidentes individuales, la melancolía del temperamento, los trastornos de un alma bajo el martillo de la desesperación; son gritos aislados, no un concierto; expresiones sueltas, no un sistema filosófico, no una doctrina de la renuncia del ser y de la vida. Lo que domina entre los antiguos, y así lo ha observado Hartmann en la obra citada anteriormente, es el optimismo, el gusto de la vida, la fe en la felicidad terrestre; el judío quiere que sus graneros estén llenos, y que sus lagares rebosen de vino (Prc verb. III, 10); el griego, después de haber llevado hasta la fábula su heroísmo, busca y se complace en los goces del arte y de la ciencia, y el severo romano sueña con su poeta en el *regere populos* y en la gran obra y eternidad de *Roma Dea*.

En el enjambre de sectas salidas del cristianismo hállanse también, en fáfara, doctrinas pesimistas, y Lutero al maldecir la razón, y Pascal con su terrorismo religioso, y el tétrico jansenismo anulando la naturaleza, puede decirse que han esbozado el cuadro que con tan negros colores han concluido Schopenhauer en el *Mundo considerado como voluntad y representación*, y su discípulo Hartmann en su *Filosofía de lo inconsciente*. Quien desee conocer la historia del pesimismo, lea la obra de Mr. James Sully titulada: *Pessimism á history and a criticism*, London, 1877, y la de E. Caro, notable como todas las suyas, *Le pessimisme au dix-neuvième siècle*, de las cuales nos hemos valido para trazar este brevísimo bosquejo.

(1) Citado por el autor de *Don Papis de Bobadilla*, tomo II.

rado, ora sea la voluntad fraudulenta de Schopenhauer, ora lo astuto inconsciente de Hartmann.

La vida es un tormento ni aun soñado por Dante; «el fraude es la base del Universo;» *lo trágico es ley del mundo* (1); la existencia es ilógica «en su contenido, lo mismo que en su forma» (2) ¿Qué recurso queda, pues, al hombre para burlar las redes de la voluntad ó del Uno-Todo inconsciente? El de los vencidos de Virgilio (3), la desesperación, la nada!!!

Convenzamos á la humanidad, dicen los pesimistas, de la sinrazón de vivir: precipitémosla lo más pronto posible en el abismo del *nirvana*: valgámonos de un ascetismo sistemático que agote las fuentes de la vida, ó apelemos á un grandioso *suicidio cósmico* que nos proporcione el *lethi secura quies*, el seguro descanso de la muerte!!

«Tanto amor á la nada ¿Hay tal locura!» podemos exclamar con el Cardenal Polignac en su *Anti-Lucrecio*?

No nos detendremos á refutar, pues no es nuestra tarea, esta novísima faz de la pseudo-filosofía, que fortifican sus parciales con argumentos especiosos y aparentemente sólidos; solamente les aplicaremos, y con mejor razón, lo que al bravo centurión de César decía Lucano en su *Farsalia: Infelix! Quanta dominum virtute parasti!* ¡Desgraciados! ¡Cuántos esfuerzos por conquistar la nada!

Tales aberraciones exigen más bien clínica que crítica. La vida... es la vida y merece que se viva, pues aun la más dolorosa é infortunada es preferible á la nada sombría y horripilante (4).

(1) Tal es el título terrible de un libro escrito por Julio Bahnsen, uno de los discípulos más aprovechados de Schopenhauer y representante de la izquierda de la doctrina.

(2) Idem.

(3) *Unica salus victis, nullam sperare salutem*, (Eneid., lib. 2.º)

(4) Véanse las obras ya citadas de Schopenhauer, Bahnsen y Hartmann, y además los *Diálogos filosóficos* de Mr. Ernest Renán, bastante coloreados de pesimismo.

XII.

Prosigamos con fortificante alegría, gozándonos al ver cómo, palabra tras palabra y reglón tras renglón, va creciendo nuestro humilde trabajo, y ocupémonos con los poetas más salientes que izquierdean, inclinándose al pesimismo (1).

Inician en nuestro siglo la poesía del hastío y de la amargura Lord Byron (2) y Chateaubriand, padeciendo lo que se

(1) Sumaria pero precisa y clara refutación del pesimismo presenta E. Caro en la obra que antes hemos citado.

(2) La situación de espíritu de Lord Byron ha sido filosóficamente comprendida y épicamente descrita por el Sr. Núñez de Arce en su *Última lamentación de Lord Byron*; hé aquí cómo le hace hablar, uniendo la verdad á la poesía:

Huérfano y solo abandoné mis lares,
 marcando el rumbo hacia remotos climas;
 surqué á mi antojo procelosos mares
 y hollé la nieve de empinadas cimas;
 mas doquiera la hiel de mis pesares
 vertí en acerbas y sonoras rimas,
 por todas partes implacable y frío
 fué detrás de mis pasos el hastío.

¿Por qué, por qué desde mi abril temprano
 molesto huésped á mi hogar se asienta,
 la copa del placer rompe en mi mano
 y hasta en los brazos del amor me afrenta?...

.....
 Nunca, tedio mortal, nunca me dejas;
 donde quiera que voy, tú vas conmigo,
 y no sé resistir cuando me envías
 noches sin sueño y fatigosos días.

¡Días de horrible laxitud! El cielo
 transparente y azul me causa enojos,
 cubre la tierra insoportable velo,
 y el llanto nubla sin cesar mis ojos:
 como un sepulcro el corazón de hielo
 guarda de mi entusiasmo los despojos,
 y están en esas horas de bonanza
 mudo el deseo y muda la esperanza!

(Octavas II, III, VII, VIII.)

ha dado en la flor de llamar «la enfermedad del siglo,» la enfermedad que atormentó á Werther y á Jacobo Urtis, á Lara y á René. Mas las altaneras y elegantes tristezas de estos dos genios nada tienen de filosófico, ni proceden de un concepto acerca del mundo y de la vida: son una forma del romanticismo, el análisis idólatra y morboso del *yo* del poeta, concentrado respetuosamente en sí mismo, y contemplándose hasta que se produce en él una especie de éxtasis doloroso de la embriaguez, dando gracias á Dios «de haberle hecho fuerte y solitario,» como el *Moisés* de Alfredo de Vigny, oponiendo su sufrimiento y su aislamiento á los goces de la multitud grosera. Hacen de la poesía un altar, digno de la víctima, creyéndose en su delicado orgullo privilegiados, aristócratas del dolor, y se considerarían rebajados si intentasen compartirlo con el vulgo. Sufren ellos, es decir, una naturaleza excepcional, pero no sufre la humanidad en ellos.

El verdadero poeta del pesimismo, el *vates*, según el sentido que á dicha palabra ahijaban los antiguos, que ve con terror el mal impersonal, absoluto, en todos los grados y en todas las regiones del sér, es el Conde Giacomo Leopardi, quien meditando sobre los mayores problemas de la vida, exclama:

. *Arcano é tutto*
Fuor che il nostro dolor

y con admirable pureza clásica desarrolla la teoría de la *infelicitá*, canta la *gentilezza del morir*, arrancando á su lúgubre lira el desconsolador acento:

Nostra vita á che val? Solo á spregiarla!

y, complaciéndose en *envidiar á los muertos*, sólo ve

Il commun damno
e l'infinita vanità del tutto!

En la *Ginestra*, su mejor composición poética según algunos críticos, satiriza y hasta insulta á los que creen en el progreso, diciendo que al mirar la

. *mortal prole infelice*
Non só se il riso ó la pietá prevale...

*Non ha natura al seme
Dell' uom piu stima ó cura
Che alla formica.*

¡La naturaleza estima al hombre tanto como á una hormiga! ¡Cuánta desolación! Por último, concluye diciendo que la *retama es más sabia que el hombre*, porque no se cree inmortal!

Enrique Heine, el más terrible humorista de nuestro siglo, y tal vez de todos los siglos, se ríe con sardónica risa, que es la más lúgubre de las tristezas, de Dios y de los hombres, de la sociedad y del mundo, y sonando los cascabeles de Pierrot, revela en sonoras y téticas rimas el desencanto y la desesperación de que se halla poseída su alma. «Cínico de la impiedad cuando se divierte, dice Lamartine (1); devoto cuando sufre, indefinible cuando muere, indescifrable en todas ocasiones, no es un hombre, es una pluma, ó más bien es una garra, pero es la garra de un águila de las tinieblas, de un mono del infierno divirtiéndose á los espíritus malignos; esta garra araña hasta teñirse en sangre todo lo que toca, y quema todo lo que ha arañado.»

Alfredo de Musset, poeta de la juventud y de los placeres, en una noche digna del *Aretino*, nos pinta á un joven corrompido hasta la médula de los huesos, que compra á una niña, víctima inocente de la miseria y del libertinaje; le hace conocer el amor, y después de gastar la última peseta, muellemente reclinado en el seno de la cortesana inconsciente, en la que ha matado el alma, ase el pomo del veneno fatal, lo apura de un sorbo y deja un cadáver en un lupanar!...

En sus *Noches*, rivales de las de Harvey, de Young y de Novalis, lúgubres como canto sepulcral, revela las agonías de su alma, y acompañado de su eterna compañera la *Soledad*, nos dice con desgarrador acento:

En mi lira, ni esperanza,
ni dicha, ni gloria canto,

(1) En el prólogo á la traducción de las *Noches* de Alfredo de Musset publicada por la *Biblioteca Universal*.

¡ni el sufrimiento siquiera!
y plego mi boca y callo,
para escuchar en silencio
mi corazón hablar bajo. (1)

¡Y qué voces de amor ó de entusiasmo, de esperanza y de valor lanzaba su corazón!

«Siempre un hombre, Dios mío, siempre lágrimas,
siempre polvo en sus pies ha de mirarse
y sudor en su frente; siempre luchas
y armas sangrientas: mentiría en balde
el corazón; su herida está en el fondo.

La misma vida siempre en todas partes!
Querer, gemir, tomar y dar la mano
unos mismos actores que nos hacen
una misma comedia; mas por mucho
que invente la ficción de los mortales,
no existe más verdad sobre la tierra
que el esqueleto humano...» (2)

¡El esqueleto humano la única verdad de la tierra! ¡Miserable poeta!

XIII.

En nuestra España, á pesar de ser la tierra del sol y del Jerez (3), ha penetrado también la musa pesimista, traída de Inglaterra por D. José de Espronceda, quien, imitador y

(1) *El poeta* en la *Noche de Mayo*.—*Noches* de Alfredo de Musset, versión castellana de Guillermo Belmonte.

(2) *La Musa* en la *Noche de Agosto*.

(3) Sabido es cuánto contribuye á la vida y á la alegría el sol, y para explicar muchos sistemas filosóficos y muchos humorismos, débese contar siempre con el importante dato del clima, pues que, según ha dicho Pascal, «somos tanto cuerpo como espíritu,» y Wirchou añade que no es sólo una verdad poética, sino también física que «somos hijos del Sol.» Diderot se creía loco durante los fuertes vientos,» y Byron decía: «Soy más religioso un

plagiario (1) de Lord Byron, y siguiendo la moda del romanticismo, cantó también con eco desgarrador el amargoso dejo de los placeres, el vacío de la vida, hallando su fatigado espíritu «hediondo polvo y deleznable escoria» en el mundo que tan jarifo y esplendente había vislumbrado en los albores de su juventud, y con tan ricos colores y tanta pompa había dibujado en su himno á la Inmortalidad.

día de sol.» La influencia de la luz y del calor solar era muy notable en el autor del *Fausto*: vivaz y alegre durante el día, al anochecer sentía disminuirse la actividad de su espíritu y caer en una especie de letargia que duraba hasta el siguiente día. Por esta razón reducía la felicidad un ilustre diplomático á «Dios, un rayo de sol y un buen plato.» (Reveille-Parisse, *Physiologie et hygiène des hommes livrés aux travaux de l'esprit*, pág. 338.) El señor Núñez de Arce ha esculpido esta verdad en un terceto dantesco de su *Raimundo Lulio*, exclamando:

«¡Cuánta tristeza y cuánta poesía
en el herido corazón despierta
ese adiós melancólico del día!»

Es indisputable la influencia del vino que, según la sagrada Escritura, *laticat cor hominis*, para disipar las negras ideas y ver el mundo de color de rosa. Véase lo que respecto á esta cuestión dice E. Caro en su ya citada obra: «Uniría de buena gana la (opinión) de un ilustre químico, con el cual hablábamos de esta cuestión del pesimismo, y que la resumía de este modo, reduciéndola á términos muy sencillos; según él, esta filosofía, con sus tristes visiones, era la filosofía natural de los pueblos que no beben más que cerveza.» «No hay peligro, añadía, de que se aclimate nunca en los países vinícolas, y sobre todo en Francia; el vino de Burdeos esclarece las ideas y el de Borgogna arroja los malos sueños.»

«Esta es la solución química de la cuestión al lado de la solución fisiológica de Mr. James Sully.»

Si así sentía nuestro vecino de allende los Pirineos, ¿qué no hubiera dicho si poseyese Francia como nuestra España los mejor embocados y más potenciales vinos del mundo?

(1) Conocido es el dístico con que Espronceda pretendió manchar al prudente republico, eminente literato y concienzudo historiador Excmo. señor Conde de Toreno; mas no es tan sabida la causa de tanta saña. Deseaba Espronceda conocer la opinión del Sr. Conde acerca de sus versos, y éste, que como pocos poseía la lengua de Albión y su literatura, contestó con su habitual gracejo al que le preguntaba: «Me gustan más los originales.» *Inde iræ!* Espronceda no perdonó aquella deificada acusación de plagio y se deshonró con su cólera ante la posteridad; *Oh genus irritabile vatum!*

Lástima es que no haya podido dar cima á su poema épico *El Diablo Mundo*, pues sin que incurramos en augurios pesimistas, es creíble que no hubiera hecho de su héroe un honrado ciudadano, ni le hubiera llevado á morir entre los trapenses, sino que le hubiera librado de la vida gastada en el libertinaje, por medio del veneno, del puñal ó de la pistola. La introducción de *El Diablo Mundo* y las frases del viejo en el primer canto nos permiten atisbar, habida cuenta de la moda y del genio del poeta, tan lúgubre desenlace.

Confirman estos augurios sus poesías líricas. Después de haber apurado con hidrónico labio la copa del placer, exclama (1):

Y busco aún y busco codicioso,
y aún deleites el alma finge y quiere;
pregunto, y un acento pavoroso
¡Ay, me responde, desespera y muere!
Muere, infeliz: la vida es un tormento,
un engaño el placer: no hay en la tierra
paz para tí, ni dicha ni contento,
sino eterna ambición y eterna guerra.

Y no sólo canta el dolor subjetivo y personal, sino también el dolor universal, con acentos que no desdeñarían Leopardi ni Hartmann:

Cada grano de arena, cada planta,
el vil insecto, la indomable fiera
que con rugidos el desierto espanta,
el águila altanera
que el sol á mirar sube,
sobre el vellón de la remota nube,
oí lanzaban la doliente queja
de su eterno dolor y su amargura.
¡Marañada madeja
este mundo de duelo y desventura! (2)

(1) A Jarifa, en una orgía.

(2) Composición titulada *El Angel y el Poeta* y destinada á formar parte del *Diablo Mundo*, inserta en el periódico *el Iris*, de Barcelona, en 1841.

En consonancia con esta apreciación de la vida, la vivió borrascosa, ocultando como Musset su dolor con su risa, y «rindiendo al mundo el exigido culto.»

En Gustavo Becquer, ternísimo poeta, hoy tan en moda, que no tuvo tiempo más que para cantar en incorrectas y sentidas rimas las aflicciones de su corazón, torturado por el desengaño; poeta á cuya alma rara vez bajaba el sol, «que no sentía las sonrisas del cielo y de la tierra,» y que se complacía en rimar melancólicamente *cuán solos se quedan los muertos*, hállanse tendencias al pesimismo, no romántico, sino verdadero y sentido como el de Leopardi. Fortuna para él haber muerto joven sin exhalar maldiciones ni blasfemias.

No nos ocuparemos en el *servum pecus*, en la turba multa de poetas adocenados, azote de las Musas, que, inspirándose en Espronceda, pero sin su genio y ardiente fantasía, rastrean lanzando ayes teatrales, creyendo cernerse en las nubes. El mochuelo jamás podrá emular al águila.

Con el afecto de un amigo y de un paisano y el respeto debido á gloriosas canas, pero con entera independencia é imparcialidad nombramos á D. Ramón de Campoamor, designándole como el representante poético del pesimismo en nuestros días. Él, que en su juventud tomó las alas de la alondra, para cantar la luz como ninguno, dejándonos de ella en inmortales silvas un cuadro inimitable; él, que en los *Ayes del alma* supo unir con armonioso engarce la corrección y gracia de Horacio con la dulzura y sentimiento de Virgilio, y el vigor y acerbidad de Juvenal (1); él, que en sus fá-

(1) Como prueba de que no exageramos comparándolo á Horacio—á quien hasta en la figura se parece, pues el venusino era, según Suetonio, *brevis et obesus*, pequeño y grueso,—trasladaremos aunque escondidas en una nota algunas estrofas de la *Oda á la Reina Cristina al partir para su destierro*:

Lleva en paz esa nave,
aura gentil, que hacia el Oriente vuelas;
que nunca en pompa grave
á tu influjo sñave
otra más rica aparejó sus velas.

Marca su rumbo incierto
de Italia en las regiones apartadas,

bulas nos trae á la memoria á Lafontaine y Samaniego, ha tenido la debilidad, ha cometido el abuso, que no le perdonarán las letras, de violentar su fresca y vigorosa musa, ple-gándola á las exigencias de pasajera moda propia de la deca-dencia, obligándola á cantar en sus *Doloras* que

Es el bien, por ser bien, *sueño de un sueño*;
que el mal, sólo por serlo, es *immortal*;

señalando su puerto
por estas que ahora vierto
lágrimas tristes de rencor preñadas!

Y después de haberla llorado, exclama manejando el látigo de Juvenal, di-rigiéndose al partido progresista:

Aparta, infiel alano,
que osaste profanar con ira insana
de tu dueño la mano:
hoy te alzas soberano
¡y un vil rufián te azotará mañana!

En buen hora con saña
solemnices en orgía placentera
tu críminosa hazaña;
gloria al león de España,
¡que el pecho hirió de una infeliz cordera!

Engrie tus pendones
agobiados de bélicas coronas;
quien venció Napoleones,
añada á sus blasones
¡la baja prez de proscribir matronas!

La oda al *Regreso de D.^a María Cristina* la firmaría el dulcísimo y gene-roso Virgilio. Véase lo que el Sr. Campoamor dice á la augusta desterrada:

Mostrad, para vengaros dignamente
de pasados agravios,
señales de perdón en vuestra frente,
palabras de piedad en vuestros labios.

Los que hoy al «bendeciros» os admiran
de vos «benditos» sean:
pues «¡madre!» os llaman cuantos hoy os miran,
«¡hijos!» tan sólo vuestros ojos vean!

¿Por qué ha abandonado esta senda el Sr. Campoamor?

que «el cariño es una sombra nada más;» que «*la muerte es el bienestar del hombre,*» y que á la humanidad sólo le afectan el calor y el frío; que «el hambre es quien regula la conciencia,» que «no hay honor ni virtud más que en la lengua,» y que «gloria y fe para el hombre son un sueño» (1). No diría más Leopardi.

Hemos dicho que violenta su musa; porque ¿qué agravios tiene que lamentar el Sr. Campoamor, ni de la naturaleza ni de la fortuna ni de la sociedad, para verter con acedo tono tantas hieles en sus *Doloras*? Byron era cojo, paralítico Heine, Leopardi giboso (2); tísico y pobre: se hallaban además perseguidos por la befa de sus iguales, lo que puede suministrar alguna razón para explicar la causticidad de sus sátiras y la ironía melancólica de sus acentos; pero al Sr. Campoamor nada de esto ha sucedido. Cuando le contemplamos en su lozana vejez, carialegre y con su eterna sonrisa respirando benevolencia, nos trae á las mentes al anciano de Theos gozando alegremente de la vida entre juegos y risas y amorcillos, y no podemos darnos la razón de sus escépticas y elegiacas *Doloras*, sino atribuyéndolas á la voltaria diosa llamada moda, que exige entonar lamentos fingidos y exhalar quejas académicas, y al deseo laudable pero inconsiderado de fundar iglesia, que hasta ahora no ha tenido más neófitos que algunos versificadores (3).

¡Ah, Sr. Campoamor! No se puede jugar con la belleza: *la belleza es santa* (4) y exige ser tratada santamente: la poesía es el pan del corazón y no admite malsana levadura (5).

(1) Véanse las *Doloras* 9, 10, 11, 20 y 24 y otras.

(2) Por esta razón dijo de él Nicolás Tommaso, poeta italiano:

*Natura con un pugno lo sgobbó;
E canta disse irata: ed ei cantó!*

(3) La frase de Voltaire: *Je m'ai ri me voilà désarmé*, pudiera muy bien traducirla el Sr. Campoamor, «Miradme, y no creais en mis *Doloras*.»

(4) *Sancta est pulchritudo* ha dicho San Clemente Alejandrino. (Stromat, lib. II.)

(5) Hemos dudado de la exactitud del juicio emitido acerca del Sr. Campoamor, pero no de la sinceridad que nos lo ha dictado, y plácenos hallarnos

XIV.

Algunos juzgarán digresión premiosa é impertinente esta disquisición acerca del pesimismo y sus principales representantes; mas para desarrugar su ceño sólo les diremos que siendo el pesimismo la cuestión palpitante, como suele decirse, que atraviesa las fronteras del arte con el nombre de realismo ó naturalismo, invade la política con el de radicalismo, y pretende ingerirse en la economía con el de socialismo, bueno es prevenir á la juventud para que huya de tan envenenadas fuentes, conservando pura su alma y vigorosos sus sentimientos para ejecutar acciones generosas y elevadas. Otra razón hay y potísima: el autor del *Excelsior* era, no sólo por instinto, sino por arte y reflexión, enemigo de esta lánguida musa, y al trazar, noveles pintores, el esbozo de su egregia figura y estudiar sus composiciones líricas, nos han servido las negras tintas del pesimismo para poner más de relieve la cándida y robusta musa de tan ilustre vate, que se destaca como arrogante cedro entre lúgubres sauces.

de acuerdo con el del eruditísimo, perspicaz y concienzudo crítico y literato Sr. Menéndez Pelayo, honra del profesorado y gloria de España; juicio que no conocíamos cuando escribimos el nuestro, aunque nuestro trabajo haya salido á luz, por causas ajenas á nuestra voluntad, con posterioridad al del señor Menéndez Pelayo. Dice éste en su *Historia de los heterodoxos españoles*, tomo III, pág. 814: «No entro á discernir lo que puede hallarse en el fondo del humorismo escéptico de las *Doloras* y de los *Pequeños poemas* de D. Ramón de Campoamor, poeta optimista y benévolo en la forma, y en el fondo *pesimista de los más agrios*, epicureo en la corteza y desalentado y corrosivo cuando se penetra más allá y cuando se siente el dejo antiprovidencialista y burlador de la vida del espíritu: único residuo de esa poesía enervadora tan fatalmente ingenua y tan afectadamente incorrecta y en realidad tan discreta y calculada.» Mi amigo el periodista, literato y novelista Sr. Ortega Munilla, tan ventajosamente conocido del público, ha definido en un *Lunes del Imparcial*, con bella, concisa y exacta frase, la *Dolora*, diciendo que es «una hermosa flor, en cuyo cáliz se aloja un insecto.»

Para Longfellow, la vida es un combate cuya palma está en los cielos, el mundo, lugar de la liza, y el hombre, no una víctima de implacable y egoísta destino, sino un atleta que aumenta y avalora los florones de su diadema con las amargas gotas de sudor que de su frente fluyen.

Como para nuestro inmortal Calderón de la Barca la idea cristiana de *La vida es sueño* es la dominante, así para el cantor norteamericano la que más priva es la de la acción, la de la voluntad, la del deber á través de ayes y fatigas. Huye su musa religiosa y viril del sentimentalismo panteísta y de la aspereza estoica; diríase que vive en perpetua primavera; tal es el delicado perfume que en todos sus acentos exhala. Casta y virginal, ignora el tumulto de las pasiones y la beodez de los placeres; sumisa á la Providencia, á quien admira en sus obras, jamás la acusa, reconociendo su benéfica mano, aun en medio de nuestros sufrimientos. Algunas veces es melancólica—¿dónde está la grandeza sin la melancolía?—pero este sentimiento no es hijo del orgullo, ni del egoísmo, sino de la compasión que en su cariñoso pecho excitan todos los infortunios. Véase con qué delicadeza describe el final de una nevosa *tarde de febrero*, y admírese cuánto es el arte con que sabe unir la creciente lóbreguez del crepúsculo vespertino con la temerosa sombra del cortejo funeral.

El día está muriendo,
la noche descendiendo;
helado está el pantano,
helado el río también.

Tras de la nube parda
el sol sus rayos darda;
las casas de la aldea
rojas brillar se ven.

De nuevo otra nevada:
la oculta palizada,
la senda en la llanura
dejó de señalar;
y en tanto por el prado,

cual sombra temerosa,
deslízase pausado
cortejo funeral.

—
Dobla la esquila, y siento
que cada pensamiento
dentro de mí responde
al sordo, triste son:
sombra tras sombra gira,
mi corazón suspira
tañendo íntimamente
cual fúnebre esquilón (1).

Sí, nobilísimo poeta, al fúnebre tañido de la campana respondía con suspiros tu corazón: pensabas que aquel cadáver dejaba tras sí tal vez una esposa amada y pedazos de sus entrañas: ¡tenías gran corazón! ¡Eras un gran poeta! Este mismo sentimiento de conmovedora melancolía resalta en multitud de composiciones como el *Endymión*, *La copa de la vida*, *El día de lluvia*, joyas en las que bellezas clásicas esplenden al fulgor de la caridad cristiana.

Apasionan á todos los poetas las causas más generosas, y por esta razón tomó él nuestro, parte en la que, en el promedio de este siglo, arrastraba á los Estados Unidos, la abolición de la esclavitud. La política, la literatura y la prensa de entonces estaban llenas de catilinarias contra los plantadores del Sur, denunciando la esclavitud como un oprobio para la República. El elocuente Channing se hallaba al frente de esta cruzada, pacífica aun en la forma, pero ya preñada de amenazas y pronta á la agresión. Longfellow sobresalió en ella por su ardor militante y publicó toda una serie de poemas dedicados al ilustre apóstol, con este rótulo genérico: *On the Slavery*, cuya mayor parte fué reproducida con entusiasmo por toda la prensa del Norte de los Estados Unidos.

(1) Tomada de un periódico de Nueva York, que se publica en nuestro idioma.

«¡Cuidado! exclama el poeta en uno de ellos ¡cuidado! Hay en nuestro País un desgraciado Sansón, ciego, despojado de su fuerza, amarrado con cadenas de acero. Puede, en un acceso de cólera, levantarse y romper las columnas de nuestro edificio. Desmoronándose el templo de nuestras libertades bajo su brazo, no dejará más que una masa informe de ruinas.»

Estos versos de cuño clásico, que contienen «la cólera indignada del poeta y la sentencia del varón profundo» se hallan hoy en todas las colecciones de poesías norteamericanas.

No se malogró, como á tantos otros suele suceder, el genio de Longfellow con la excursión hecha por la política. Sentía que en esta arena de intrigas y miserias se hallaba ahogada la nobleza de su alma, y volvió á sus favoritas musas, produciendo composiciones ligeras, pero muy acabadas en lo que atañe al sentimiento y al estilo. Pecan sin embargo, de un tantico de monotonía respecto al color y de vaporoso romanticismo impropio de un talento ya en sazón, al que con derecho se le podían pedir mayores concepciones. Las principales son: *El puente*, *El reloj de Nuremberg* y *El campanario de Brujas*, graciosas evocaciones de los recuerdos de Europa, tan caros á su fantasía.

Algunas revisten la forma de sonetos.

Citaremos la siguiente, donde el poeta censura con brío y nobleza al malhadado genio de la guerra. Titúlase *El Arsenal de Wolwich*:

¡El arsenal! Del suelo á la techumbre
 elévanse las armas,
 con un órgano inmenso presentando
 horrible semejanza.
 Ahora ninguna antífona resuena
 en sus tubos, que callan;
 mas ¡qué salvaje y lúgubre armonía
 brotará de sus cajas,
 luego que el ángel de la muerte toque
 en sus claves extrañas!
 ¡Qué lamentos! ¡Qué horrible *miserere*
 mezclado á sus sonatas!

Oír creo ese coro inmensurable
 de agonía y de ansias,
 ¡cruel gemir, que atraviesa las edades
 y hasta la nuestra alcanza!

—
 Bajo del casco y el arnés resuena
 el martillo sajón,
 y por los bosques cimbrios escucho
 del normando la voz;
 y aun más estrepitoso, destacándose
 del inmenso clamor,
 de lejanos desiertos en el fondo
 muge el tártaro *yong*.

—
 Con siniestro badajo, desde lo alto
 de torre palacial,
 escucho la campana florentina
 al combate llamar,
 y veo á los aztecas sacerdotes
 en sagrado portál
 sus tambores de pieles de serpientes
 sanguinarios tocar.

De cada aldea ardiendo y del saqueo
 entre el marcial pavor,
 oigo los gritos de la muerte ahogando
 toda extrema oración,
 y en medio del pillaje y la licencia
 de soldadesca atroz,
 de las hambrientas plazas asediadas
 los aullidos de horror.

—
 Oigo mugir los bronces, de sus quicios
 las puertas estallar;
 el fuego del fusil; de los aceros
 el rápido *chis-chas*
 al cruzarse enconados, y sobre esta
 armonía glacial,
 el trueno de la ronca artillería
 escucho retumbar.

¡Y con esa ¡oh mortal! estrepitosa
 maldita confusión
 de la madre natura, ahogas la dulce
 y benévola voz!
 ¡Y con esos malditos instrumentos
 de destemplado son,
 el concierto armonioso impío turbas
 del divino cantor!

—
 Del infame poder que llena el mundo
 de duelo y de pesar
 y del oro empleado en los combates
 sólo con la mitad,
 hubiérase el espíritu podido
 del error rescatar,
 haciendo innecesarios en el mundo
 murallas y arsenal.

¡Execración al nombre de guerrero
 profunda! Y quiera Dios
 que el pueblo que su mano fratricida
 ponga en otra nación,
 de Caín el estigma, que en la frente
 le puso el Hacedor,
 lleve sobre su frente, perdurable,
 como eterno baldón! (1)

¡Cuánta espontaneidad, movimiento y fluidez presenta esta composición! El comparar los cañones de los fusiles con tubos de órgano inmenso es muy nuevo y á la vez muy natural. ¡Otro poeta se hubiera extendido con hinchazón en maldecir al inventor de las espadas y fusiles, parodiando á Marcial; pero el nuestro, con sobriedad y gracia, oye en rápida audición los instrumentos que llaman al combate, usados por varios pueblos: como el genio, toca y pasa por entre la sangre de los combates y el horror de las ciudades asaltadas; diríase

(1) Traduc. del Sr. Baquero Almansa.

que hasta el recuerdo de la carnicería asfixia á su musa, y concluye con una maldición muy oportuna y digna de su alma benévola!

Escribía Longfellow estos versos en 1845 en medio de la paz universal y de las brillantes utopias en que se mecía la demasiado confiada política de entonces. Eran un poder los oradores, poetas y los fundadores de repúblicas imaginarias gobernadas por la inteligencia y la virtud. ¿Qué sentimiento podía inspirar al poeta de aquellos días el aspecto de instrumentos bélicos, sino un profundo desdén? Era para Longfellow el arsenal de Wolwich, como la sala del tormento que había visitado en Nuremberg, monumento de barbarie para siempre desaparecida. Contemplaba los fusiles y bayonetas como los garfios, uñas de hierro, potros y caballetes, y en su alma de artista y de arqueólogo comparaba estas diversas máquinas, compadeciéndose profundamente de las víctimas de la fuerza. Tales eran sus impresiones después de haber recorrido por espacio de tres años la Europa. Hoy si volviese á apostrofar la guerra, ¡qué briosos acentos de indignación, qué maldiciones no saldrían de sus labios al ver convertido el viejo mundo casi en un campamento permanente!

XV.

La energía y la elevación no son las únicas dotes de la musa de Longfellow: tiene también imaginación ingeniosa. Todas sus poesías terminan con un rasgo, una expresión, un concepto inesperado, original y con frecuencia muy bello. Hase dicho con razón que los poetas son intraducibles, pues *el no sé qué* de la lengua en que versifica el poeta se evapora al pasar sus producciones á otra; esta dificultad se aumenta si se considera cuán diversas son la lengua española y la inglesa, y cuán profundas diferencias la separan en su sintaxis y prosodia. Sin embargo, á cualquier lengua que se lleve la poesía original, tiene que permanecer íntegra la belleza de la invención, dote que constituye al verdadero poeta y que po-

see Longfellow en el más alto grado, unida á la facilidad de esplendor con que la decora.

Júzguese por el *Reló de arena del desierto*. Supone el poeta que se encuentra solo, de noche, en su gabinete de estudio. Graves pensamientos ocupan su alma: hállase ante él, marcando en silencio el paso de las horas, un reló lleno de arena que cariñoso amigo le ha traído del desierto, y exclama el poeta:

Traído del ardiente,
arábigo desierto,
montón de roja arena
llegó á ocupar el seno
de este cristal, que mide
las pisadas del tiempo,
ó, como fiel ministro,
rige mi pensamiento.
¡De cuán remotos siglos
rodó en girar eterno!
¡Cuántas vicisitudes
sufrió esa arena, siendo
de historias mil testigo!
Tal vez en ella impreso
Moisés su pie dejara
descalzo, ardiente, trémulo;
ó el estridente carro
de Faraón soberbio
saltar la hizo en menudas
aristas por el viento;
la holló tal vez María
cuando á su casto pecho,
amante acariciándole,
llevaba al Nazareno,
y santa peregrina,
ardiente en sacro anhelo,
acaso iluminaba
la lobreguez del yermo;
la hollaron los ascetas
acaso, descendiendo

desde Engaddí, á las márgenes
áridas del Mar muerto,
y alzando en viejas rimas
los cánticos armenios;
tal vez las caravanas
que de Bassora lentos
sus pasos enderezan
de Oriente á los imperios,
ó peregrinos, fieles
del hado á los decretos,
que corren á la Meca
de vil temor ajenos,
pasaron, sí, pasaron
por esta arena... ¡El tiempo
está midiendo ahora
desde ese vaso estrecho!
Y mientras prisionera
en el cristal la veo,
se rompen estos muros
y allá, como entre sueños,
miro las ondulantes
arenas del desierto
y sus inmensas sombras.
Llevado por el viento
en hilo luminoso
raudo se va extendiendo
en columna gigante,
que pone asombro y miedo.
Alzándose soberbia
sobre el ardiente suelo,
avanza la columna,
y su fugaz espectro
dilátase do apenas
le sigue el pensamiento.
Mas la visión se pierde...
En el espacio inmenso
del arenal que hirviente
lanza rojos destellos;

las puertas cristalinas
 cerráronse de nuevo.
 ¡Y en tanto, media hora
 la arena fué cayendo! (1)

XVI.

No sólo está dotado Longfellow de opulenta imaginación, que le hace evocar con fidelidad los hechos pasados y combinarlos en nuevas y bellas formas, sino que también posee la delicadeza del sentimiento y la ternura del corazón. Sorprendería que en un poeta de tan alto vuelo hallásemos la sequedad, la aridez de alma que en aquellos genios que, como de Goëthe dice uno de sus biógrafos, adoran estáticos la divinidad de su cerebro; genios á quienes el poder adula pero no teme, y el pueblo admira pero no ama. No es de este género—gloria para él—Longfellow. Todo lo que padece, le hace sufrir: todo lo sencillo le conmueve: todo lo modesto le atrae y le fascina. Léase la siguiente composición, titulada *Los niños*, en la que saluda con tierna alegría las glorias de lo porvenir, aliviando su ánimo desmarrado por el peso de los años:

Venid, venid, niños,
 con risas y gracias
 á alejar del ánimo
 dudas y fantasmas.
 Vosotros á Oriente
 abris mis ventanas,
 allí por do asoman,
 saludos al alba,
 dulces pensamientos
 que cual aves cantan,
 ó frescos albores
 de alegre mañana.
 El sol ilumina

(1) Traduc. de D. Miguel Gutiérrez.

vuestros corazones;
 son vuestras ideas
 dulces ruiseñores;
 y por vuestras almas
 arroyuelos corren;
 mientras ya la mía
 hieren con sus golpes
 los vientos de otoño,
 ó cayendo informes
 los copos primeros
 de hielos traidores.

¿Qué sería el mundo
 Si no hubiera niños?
 ¡Ay! Ante nosotros
 tinieblas veríamos,
 y á nuestras espaldas
 desierto infinito.
 Son para este mundo
 cual sávia y rocío
 á plantas y flores,
 pájaros al nido,
 agua á los raudales,
 aromas al lirio.

De un cielo más puro,
 de un clima más grato
 la luz y los aires
 por ellos gozamos.
 Venid, dulces niños,
 venid á mis brazos:
 cantad lo que os cantan
 las brisas y pájaros:
 verted alegrías
 riendo y cantando.
 Al veros risueños,
 ¿qué son los trabajos?
 Todos nuestros libros,
 luchas y embelesos,
 ¿qué son do se escuchan

infantiles juegos?
 Donde suenan, niños,
 vuestros dulces ecos,
 todas las baladas
 son vanos lamentos.
 Vivientes poemas
 sois de dicha llenos:
 lo demás es triste,
 desolado, muerto! (1)

Este mismo sentimiento se revela con mucho ingenio y con mucho arte, pero velado, que es el *summum* del arte, en la siguiente composición, rotulada *Aves de paso*:

Sombras espesas
 caen de los tilos,
 que ingente muro
 se ven alzar,
 cual si quisieran
 velar opacos
 la luz del cielo
 meridional.

Desde las altas
 hayas sombrías,
 cual la marea
 creciendo va,
 y por los campos
 que nos circundan,
 siempre avanzando
 la oscuridad.

Pero la noche
 tiene hermosura:
 llena el ambiente
 dulce vapor;
 y así parece
 que se aproxima

(1) Traduc. del Sr. Gutiérrez.

de los lejanos
ruidos el son.

Allá, en atmósfera
tibia y suave,
de las estrellas
al titilar,
con raudo vuelo
gentil bandada
de aves de paso
se ve cruzar.

Ya en la alta esfera,
de sus sonantes
rápidas alas
oigo el rumor;
que al Mediodía
van caminando
desde el oscuro
Septentrión.

Desde la inmensa
celeste cumbre
sus dulces voces
caen sobre mí;
pero sus formas
no se descubren
porque la niebla
cubre el cenit.

Mas no digamos
que de las aves
esos murmurios
cánticos son:
de los poetas
son notas vagas,
gritos de angustia,
trovas de amor.

De sus hermosas
frases aladas
son los sonidos:
son el cantar

de almas que, envueltas
 en sus afanes,
 tienden el vuelo,
 buscando allá
 clima más dulce,
 y, entre los rayos
 de azul y grana,
 dejando van
 sobre la tierra
 por donde cruzan,
 cantos de gloria,
 cantos de paz! (1)

No se puede describir con más suavísimos toques la misión del poeta que vuela por este mundo alegrándola con sus cantos. Si fuéramos á examinar todas las bellezas de esta preciosísima joya, de tan puras tintas, y tan admirablemente tallada, ofenderíamos el buen gusto del lector. No se debe iluminar el sol del Mediodía.

XVII.

El carácter que domina en Longfellow es el del romanticismo, como hijo del siglo XIX, pero no está manchado con las contorsiones, arrebatos febriles y pretenciosos ñiquiñaques de esta escuela. Artista de aquellos, *quos amavit justus Jupiter*, tomaba el color y la animación del romántico, pero cuidando mucho de conservar la corrección, gracia y sobriedad de los clásicos. Estas dotes habrán podido observar nuestros lectores en los modelos acabados que en traje extranjero, aunque bien cortado, les hemos exhibido en el curso de este trabajo. Profesor de literatura, arqueólogo, y empapado en la historia y en los modelos que nos legaron Grecia y Roma, no dejó nuestro poeta de calcar su estro en el molde

(1) Traduc. del Sr. Gutiérrez.

antiguo, componiendo poesías en que imprimió la garra del león. Véase la adjunta, titulada *Encélado*, clásica por el fondo, la forma y la valentía con que está dibujado el titán enemigo de los dioses:

Yace bajo del Etna sepultado;
muerto no está: dormido ó soñoliento,
á veces quiere levantarse airado,
y abrasa el firmamento
con el calor del reprimido aliento.

Duros peñascos en su pecho el mundo
y en su cabeza amontonados mira,
pero bajo las rocas, el profundo
rugido de su ira
escucha, y dice trémulo: «¡Aun respira!»

Y aquella cumbre próxima ó lejana
las gentes miran con pavor de muerte,
y exclaman, contemplándola: «¡Mañana
quizás—¡oh dura suerte!—
quizás hoy mismo Encélado despierte!»

Y los antiguos dioses vencedores,
pálido el rostro y de pavor cubierto,
oyen gemir sus ayes bramadores,
y con el labio incierto
unos á otros preguntan: «¿Aun no ha muerto?»

¡Ay de la tierra que su campo ensancha
á los pies del peñón amenazante!
Roja ceniza, que los cielos mancha,
exhala el palpitante
vencido pecho del feroz gigante.

Y viñedos y huerta y selva y prado
inunda polvorosa la ola oscura,
cuando el fiero titán encadenado

la frente alzar procura
entre las rocas de su cárcel dura:

—
¿Veis la cárdena luz que al orbe aterra?
Los ojos son, que abrió relampagueando:
y el viento que los pinos de la sierra
mece iracundo ó blando,
«¡Encélado despierta!» va clamando (1).

No sólo buscaba la musa de Longfellow inspiración en la mitología pagana y en la leyenda cristiana, sino también en todo lo que, hijo de la imaginación popular, presentaba á su espíritu los delicados matices de lo bello, ora se ofreciese en forma de cuento fantástico, ora en forma de tradición rabínica. Cual laboriosa é insaciable abeja que liba el polen de las flores para componer rica miel, Longfellow, arqueólogo, historiador, literato, complaciase en hacer revivir por medio de sus versos toda fábula, toda conseja que encontraba en sus horas de estudio, convirtiéndola en afiligranada joya poética.

Véase la frescura y colorido con que da cuerpo á una fábula del Talmud, que á su alma sencilla y cristiana y á su imaginación soñadora tanto impresionaba cuando alzaba los ojos á la bóveda celeste: titúlase esta poesía *El Angel Sandalfón*, y creemos que el más severo crítico no podrá ponerle reproche alguno: ¡tanto es el calor, tanto el relieve, tanta la sobriedad y tan bellas son las imágenes que la decoran!

En el viejo Talmud de los rabinos
¿no visteis los portentos peregrinos
de la suprema celestial mansión?
¿No aprendisteis allí la dulce historia
de Sandalfón, el ángel de la Gloria
y ángel de la Oración?

—
A las puertas espléndidas del cielo

(1) Traduc. del Sr. Llorente.

él vela siempre con ansioso anhelo,
de pie, en aquella escala celestial
que vió de tantos ángeles poblada
Jacob, cuando después de la jornada
durmióse en el erial.

—
Los ángeles del Aire y los del Fuego
cantan un himno solo, y mueren luego
al espirar el inefable son,
como las cuerdas de la lira, rotas
cuando exhalan más plácidas sus notas,
por su misma tensión.

—
Mas él, tranquilo en el turbado coro,
oye impasible el cántico sonoro,
y atendiendo á lejano sollozar,
entre querubs y serafines muertos,
los que suben del mundo ayes inciertos
recoge sin cesar.

—
Ayes del corazón que arde y adora,
suspiros del espíritu que implora
con indecible afán verdad y luz;
quejas del alma que á su duelo cede,
quejas del alma que llevar no puede
su agobiadora cruz.

—
Y el ángel esas quejas angustiosas
trueca en violetas, y en jazmín y en rosas;
y en guirnaldas tejiéndolas sin fin,
la divina Sión orna con ellas:
y al cielo dan las florecillas bellas
aromas de jardín.

—
Yo bien sé que esa bonancible historia
es legendaria fábula ilusoria,
que algún viejo rabino imaginó:
mas su recuerdo sin cesar me aqueja,

y en la anticuada y plácida conseja
mil veces pienso yo.

—
Cuando en noche serena, á mi ventana
contemplo la azul bóveda lejana
que tachonan do quier estrellas mil,
mi mente audaz, que los espacios hiende,
ve cómo Sandalfón las alas tiende
en el éter sutil.

—
Y es la infinita sed que abrasa el alma,
es el inmenso afán que nada calma,
y corre en pos del ignorado bien;
es la ambición humana, no vencida
que aun pugna por coger la prohibida
manzana del Edén.

XVIII.

Hasta ahora sólo hemos dado á conocer poesías cortas, conmovedoras, ingeniosas y espléndidas; pero nuestro poeta no sería un gran poeta en toda la acepción de la palabra, si dotado no estuviese de más alto vuelo, de más poderoso aliento, capaz de hacer sonar la trompa de la epopeya, creando una obra más considerable y de más significación. Hemos, por decirlo así, atravesado el jardín cuajado de bellísimas flores, y vamos á penetrar en el monumento grandioso que ha hecho imperecedera la fama de Longfellow.

La naturaleza americana donde, según la gráfica y delicada pintura de un poeta de aquel suelo (1),

Todo es luz, aves, aromas,
Fuego el sol, llanto el rocío,
Flores el juncal, las pomas

(1) Agustín F. Cuenca, poeta mejicano, en su hermosa poesía titulada *La Mañana*.

Roja grana; las palomas
 blanca nieve; espuma el río,
 La oscura selva, rumores,
 El torrente, centelleos
 De divinos resplandores:
 La alameda, ruiseñores;
 Los ruiseñores, gorjeos;

aquella naturaleza, decimos, semejante á un jardín de hadas donde el hombre camina de maravilla en maravilla, de sorpresa en sorpresa, necesitaba un hierofante que la cantase, un poeta que realizase la predicción de Bello cuando exclamaba (1):

Tiempo vendrá cuando de tí inspirado
 Algún Marón americano, ¡oh diosa!
 También las mieses, los rebaños cante:
 El rico suelo al hombre avasallado
 Y las dádivas mil, con que la zona
 De Febo amada, al labrador corona!

Ese Marón tan ansiado por el poeta venezolano es Longfellow, que ha estampado su alma de cristiano y de artista en *Evangelina*, idilio dulcísimo, poema inmortal que vivirá tanto como *Dafnis y Cloe*, como *Pablo y Virginia*, como *Mireya*, y mientras el hombre palpita de entusiasmo ante la belleza literaria y ante la pureza moral.

Esta joya, que es el mejor florón de la poesía norte-americana, publicóse en 1847, meses antes de la revolución de febrero, y obtuvo inmensa fortuna en el viejo y en el nuevo continente, á pesar de las conmociones políticas que entonces solicitaban y ocupaban la atención de literatos, filósofos y políticos. Y en verdad que la originalidad de la obra merecía tal éxito. No la constituían ecos más ó menos debilitados de Europa, reminiscencias de otros poetas, sino que era una

(1) Andrés Bello, en su *Alocución á la poesía*.

voz enteramente nueva, fresca y pura, que hacía palpar el alma con emociones virginales y vibrar en sus profundidades ignotas cuerdas; tales son las bellezas descriptivas, los dramas conmovedores, el sentimiento exquisito, y acendrada moral que avaloran y esmaltan á *Evangelina*. Escrito está tan delicado idilio en exámetros, y jamás la lengua inglesa ha sido manejada, desde Byrón, con más pureza, corrección y elegancia, que por Longfellow en este poema.

Antes de ofrecer á nuestros lectores pálida muestra de su interés y de su gracia que llegan al alma, indispensable juzgamos presentar algunos detalles históricos.

XIX.

Hállase á la entrada del golfo de San Lorenzo una península, Nueva Escocia, que, descubierta y colonizada por franceses, formó parte de las colonias de Francia hasta 1713, en cuyo año, por el tratado de Utrech, fué cedida á Inglaterra; sin embargo, los acadianos conservaban á su primitiva Patria culto fiel, y en muchas guerras combatieron valerosamente á los ingleses, invadieron su territorio, y obligaron más de una vez á las guarniciones de sus fuertes á vergonzosa capitulación. Con la paz de Aquisgrán (1748), calmóse su bélico ardor, y siete años de vida laboriosa hicieron renacer la industria, y con la prosperidad, la confianza. Un día, ¡infausto día! las aldeas acadianas viéronse invadidas por la soldadesca inglesa, sus habitantes cazados como fieras, y embarcados en buques de guerra y trasladados á diversos puertos de las colonias británicas.

Hé aquí cómo un escritor canadiense refiere hazaña tan brutal y tan salvaje:

«El 5 de septiembre de 1755, el redoble del tambor, convocando la población á la iglesia ó á la plaza pública para hacerla sabedora de las órdenes del Rey de Inglaterra, despertaba las aldeas acadianas. Casi todos los habitantes se presentaron con los vestidos del domingo para saber «que eran prisioneros de guerra, que todos sus bienes, muebles é in-

» muebles quedaban confiscados en nombre del Rey, excepto
 » el dinero y sus efectos personales, y que el 10 de septiem-
 » bre todos serían embarcados para marchar á las colonias in-
 » glesas!» ¿Qué añadir á tan espantosas conclusiones? No
 hiere el rayo con más rapidez que hirió á aquellos desgra-
 ciados la orden infame de Lawrence. Además, no había armas.

Cinco días después, la población de la Acadia era condu-
 cida á culatazos, y esperaba triste y resignada en la playa la
 orden de embarcarse. Diez oficiales y 80 soldados formaban
 la dotación de cada buque, mientras que en tierra fuerte cor-
 dón de tropas cercaba á los proscriptos. Doscientos sesenta
 jóvenes reciben la orden de entrar los primeros en los botes,
 pero se niegan firmemente, si no son acompañados de sus
 familias. El oficial manda cargar á la bayoneta; se les hace
 retroceder hasta el mar, y los heridos son arrojados confusa-
 mente en el fondo de las embarcaciones. Entonces se verifi-
 có una escena indescriptible, en la cual el honor inglés des-
 empeñó el papel de verdugo. Las tropas se dividieron por
 pelotones y recibieron la consigna de separar á las mujeres de
 sus maridos, á los padres de sus hijos, y hacerles embarcar
 en diferentes buques. Según estas familias se separaban y
 huían para no volverse á reunir, las manos de los ancianos
 se elevaban para bendecir; los esposos se oprimían con estre-
 chos abrazos; sollozaban los niños, y la soldadesca continua-
 ba su implacable consigna. Después, todo concluído, quan-
 do el fúnebre convoy levó anclas y se dispersó en el horizon-
 te, se paseó la tea por las abandonadas aldeas; se cazó á los
 animales de labor, y pagóse el precio de aquel día de traba-
 jo dividiendo las riquezas y propiedades del pueblo destre-
 rrado.»

Esta orden implacable, cuya brutal ejecución acabamos
 de ver pintada con tan vivos colores, fué expedida en pleno
 siglo XVIII por Lord Chatham, aconsejada por Franklin, y
 sin que Voltaire, que tanto blasonaba de humanitario, hu-
 biese elevado la más mínima protesta. ¡Y luego se nos habla-
 rá de la filantropía del siglo pasado, de la humanidad de la
 soberbia Albión, que declara la guerra para obligar á un pue-
 blo á que se embriague de opio, y hoy bombardea á Alejan-

dría, y *protege* á Egipto, burlándose de Europa por sostener las miserables y egoístas exigencias de su comercio! ¡Y nos arrojarán al rostro con impudente avilantez el mal trato que los indígenas del Nuevo Mundo recibieron de nuestros padres! ¿Dónde puede presentar Inglaterra un Fray Bartolomé de las Casas, patrono de los indios; dónde ostentar con orgullo las órdenes monásticas, tutoras del desvalido salvaje contra los desafueros de algunos desalmados; dónde exhibir un Código como el de nuestras *Leyes de Indias*, tan sabio, tan mesurado y tan prudente, admiración hoy de propios y extraños; dónde una Isabel la *Católica*, que en su *Testamento* dejó consignados los suspiros de madre cariñosa con los indios, y los votos de ferviente cristiana? Se cometieron tropelías, no lo negamos; faltóse á la justicia y á la humanidad, lo confesamos; pero la turba, que ávida de oro y encrudelecida, guerreando con moros y franceses, se dirigía á América, era la hez del hidalgo pueblo castellano, á la cual la distancia del poder central no podía, aunque lo intentaba, reprimir con mano fuerte. Si tan crueles y tan bárbaros fueron nuestros padres con los infelices indios, llevándolo todo á sangre y fuego, ¿cómo es que hoy solamente se conservan indígenas en las colonias que fueron de España, cuando han desaparecido ó van desapareciendo de las de los demás pueblos europeos que tanto nos acusan? Aun hoy, en pleno siglo XIX, vese con indignación mezclada de horror, cómo lentamente van desapareciendo los Pielos rojas y las demás tribus de la América del Norte, ante la persecución fría, sistemática del invasor y egoísta *yankee*. El pueblo castellano no obraba así: ahidalgado y generoso por naturaleza, orgulloso de su legendaria historia, nutrido en el espíritu de mansedumbre y caridad del Evangelio, era león en el combate y cordero en la victoria y en la paz: donde quiera que asentaba su planta clavaba el signo de redención, convertía á sus misioneros en nuevos Orfeos que, ora en el seno de los bosques seculares, ora bogando por los caudalosos ríos al tañido de instrumentos músicos y al eco de la salmodia sagrada, atraían al asombrado salvaje y abrían su corazón á los afectos y su mente á las ideas, roturaban su suelo instruyéndole en la agricultura y en la in-

industria, y transformaban sus vastas soledades en jardines que poblaban de aldeas, germen de tantas ciudades, hoy de inmenso porvenir. No, no: jamás los grandes fueron crueles, y era entonces España ¡señora de dos mundos! (1)

Se ha inflamado nuestra pluma y nos hemos extraviado; pero ¿qué ardor es más noble, que extravió más digno de perdón que el producido por las calumnias dirigidas á nuestra madre? Hijos últimos de España—no en amarla—jamás podemos oír ó leer, sin que salte de indignación el pecho, la torpe acusación de crueldad y barbarie lanzada contra ella por la ligereza, la malevolencia ó la envidia.

XX.

Prosigamos.

Que estos procedimientos de robo y de despojo eran peculiares de la política inglesa, pruébalo que años después, en plena paz, después de la conquista definitiva del Canadá, fueron expulsados de un modo tan sumario como brutal, muchos miles de acadianos refugiados en la isla de Cabo Bretón, hoy isla del Príncipe Eduardo.

Dejemos la pluma al escritor canadiense, antes citado.

«En otro tiempo, dice, la isla del Príncipe Eduardo contaba con una población de 7.000 acadianos. Estas buenas gentes vivían del producto de sus tierras, se dedicaban con fruto á la cría de ganados y cosechaban bastante para que muchos de ellos pudieran llevar hasta 100 fanegas de trigo al mercado de Québec.

Pero la desgracia que entonces parecía unida á las huellas

(1) La refutación de todos los errores y groseras calumnias con que han pretendido los extranjeros manchar la honra de España, con motivo de la colonización de América, puede verse, entre otras obras, en la del abate D. Juan Nuix.—*Reflexiones imparciales sobre la humanidad de los españoles en las Indias, contra los pretendidos filósofos y políticos, para ilustrar las historias de Mr. Raynal y Robertson, escritas en italiano y traducidas con algunas notas, por D. Pedro Varela y Ulloa.* (Madrid, 1782, en 4.º)

de la raza acadiana, fué á perseguirlos hasta allí. Codiciosos sus vencedores de las ricas explotaciones agrícolas que les rodeaban, acudieron de nuevo á su marina y deportaron toda la población. Apenas pudieron escapar de este terrible acto de arbitrariedad 150 familias, acogiéndose á los bosques y malezas, ó refugiándose en sus colinas y ocultándose durante el día en las caletas y pequeñas ensenadas de la isla. Después, terminada esta caza humana, cuando estos nuevos hebreos tuvieron que emprender el camino del desierto, el Gobierno tocó el halalí y dió comienzo el despojo oficial. Fueron divididas las tierras de estos proscriptos en 67 lotes de 20.000 acres cada uno. Elevándose su total á 1.360.000 acres, se echó suertes sobre él entre los oficiales y personas que con razón ó sin ella—Alejandro Monro lo dice—pretendían haber merecido bien de la corona inglesa. Estos propietarios improvisados por el acaso, se comprometían, al aceptar sus títulos, á establecerse en la isla, ó enviar á ella por el espacio de 10 años, cierto número de colonos *ingleses*. Algunos cumplieron sus condiciones, pero muchos olvidaron sus promesas. Poco importaba: ya se había logrado el objeto de arrojar al acadiano de su isla.»

Tal ha sido siempre la política de Inglaterra: despojar al vencido, ó incapacitarle para que no le haga concurrencia en el mercado. ¿Qué le importa la humanidad, qué la justicia? ¡Ay! El libro del *debe y del haber* no tiene entrañas y obliga á reducir al hombre á la condición de mercancía.

Estas expediciones, tan provechosas para el dominio británico, tienen bajo el punto de vista literario gran ventaja, pues facilitan la concepción de aquellas sociedades antiguas en que el saqueo y el despojo, siempre permanentes, mantenían en el alma vivas emociones y le comunicaban recias sacudidas, rica mina para la poesía. La monotonía y el bienestar modernos matan la inspiración; de aquí procede el *byronismo* esto es, la agitación en el vacío, la creación de fantasmas y de infortunios imaginarios para reaccionar contra la vulgaridad y el hastío que nos devora, pero escenas conmovedoras como la deportación en masa de un pueblo indefenso, esas imágenes de familias que aumentan con sus

lágrimas las ondas de extranjero río, las débiles mujeres, los respetables ancianos brutalmente tratados, los niños arrancados al seno maternal, nos ofrecen un trasunto de las edades primitivas y transforman al *dilettanti* en poeta. Por esta razón el pueblo inglés, raza bíblica, tiene el doble talento de expropiar á Nabot, y de atraer sobre su campo las bendiciones del cielo.

XXI.

Sirve de vestíbulo al elegante y melodioso palacio, tal comparación nos merece el poema de *Evangelina*, una corta introducción en que parecen resonar el rumor solemne de los bosques seculares de la América, la estentórea voz del Océano, chocando contra las rocas y los ayes de los míseros acadianos; así el trovador inteligente prelude en su laúd notas ásperas y desgarradoras cuando va á entonar doliente canción. Empieza así (1):

«Esta es la selva primitiva. Los murmurantes pinos y la cicuta (2) barbados de musgo y con vestiduras verdes, indistintos en el crepúsculo, están enhiestos como ancianos Druidas de triste y profética voz; como viejos arpistas cuyas barbas descansan sobre el pecho. El Océano de bronca voz

(1) Tomamos lo colocado entre comillas de la traducción, ó mejor dicho, versión—tan fiel y exacta es,—que de este poema ha hecho directamente del inglés, nuestro querido amigo el literato y poeta bilbaino D. Vicente de Arana. La ha publicado en un tomo titulado *Oro y Oropel*, con otras varias joyas de la literatura inglesa, designando, por excesiva modestia, con el nombre de *Oropel*, algunas composiciones suyas, en prosa y verso, dignas de otro nombre. Respecto á las traducciones del inglés, nos complacemos en consignar que no sólo ha conservado la primera cualidad que se debe exigir á todo traductor, cual es la escrupulosa fidelidad al texto, sino que además se ha infiltrado, por decirlo así, en el espíritu del autor y ha conservado—dote difícil—toda la frescura y colorido del original. Enhorabuena á nuestro amigo y á las patrias letras.

(2) Un árbol llamado así y no la planta de tres ó cuatro pies de altura que crece en nuestros climas. (Nota del Sr. Arana.)

habla ruidosamente desde sus peñascosos antros y en lastimero tono responde al lamento del bosque.»

«Esta es la selva primitiva; ¿pero dónde están los corazones que palpitaron á su sombra como brinca el corzo cuando oye la voz del cazador? ¿Dónde está la aldea de techos de paja, morada de los labradores de Acadia, hombres cuyas vidas se deslizan suavemente y sin ruido, como los ríos que riegan los bosques, oscurecidos por sombras de la tierra, pero reflejando una imagen del cielo?»

.....
 Empieza la primera parte del poema con una delicadísima pintura de costumbres acadianas que encierra el severo paisaje del bosque virgen.

En el país de Minas se halla la pequeña aldea de Grand-Pré, distante y separada del mundo, silenciosa en fértil valle. Vastas praderas se extienden hacia el Este, dando á la aldea su nombre, y ricos pastos á numerosos rebaños. Diques elevados por el incesante trabajo de los colonos ponen freno á las turbulentas ondas; pero en épocas determinadas, se abren las esclusas y reciben el mar en medio de los prados. Al Oeste y al Sur, campos de cáñamo, verjeles y trigales se extienden por la llanura sin empalizada alguna; hacia el Norte ciérnense las nubes, y por cima de sombríos bosques las eternas brumas, hijas del sombrío Atlántico. Allí, en medio de fincas, reposaba la aldea acadiana. Sólidas eran las casas, construídas de encina y de nogal, según las construían los paisanos normandos en tiempo del Rey Enrique. Allí, en las tranquilas tardes del estío, cuando el sol poniente iluminaba alegremente la calle de la aldea y doraba las veletas de los tejados, las matronas, las jóvenes, se sentaban con sus capuchones, sus jubones verdes, rojos y azules, con sus tornos, cuyo monótono ruído mezclábase al canto de las jóvenes. Con majestuoso paso, y á lo largo de la calle, marchaba el cura, y los niños suspendían sus juegos para besar la mano que les tendía para bendecirlos. Al aproximarse se levantaban las matronas y las jóvenes, saludando su llegada con palabras de afectuosa bienvenida. Después los labradores regresaban del campo y el sol se ponía pacíficamente, ce-

diendo el puesto al crepúsculo. Por fin, desde lo alto del campanario resonaba el *Angelus*, y de los techos de la aldea columnas de azulado humo, semejantes á nubes de incienso, ascendían de cien hogares, nidos de paz y de contento.

Así vivían, unidos entre sí, por afecto recíproco, los sencillos colonos acadianos, practicando el amor de Dios y el de los hombres. Vivían libres de aquel temor que reina con los tiranos, y de la envidia, vicio de las repúblicas. Sin cerrojos en sus puertas, sin rejas en sus ventanas, sus casas estaban abiertas como los corazones de sus propietarios. El más rico era pobre, y el más pobre vivía en la abundancia.

¿No es verdad que es encantadora esta pintura? Y no es hija de la fantasía del poeta, no; vigorosamente exacta puede verse aun hoy en las aldeas francesas del bajo Canadá.

En aquel venturoso edén, vivían el herrero Basilio con su hijo Gabriel, y el colono Benito padre de Evangelina, «ornamento y orgullo del lugar.» Gabriel y Evangelina se criaron juntos y se amaron, y... pero dejemos la pluma y tomemos la lira de un poeta traductor (1): la poesía de la infancia y del primer amor exige ser narrada «con el lenguaje de los dioses digno.»

Gabriel y Evangelina allí nacieron,
y allí los dos desde su albor temprano,
triscando en el pensil, juntos crecieron,
cual bajo un techo hermana con hermano:
discípulos amantes ambos fueron
del bondadoso abate Feliciano,
y así el abecedario en su rodilla
aprendieron los dos de una cartilla.

(1) A la amabilidad de nuestro amigo D. Juan de Izaguirre debemos el conocimiento de esta traducción, hecha por el diplomático chileno D. Carlos Morla Vicuña. Está impresa en New York en 1871, y consta de unas trescientas octavas, sonoras y armoniosas, aunque un tanto parafrásticas, defecto perdonable, habida cuenta de la gran distancia que hay del exámetro inglés al endecasilabo español, de las exigencias del consonante y de la diversidad de las lenguas española é inglesa.

Y cuando terminadas las lecciones
 los infantiles himnos entonaban,
 con la nota final de sus canciones
 á la encendida fragua ambos volaban:
 con alegres, festivos corazones
 desde el umbral atónitos miraban
 cómo se transformaba el hierro ardiente
 á voluntad del arte inteligente.

En las lóbregas noches del invierno,
 como dos melodiosos ruiseñores
 ensayaba aquel par su canto tierno
 al compás de los fuelles crujidores:

.....
 Manaba de sus pechos la ternura
 como un raudal de plácida armonía,
 y al himno que elevaba la natura
 en sus almas un eco respondía;
 así la poma bajo el sol madura,
 rasga el broche la flor, llegado el día,
 y así brotan sabrosos y suaves
 los no aprendidos cantos de las aves.

Como una fresca y límpida corriente
 se deslizó su venturosa infancia,
 y hoy esparce la virgen inocente
 cual modesta viola su fragancia
 Gabriel exhibe en su serena frente
 de varoniles años la arrogancia,
 y orgullo son del pueblo candoroso
 ella tierna y amante, él vigoroso.

Los dos jóvenes van á casarse y la noticia de su matrimonio llena de júbilo á la aldea.

En una tarde de otoño—hermosa tarde—se han reunido las dos familias para firmar el contrato. Evangelina está hilando al torno, bajo la mirada tierna y respetuosa de Gabriel: los ancianos cuentan las historias de otros tiempos; el sitio de Luisburgo, las terribles luchas de Francia é Inglaterra. Sin embargo, circulan inquietantes rumores: han arrojado el áncora

cinco buques de guerra ingleses; todos los habitantes han recibido orden de presentarse al siguiente día en la iglesia para oír las órdenes de S. M. Británica. «Tranquilizaos, dice el padre de Evangelina, siempre lleno de optimismo; ¿qué tenemos que temer estando desarmados? Estamos más seguros en medio de nuestros campos, de nuestros rebaños y en nuestras pacíficas esclusas, que nuestros padres, protegidos por muros contra los cañones enemigos.» ¡Qué sencilla ilusión! Pero á la vez ¡qué censura anticipada del acto brutal que va á ejecutarse!

Fírmase el contrato. El resto de la tarde se pasa en relatos y placeres inocentes, en tanto que los desposados, sentados el uno cerca del otro, murmuran palabras de amor.

Al día siguiente, obedeciendo las órdenes del Almirante, se reúnen los paisanos. Toda la población de los campos, *con los trajes del día de fiesta*, invade la aldea. Es recibida y hospedada. Bajo los soportales corren amorosamente olas de sidra y de cerveza. Así pasa la mañana; resuena después la campana de la torre; los hombres se presentan en la iglesia, las mujeres permanecen en el atrio del cementerio. Toda la muchedumbre espera en silencio las órdenes que van á dar los soldados.

De pie ante el altar está el comandante inglés con la orden en la mano. La desdobra lentamente y les dice: «Se os ha convocado por orden de S. M. El Rey ha sido siempre clemente y bondadoso con vosotros; pero ¿cómo habéis correspondido á su bondad? Que vuestros propios corazones respondan por mí. Esta penosa misión repugna á *mi carácter y á mi natural humano*, pues sé que va á afligiros profundamente. Sin embargo, mi deber es inclinarme y obedecer, expresándoos la voluntad de nuestro Soberano, á saber: Que todas vuestras tierras y viviendas y ganados de todas clases sean confiscados á la corona; y que vosotros seáis conducidos de esta provincia á otros Países. ¡Quiera Dios que viváis allá como fieles súbditos, y que seáis en adelante un pueblo pacífico y dichoso! ¡Os declaro prisioneros en nombre de S. M.!»

Esta corta alocución revela el paternal gobierno inglés, y

la exquisita sensibilidad compadeciéndose, como el cocodrilo, de su desgraciada víctima.

El pueblo permanece un instante mudo de estupor. Estalla después inmenso grito; un concierto de sollozos que sube al cielo. Algunos intentan luchar. «¡Abajo el tirano de Inglaterra! ¡Mueran los soldados que vienen á apoderarse de nuestras casas y de nuestras cosechas!» Así grita el herrero Basilio; pero inmediatamente es arrojado á tierra por la soldadesca y pisoteado.

En medio de este desorden resuena la voz del P. Feliciano, pastor de almas que predica á sus ovejas la resignación. «Esta es, les dice, la casa del Señor: no la profanáis con escenas de muerte. Ved la imagen de Cristo; oid su palabra que os repite: «Señor, perdónalos.» Al punto suceden los sollozos á los gritos de venganza, y el pueblo, arrodillado, repite: «Señor, perdónalos.» Y termina el Santo Sacrificio de la misa en piadoso recogimiento.

Cúmplese la orden bárbara; larga procesión se encamina desde los campos acadianos á los navios ingleses. Las mujeres y los ancianos se vuelven para dirigir la última mirada á sus abandonadas mansiones. Á su lado van los niños: algunos son llevados por bueyes y conservan en sus manecitas fragmentos de sus juguetes.

Súbitamente se abren las puertas de la iglesia y vese adelantar, entre dos filas de bayonetas, la larga hilera de colonos acadianos que habían permanecido, por espacio de cuatro días y cuatro noches, custodiados por los soldados ingleses. Cantan con tembloroso labio el himno de las misiones católicas. ¡Oh sagrado corazón de Jesús, llena nuestros corazones de fuerza, de sumisión y de paciencia!

Evangelina, unida á las mujeres, esperaba, roto el corazón, que se aproximase aquella procesión. Vé á Gabriel marchar pálido, abatido; lánzase á él, se cuelga de su cuello y le murmura algunas palabras de consuelo. Después, en la confusión del embarque, las mujeres son separadas de sus maridos, las madres ven á sus hijos abandonados en la ribera, tender inútilmente hacia ellas sus brazos desesperados. Los desposados se pierden de vista, y vanamente se buscan.

Evangelina permanece algunas horas en la orilla con su padre moribundo. El viejo espira en los brazos de su hija, á los siniestros fulgores de su casa abrasada. El mismo incendio devora la aldea y todas las fincas de las cercanías. Desde el puente de los navíos ingleses, los pobres cautivos contemplan desesperados las lúgubres claridades. El viento de la tarde les trae los lastimeros clamores de sus ganados vagando por los campos, los aullidos desolados de los perros buscando á sus amos. El sol se pone con esta escena de desolación. Los dos desposados, embarcados separadamente se dirigen á diversas regiones.

Así termina la primera parte de este poema; abrióse como esplendoroso día primaveral, que brinda amor y alegría y ciérrase como negra noche cargada de la tormenta, portadora del rayo y de la muerte.

XXII.

Han corrido los años: los acadianos desembarcaron en diferentes playas, «siendo desparramados como los copos de nieve, cuando el viento del Nordeste sopla oblicuamente á través de las nieblas que oscurecen los bancos de Terranova... Iban buscando amigos y albergue, pero perdida la esperanza y penetrados de dolor ya no pedían á la tierra más que un sepulcro; ya no le pedían ni un amigo ni un hogar. Su historia está escrita en las lápidas de los cementerios.»

En medio de las ciudades, campamentos y hasta desiertos que han habitado, vaga una joven de facciones abatidas y meditabundas. Busca entre los vivos, descifra las inscripciones de las tumbas como si en ellas quisiera encontrar un nombre; después vuelve á emprender su peregrinación solitaria por el inmenso continente. Algunas veces se elevan para disuadirla de tan infructuosa pesquisa, aconsejándole que olvide á Gabriel y que tome otro marido. «No puedo, responde, es preciso que yo siga la inspiración de mi corazón, lámpara cuya luz ilumina mi camino.—Valor, hija mía, le dice su

director espiritual, el P. Feliciano—cumple tu obra, obra de amor, de resignación, hasta que tu alma purificada, fortificada, se aproxime á la perfección y sea digna del cielo.» Sosteneda, acompañada por este noble apóstol, Evangelina vuelve á descender el Mississipí con sus compañeros de destierro, mutuamente unidos por los lazos de la desgracia, del recuerdo y de la esperanza. La pintura del Mississipí, verdadero Océano, que vuelca majestuoso sus ondas, entre márgenes ora risueñas, ora lúgubres, es, aun después de la descripción hecha por Chateaubriand, una de las más admirables que leerse puedan.

Creemos que nuestros lectores verán con gusto algunas de las octavas, en que á la sonora lengua de Cervantes ha vertido el ya citado Sr. Morla Vicuña esta descripción, una de las más soberbias que conocemos.

Ya los engolfa ráuda catarata
entre islas verdes, por pasaje estrecho;
ya corriente veloz los arrebatá
de albos algodóneros bajo techo;
ó ya entre arenas, cual bullente plata
que en remolino surgen de hondo lecho
al resplandor de diamantina luna,
desembocan en plácida laguna.

Así corre la intrépida barquilla
por el seno del río turbulento,
sobre las selvas que atraviesa, brilla
sereno el azulado firmamento,
y noche á noche en la breñosa orilla
reposan en abierto campamento,
al resplandor de vívidas hogueras,
que con su luz espantan á las fieras.

Albo como el armiño, y elegante,
sobre la onda el pelícano se mece;
vegetación soberbia, exuberante,
del ancho río en las orillas crece,
y como entre esmeraldas el diamante,
entre cañaverales resplandece,

al lado del hogar del Africano,
la mansión luminosa del Sudioano.

Engolfándose van por las regiones
do el ardiente verano hincó su rueda;
en donde de naranjas y limones
se carga la aromática arboleda;
donde embriaga nuevas poblaciones
con su rico perfume el aura leda;
y del Mississipí la honda corriente
dobla en curva magnífica, al Oriente.

Tuerce también su rumbo el débil barco
y entra en un abra plácida y serena;
tenebrosos cipreses hacen marco
á aquella triste, misteriosa escena;
inclinado el ramaje, forma un arco
que de solemne pompa el cuadro llena,
y cuelgan de la copa los festones
como del cenotafio los crespones.

Allí silencio sepulcral se asienta
tan sólo por la garza interrumpido,
ó por buho que anuncia la tormenta
con fatídico, lúgubre chillido,
cuando torna en la tarde cenicienta
de las praderas á su oculto nido;
y el astro de la noche que se encumbra,
como entre ruinas, macilento alumbra.

.....
Cándida aurora en el oriente raya,
y se divisan, entre niebla rota,
los lagos del tranquilo Atchafalaya.
Sobre los pliegues de las aguas flota
de la ninfea la familia gaya,
que entre follaje exuberante brota;
y sobre el grupo que incesante rema
irgue el loto gentil su áurea diadema.

Ostenta el ave matizada pluma,
su rico aroma la magnolia exhala,
el tibio ambiente que la flor perfuma

lánguido de molicie pliega el ala;
y sobre copos de nevada espuma
la pintoresca embarcación resbala
por entre verdes islas nemorosas
bordadas de jazmines y de rosas.

Mientras que Evangelina baja por el gran río, le remonta Gabriel en otro buque salido de la Luisiana. Los dos se buscan, los dos se encuentran; mas ¡ay! no se descubren. En el momento en que los dos buques se cruzan en silencio, el calor del sol sume en reposo á los viajeros. Evangelina y Gabriel duermen, sin conocer que los aproxima el destino: ya les separa mucha distancia, cuando Evangelina despertándose, dice al sacerdote que la acompaña:

«¡Oh P. Feliciano! Siento algo en mi corazón que me dice que Gabriel se halla cerca de mí. ¿Es un sueño insensato, una ociosa y vaga superstición? ¿Ó es que un ángel ha pasado junto á mí, y ha revelado á mi alma la verdad?» Luego, sonrojándose, añadió: «¡Ay de mi crédula fantasía! Ya sé que palabras como las que acabo de pronunciar no tienen sentido alguno para vos!»

Sonrió el reverendo sacerdote, y contestó de este modo:

—«¡Hija mía, tus palabras no son ociosas, ni me parecen vacías de sentido. La sensibilidad es á manera de un mar profundo y tranquilo, y la palabra que flota en su superficie es como la agitada boya que revela donde la ánora está oculta. Por tanto, cree á tu corazón; confía en lo que el mundo llama ilusiones. En verdad Gabriel está cerca de ti...» Y reina la majestad del silencio, solamente interrumpido por la estridente nota que lanza el pájaro burlón al internarse en los bosques.

Días después llegan Evangelina y el P. Feliciano á la rica plantación del anciano Basilio, padre de Gabriel. Grande alegría de los acadianos al volver á hallar sus compañeros: grande emoción de Evangelina, que cree encontrar á Gabriel. Pero á sus primeras preguntas: «¡Ay! le dice Basilio con emba-razada voz, ¿no habéis encontrado á Gabriel en un buque? Esta mañana misma se ha separado de nosotros, resuelto

para engañar su dolor, á cazar el castor y el bisonte con los salvajes del Norte.» Aquí intercala el poeta una escena de campestre alegría. Los colonos de la Acadia se hallan en el colmo de la felicidad al volverse á ver; solamente Evangelina no participa de ella; solloza y, apenas puede contener los latidos de su corazón que el poeta compara—¡comparación bellísima!—á un nido, de donde han volado los pájaros, y sobre el cual ha caído la nieve.

Con indómita energía, la joven se decide á partir acompañada del sacerdote y de algunos otros para seguir y buscar á Gabriel, viaje que sirve á Longfellow para desplegar su poder verdaderamente mágico de descripción de la naturaleza, y presentar á la atónita vista del lector las diferentes comarcas del Nuevo Mundo.

Pero, por todas partes Gabriel parece huir y desvanecerse ante ella como espejismo faláz. Frecuentemente encuentra calientes aún las cenizas de las fogatas encendidas por él en la soledad. Cree alcanzarle por fin al pie de las montañas Roquizas, cerca de la casa-misión de los jesuitas. «Gabriel, le dicen los buenos Padres, hace seis días que nos ha abandonado, pero aquí volverá para el otoño.» ¡Vana esperanza!

Los campos herbecen, los bosques hojecen, pasan y vuelven á pasar otoños é inviernos sin que Gabriel se haya presentado. Ha partido para los lagos, hanle visto en el Saginaw. Evangelina desafía todos los peligros, todas las privaciones en esta peregrinación infatigable y siempre burlada. Así pasa sus hermosos años; ya está marchita su juventud, ya sus facciones han perdido el brillo, ya sus cabellos se matizan con argentadas hebras. Joven y bella era cuando empezó su viaje: por fin se detiene anciana y desalentada. Fijase en Filadelfia: el amor vive siempre en ella; solamente ha cambiado de naturaleza; se ha derramado sobre todos los que sufren, en nombre del Señor. Hermana de la Caridad (1)

(1) Perdonemos á Longfellow este anacronismo poético, pues en 1755, año en que por lord Chattam se expidió á los acadianos la brutal orden del destierro, no existían en los Estados Unidos Hermanas de la Caridad. Si nuestra memoria no nos es infiel, en 1805 fué cuando la admirable Isabel Seton,

pasa numerosos años visitando los asilos de la miseria, siempre á la cabecera de los enfermos en los hospitales. Un día cae la fiebre amarilla sobre la ciudad; Evangelina multiplica-se en su caridad. Al verla aparecer, los moribundos tienen el presentimiento de los esplendores divinos, «En sus ojos, dice el poeta, brillan las lámparas de la ciudad celeste y descúbrese que su alma está impaciente por ver abrirse sus puertas.»

En la mañana de un domingo, en una sala del hospital, se aproxima á un lecho, descorre las cortinas. El enfermo se halla en la agonía: le mira, le reconoce, y en piadoso y tierno arrebató, exclama: «¡Oh Gabriel, oh mi adorado!» Al oír este grito el moribundo, presa de delirante sueño, vuelve á ver la blanca casita de su infancia, los ríos festoneados de lujuriente arboleda, las verdes colinas de la Acadia, la aldea y la montaña, y en la misteriosa sombra de los bosques, como en los albores de su juventud, pasar á Evangelina ante sus ojos como una visión espléndida. Intenta pronunciar un nombre, pero se apagan en sus labios balbucientes sonidos. Procura levantarse; su frente helada por el soplo de la muerte cae sobre el hombro de Evangelina arrodillada cerca del lecho. Dulce es su última mirada, pero súbitamente se extingue como lámpara que el viento apaga de repente. ¡Todo, todo había concluído! ¡Esperanza y temores, penas y deseos del corazón, la larga espera inútil, la profunda desesperación, la pesada paciencia! Oprimiendo por última vez la yerta frente sobre su seno, Evangelina muere dulcemente, murmurando: «¡Padre, gracias!»

Esta patética y conmovedora escena, así como todo el poema, terminan con estos hermosos versos, de ritmo grave y lento como fúnebre salmodia (1):

criatura extraordinaria, santa, enérgica y alegre á lo Santa Teresa de Jesús, fundó en Emmestburg, cerca de Baltimore, las primeras Hermanas de la Caridad de los Estados Unidos. Pero, ¿no es una falta feliz de cronología colocar á la intrépida y amorosa Evangelina entre las primeras compañeras de aquella valiente cristiana, que atravesaba la vida parafraseando el *¡Excelsior!* de nuestro poeta con estas palabras: *¡Siempre adelante, nunca hacia atrás, siempre hacia arriba!*

(1) Hemos tomado estos versos que como con llave de oro cierran el

«Tranquila se alza la selva primitiva; pero no lejos de su sombra, el uno al lado del otro, duermen en sus tumbas anónimas los dos amantes. Bajo las humildes paredes del pequeño cementerio católico, en el corazón de la ciudad, descansan desconocidos é ignorados. Diariamente, con las olas de la vida afluyen y refluyen en torno suyo miles de corazones palpitantes, mientras los suyos yacen para siempre; miles de cerebros adoloridos, mientras los suyos ya no piensan; miles de manos trabajadoras, mientras las suyas han cesado de trabajar; miles de piés cansados, mientras los suyos han terminado su jornada.

»Tranquila se alza la selva primitiva; bajo la sombra de sus ramas vive otra raza con otras costumbres y otra habla. Sólo á lo largo de la costa del melancólico y brumoso Atlántico quedan unos pocos aldeanos acadienses, cuyos padres, desde el destierro, volvieron en peregrinación á morir en el seno de su suelo natal.

»En la choza del pastor aún funcionan el torno y el telar; las jóvenes aún usan sus tocados normandos y las capellinas de tejido casero, y á la luz del crepúsculo vespertino se refiere la leyenda de *Evangelina*, en tanto que desde sus cavernas pedregosas la voz profunda del vecino Océano con desconsolados acentos responde al lamento de la selva.»

XXIII.

Tal es este poema, que, por lo noble de la inspiración, la gracia sencilla y conmovedora, la pureza de la forma, digna del pincel de Murillo, puede compararse con las más hermosas y delicadas concepciones del espíritu humano. Idilio tierno y gracioso en su primera parte, deja en el alma su lectura,

poema de Longfellow, del manuscrito en que con escrupulosidad y directamente del inglés ha traducido á *Evangelina* nuestro amigo D. Juan de Izaguirre. La casa *Gaspar Editores* va á dar á luz este poema, precedido de un prólogo, tan concienzudamente pensado, como gallardamente escrito, que firma *Macías Coque*.

la placidez, que acompaña siempre al espectáculo de una naturaleza grandiosa, iluminada por sol espléndido, y á las escenas de costumbres campestres, en las que se destaca la sencillez sin grosería y el mutuo afecto sin las hipocresías refinadas de la ciudad culta, donde se ve al Paraíso sin la repugnante serpiente tentadora, pudiéndose aplicar á Longfellow sin violencia alguna los delicados versos de Virgilio (Egloga 5.^a):

*Tale tuum carmen, nobis, divine Poeta,
Quale sopor fessis in gramine; quale per æstum
Dulcis aquæ saliente sitim restinguere rivo.*

«Tal á nosotros tu cantar, Poeta,
cual al cansado viandante el sueño
reparador sobre mullido césped;
cual por ardiente estío
calmar la sed en la agua cristalina,
del fresco manantial, que puro brota.»

Un crítico respetable, M. Philarete Chasle, á cuya opinión no podemos acostarnos en todas sus partes, ha dicho de *Evangelina*: «Como idilio americano, el poema de Longfellow es admirable: lo que falta á su obra es la pasión. La pintura del amor de los desposados, el nacimiento y progreso de este afecto no se indican. Parece que todo el ardor de inspiración de que dispone el autor no puede extenderse en el mismo país y no tiene inspiración sincera sino para aquella naturaleza sublime y original que le rodea.»

¿Que no hay pasión en este poema? Lo concedemos si por tal entiende el crítico francés las violencias y contorsiones de energúmeno, las actitudes arrebatadas que, en el vértigo de la locura llaman al infierno, cuando se ven despreciadas del cielo, los acentos de la cólera que impotente se revela en maldiciones, blasfemias ó asesinatos; pero si por pasión debemos entender la emoción que revuelve y agita al alma en sus más profundas entrañas, que se conserva en todos los instantes de la vida á través del tiempo y del espacio, que

persigue incesantemente su objeto, desdeñando los placeres y comodidades que ofrecerle pudieran la renuncia de su ídolo, esto lo hallamos en *Evangelina* escultóricamente estampado. Bella es la ola cuando, sacudida por el aliento del huracán, asciende airada por el espacio, llenando al alma de terror; pero será menos bella, menos poética cuando rizada por la brisa se tiende con manso arrullo por la superficie del mar copiando en su cristal el firmamento?

Semeja entonces, bruñida, inmensa luna veneciana halagando dulcemente al alma, sin retorcernos los nervios, y sin embargo sabemos que incontrastables corrientes la están removiendo en sus profundidades. ¡Ah! el crítico cuyo aserto combatimos no hubiera afirmado tan de plano la carencia de pasión en el inmortal poema de Longfellow, si hubiese tenido presente que así como el músico halla en el silencio de las dulces emociones armonías inmensas (1), quien sabe ver y sentir, encuentra en la tierra inquietud de una mirada, todo un poema de amor; en un suspiro inflamado ó en la lágrima que oscila, al vendaval del infortunio, toda una tragedia; que todas las grandes pasiones, como los grandes dolores, son mudas, pues

«El río, cuanto más lleno,
oculta mejor el fondo,
y á medida que es más hondo
aparece más sereno» (2).

El volcán cubierto de nieve es en *Evangelina*, más que una metáfora brillante, una verdad que palpita en las mismas entrañas del poema; que tal ha sido la intención del poeta, se ve con claridad expresado al final de la introducción, cuando dice:

Los que pensáis que amor en su nobleza
esperar y sufrir sabe paciente,

(1) Lamartine, citado por el P. Félix en sus *Conferencias sobre el Arte*.
(2) D. Adelardo López de Ayala en *El nuevo Don Juan*.

los que admiráis la heroica fortaleza
 de la mujer que sus martirios siente,
 oíd la historia de mortal tristeza
 que con voz lastimera y elocuente
 refiere el aura acariciando el pino:
 es un amor que combatió el destino (1).

XXIV.

Si hermoso es este idilio bajo el aspecto literario, y por la pintura verdaderamente maravillosa que contiene de la naturaleza exuberante de la *joven* América, no menos bello y radiante es bajo el punto de vista moral y religioso: pudiera decirse que es una rosa acompañada de espinas; una alegre sonrisa, coronada por una lágrima, por un acento de dolor resignado, que espera los gozos celestes. Lúgubre parecerá este desenlace á los que se complacen en que las novelas y poemas terminen en un vulgar matrimonio, ó en risotadas de báquica orgía; pero tales ficciones no son fieles retratos de la vida, que verdaderamente es una cruz, que debe esmaltar el propio esfuerzo, unido á la gracia de Dios; que si tiene su Thabor, también le acompaña su Calvario.

Supongamos que es muy otro el desenlace del poema *Evangelina*; que en vez de dirigirse á la ciudad de Guillermo Penn, la hija del colono Benito encamina su planta hacia el lago Salado para vivir con los Mormones, *Santos de los últimos días*, que merecen mejor el nombre de Santos de la última estofa. Allí Evangelina encuentra á Gabriel, casado con muchas mujeres, y ya padre de numerosos hijos. Le quiere hablar de su purísimo y fiel amor, de su adorada Patria, del Dios de sus padres, de las torturas de su corazón. Pero, ¡amor! ¿Y qué significa esta palabra, la más dulce del lenguaje huma-

(1) Del Sr. Morla Vicuña.

no? ¡Un Dios! ¿Y dónde está? ¡La Patria! ¿Y para qué? ¡Sufrir! ¿Y por qué? ¡Sueños, ficciones de calenturienta fantasía, inútiles tormentos con que se fatiga un loco! ¡Bravo por los ingleses que han despojado á los acadianos: eran los más fuertes! ¡Gabriel ha hecho muy bien en tomar otra mujer, y las palabras que usa Evangelina, no existen en el Diccionario, ni les presta hospitalidad la historia!

Si tal fuese el desenlace, no habría poema, lo que no sería un grave mal, si en esto consistiesen los progresos de la ciencia, que niega lo maravilloso y sobrenatural, intentando reducirnos á la realidad (1). Pero no es la poesía lo que sucumbe bajo los golpes de lo negativo y del positivismo, sino la misma realidad, tan afanosa como ilógicamente defendida por ciertos pretensos doctores. No nos seduce la poesía, sino porque nos hace más amable lo digno de ser amado, más ad-

(1) Nos apasionan los poetas, son los representantes de las más nobles facultades del alma, y quisiéramos hacer á nuestros lectores partícipes de esta pasión; por este motivo, y aun más por ajustarse á nuestro pensamiento, expresado en el texto, no dudamos en fortificar nuestros conceptos, con las estrofas, dignas de Juvenal, que el ilustre vate Sr. Núñez de Arce, lanza como acerada ardentísima flecha, sobre la innoble secta darwiniana:

¡Ay! si es verdad lo que la ciencia enseña,
 ¿por qué se agita y sueña
 el hombre, de su paz fiero enemigo?
 ¿A qué aspira? ¿Qué anhela? ¿Qué es en suma,
 el genio que le abruma?
 ¿Fuerza ó debilidad? ¿Premio ó castigo?

—
 Honor, virtud, ardientes devaneos,
 imposibles deseos,
 loca ambición, estéril esperanza;
 horrible tempestad que eternamente
 perturbas nuestra mente,
 con acentos de amor ó de venganza;

—
 Conciencia del deber, que nos oprimes,
 ilusiones sublimes
 que á más alta región tendéis el vuelo;
 ¿qué sois? ¿A dónde vais? ¿Por qué os sentinos?

mirable lo que debe ser admirado y más sensible lo que debe ser sentido. La prosa vulgar no tiene razón, y si el entusiasmo y la fe. Dios y amor, alegría y esfuerzos, lucha y ardor, lágrimas y fidelidad, maravillas del alma y esplendidez de la naturaleza, todas esas palabras, que, como flores brillantes, componen el riquísimo ramillete que se llama *Evangelina*, son las palabras verdaderas, las sacrosantas palabras de la vida. Borrirlas es reemplazar la realidad con sueños; es buscar quimeras abandonando el oro purísimo de la verdad; es mecerse en nubes preñadas de electricidad mortífera. Si valle de lágrimas es la vida, ¿á qué privarla de los bosquecillos, que lo refrescan; de las montañas, que lo coronan; del cielo, que le sirve de espléndido y fortificante pabellón? Seamos justos: dejemos á todas realidades su poético manto, y seamos agradecidos á los poetas que ilumi-

¿Por qué crimen perdimos
la inocencia *brutal* de nuestro abuelo?

.....
¡Al árbitro del mundo!... ¡Qué sarcasmo!
Perdido el entusiasmo
sin esperanza en Dios, sin fe en sí mismo,
cuando le borre su divino emblema,
esa ciencia blasfema,
como la piedra rodará al abismo.

Caerá de sus altares el Derecho
por el turbión deshecho;
la Libertad sucumbirá arrollada.
Que cuando el alma humana se oscurece,
sólo prospera y crece
la fuerza audaz, de crímenes cargada.

.....
¡Ay, si recuerda que en la selva umbría
la bestia no tenía
ni Dios, ni ley, ni patria, ni heredades!
Entonces la revuelta muchedumbre
quizás, Europa, alumbre
con el voraz incendio tus ciudades.

nan nuestra alma, con el sol radiante de la admiración (1).

No es sólo moral y religioso este poema admirable; es, además, católico. ¿Quién personifica elocuentemente el derecho y la dignidad humana, hollados por la fuerza brutal? Un pobre párroco de aldea, sin más armas que un crucifijo de madera, y su palabra llena de unción y mansedumbre. ¿Qué protestas se elevan contra las saturnales del despotismo? Humildes *Padres Nuestros* balbuceados entre sollozos y lágrimas por las víctimas resignadas. ¿Quién sostiene á Evangelina, quién acendra su amor y lo eleva hasta las más sublimes cimas de la abnegación y del sacrificio? El P. Feliciano, que caritativo y prudente, dirige é ilumina su conciencia. ¿Quién la acoge, quién la conforta, con el bálsamo del consuelo, en medio de las angustias de su incesante y siempre burlada peregrinación? Misioneros, jesuitas, avanzadas de la civilización y del progreso en las soledades del Oeste. ¿A qué puerto se refugia su lacerado corazón? Al que le ofrece una comunidad religiosa, para ejercitar la caridad, que rebosa su alma. ¿Y qué escena final corona tan conmoventes cuadros? La agonía y muerte de un anciano en un hospital, acompañado de una hermana de la Caridad, en otro tiempo su amada, que balbucea por y sobre él las últimas plegarias, y muere dando gracias á la bondad divina. ¡Oh sí! este poema es católico; que solamente el catolicismo, inmensa pirámide de luz y de verdad, puede ofrecer tan espléndidas bellezas, maravillas tantas, como las que avaloran á *Evangelina*.

(1) El Cardenal Wissman autoridad en materia de moral, citado por el Sr. Morla Vicuña en el prólogo á su traducción de *Evangelina*, ha encomiado á Longfellow en una conferencia dirigida á los pobres de Londres diciendo: «Ya nos encante la riqueza de sus imágenes, ya nos arrulle su melodiosa versificación; ora nos eleve con las altas enseñanzas morales de su casta musa, ora nos compela á seguir con corazón simpático la peregrinación de Evangelina, estoy seguro que cuantos me escuchan, se unirán á mí en el tributo que deseo pagar al genio de Longfellow.»

Edgard Poe acusó á Longfellow de haber cometido el crimen de introducir la poesía en la moral, esfera que, según el fantástico novelista, no le compete. La absurda y antifilosófica teoría del *arte por el arte* aun tiene partidarios. ¡Compadezcámoslos!

Que el genio de Longfellow era creyente y altamente religioso, lo habrán podido observar nuestros lectores: y no se nos replique que esta tendencia era pasajera; que era un simple accidente exigido por el arte, no; pues siguiendo las huellas de su musa, y á medida que va avanzando más en el camino de la vida, vense acentuar sus creencias religiosas; que las altas cumbres más próximas al cielo, sienten más la atracción de lo infinito.

Véase cómo revela su fe en la inmortalidad, y con qué galanura é imágenes nuevas y brillantes la recama, en la siguiente poesía, rotulada *Resignación*: diríase que alentaba en su corazón la poderosa fé de los siglos medios, expresada por el Hércules de la poesía católica, cuando exclamaba en su *Divina Comedia*:

*¿Non v'accorgete voi che noi siam vermi
nati á formar la angelica farfalla?*

¡La muerte!... ¿Y qué es la muerte?
Una palabra hueca.
Un tránsito es tan solo
lo que esa voz expresa.
¿Qué es más que un pobre barrio,
nuestra vida terrena,
de la ciudad elísea,
de quien la muerte es puerta?

No ha muerto, no, la niña
de nuestro amor: á aquella
escuela subió, donde
el mismo Cristo enseña.

Llevada por su Ángel
custodio, en la serena
reclusión del celeste
convento, no la inquieta
del mundanal pecado
la tentación aviesa.

Allí vive dichosa
en la región etérea.

Seguirla allí podemos;
 día por día verla,
 más firme el tierno paso,
 y su gentil belleza
 brillar día por día
 más pura y más perfecta.

No á hallarla volveremos
 graciosa niña tierna,
 sino gallarda joven
 de hermosura suprema,
 adornada con todas
 las celestes preseas (1).

XXV.

Brillantísimo fué el éxito, que obtuvo *Evangelina*, y parecía que definitivamente había hallado su ruta la inspiración de Longfellow, fijándose para siempre en el suelo americano. Sin embargo, le solicitaban reminiscencias románticas y sueños de la Alemania, bajo cuya influencia publicó en 1851 *La leyenda dorada*, drama fantástico, ó mejor dicho, narración, en la que ya nos hemos ocupado.

Mas, á pesar de la magia de los recuerdos y del prestigio que ciertos colores llamativos puedan ejercer en los artistas y en los hombres de imaginación, llega para ellos, así como para el vulgo de los mortales, la edad en que su espíritu sufre más ó menos el yugo de la realidad, tomando parte en los intereses, en el movimiento y en las luchas que la acompañan. Frecuentemente les abandona el genio en esta transición, reemplazando la inspiración por el gusto de los negocios, ó por el brillo de las dignidades, ó por el infame lucro. Muchos pudiéramos citar; mas el prudente lector suplirá nuestro silencio, pues suponemos que le vendrán á la memoria muchos nombres, que no queremos dejar caer de nuestra

(1) Traducción del Sr. Baquero Almansa.

pluma. No así Longfellow: verificase en él la evolución sin ahogar, ni manchar su musa, observándose solamente que, desde entonces, se presentan más de relieve en sus obras el color y el carácter del *yankee*, reemplazando á las tintas tan queridas del Rhin y del Tajo, las severas del Massachusetts, y especialmente el instinto de nueva nacionalidad independiente de la Europa que, como joven vigorosa, le hace confiar en su porvenir, henchido de promesas, y en su fuerza pronta á cumplir las más gigantescas empresas.

Por aquel entonces empezaba á manifestarse en los Estados Unidos cierto antagonismo para con el antiguo continente; sus periódicos y revistas literarias trataban á Europa con aquella arrogancia y soberbio desdén, que son propios de las nuevas generaciones para con sus antepasados; un partido poderoso y confiado, los Knownotings, predicaba el americanismo, cual si fuera nueva religión, de la que, como de la del judaísmo, estaban excluidas las naciones profanas, partido que de su suelo natal intentaba extraer su fuerza de reproducción. Entonces se hallaban en todo su esplendor los mediums, los espíritus, como si despidiéndose de la Europa escéptica lo sobrenatural, demandase la hospitalidad de los grandes lagos y de los bosques vírgenes. Para completar este conjunto no faltaba más que una teogonía que emulase á las india, egipcia y griega, dotando á la América de dioses autóctonos, obra á que no podía dar cima sino un poeta familiarizado con los ingratos trabajos arqueológicos. Cierta que la poesía, que «es lo más íntimo que hay en las cosas,» no surge, ni por un decreto, ni por un capricho de la voluntad, pero en ella quieren encarnarse siempre las ambiciones, glorias y veleidades nacionales, porque es siempre el paramento más brillante de nuestros sueños. Intérprete de nuestras alegrías y de nuestros dolores, ¡cuánto no se eleva su misión cuando se inspira en el patriotismo! Poetizar los orígenes prehistóricos de la joven América, era darles la aureola de ilustre genealogía, colocándola entre las razas más nobles de la humanidad, empresa digna de estimular y tentar el genio de Longfellow, quien la acometió, dando á luz (1855) su poema de *Hiawatha*.

«Si me preguntáis, dice al principiar, de dónde proceden estas historias, de dónde estas leyendas, estas tradiciones exhalan el olor de los bosques, el rocío y humedad de las praderas, el humo caprichoso de los *wigwams*, el mugido de los grandes ríos y sus frecuentes repeticiones repercutiéndose como el trueno de las montañas, os responderé: de los bosques y de las praderas, de los grandes lagos del Norte, de las regiones del Dakotas, de los Ojibwais, de las montañas, de las lagunas donde busca su alimento entre las cañas y los juncos: yo los repito como los he oído de los labios de Nawadaha, el músico, el dulce cantor. Si me preguntáis dónde ha hallado Nawadaha estos cantos tan extraños, estas leyendas y estas tradiciones, os responderé: en los nidos de los pájaros, en el fondo de los bosques, en las húmedas cabañas del castor, en la huella de la pezuña de los bisontes, en el nido de la águila; todos los animales salvajes se los han cantado, etc.»

Como se ve por estos comienzos, no intenta cantar Longfellow la América moderna, ni los asuntos clásicos de Franklin y de Jefferson, sino la América salvaje, antediluviana, en su virginal pureza, encarnando al héroe de esta naturaleza primordial en el dios indígena Hiawatha. Los bardos del Norte, avezados á espectáculos de carnicería y de sangre, hacen de sus dioses genios malévolos y sanguinarios, como Odín, Erminsul y otras divinidades germánicas, repugnantes y horrosas personificaciones del asesinato y del robo; pero la musa de Longfellow sencilla y amorosa no puede menos de cantar lo bueno ante lo bello de la naturaleza americana, y crea, por el contrario, un dios benévolo y compasivo, que enamorado del hombre, toma carne mortal para aliviar las humanas miserias.

«¡Oh, vosotros, dice el poeta, vosotros cuyos corazones son francos y sencillos, que tenéis fe en Dios y en la naturaleza, que creéis que en todas las edades, todo corazón humano es compasivo; que aun entre los salvajes creéis que existen inspiraciones, esfuerzos por alcanzar un bien que no comprenden; que creéis que manos débiles, aisladas, alzándose á Dios en la oscuridad, hallan su mano en la noche y

se encuentran fortificados! Escuchad esta sencilla historia, el canto de Hiawatha.»

Puede, pues, engrirse América de tener su Museo y su Hesiodo en Longfellow: él la ha dotado de una teogonía que puede figurar al lado de las egipcia, griega y escandinava, con la diferencia que ya hemos apuntado, á saber: que los dioses de Hiawatha no personifican pasiones brutales, la audacia, la violencia y la matanza, sino el trabajo vivificante, la bienhechora industria y el amor á los débiles y desgraciados.

Inponente es la escena que sirve de vestíbulo al poema: el gran espíritu Manito convoca los pueblos y enciende la pipa de la paz (1), como señal, á todas las naciones. A este llamamiento responden los Delawares, los Mohawks, los Pies Negros, los Omahas, Mandanos, Dakotas, Hurones, Abenakis, etc., y se dirigen á las montañas de la Pradera, al Gran cuadrado de la piedra de la Pipa Roja. Traen sus armas, sus atavíos de guerra, y se miran coléricos, como desafiándose. En su corazón arden los odios tradicionales, las hereditarias quejas, la implacable sed de la venganza. El gran Manito, omnipotente creador de las naciones, los contempla con profunda compasión, pareciéndole sus disputas, disputas de niños; les dice con paternal bondad: «Hijos míos, infelices hijos míos; oid las palabras de la sabiduría, del Gran Espíritu, del Señor de la vida que os ha creado. Os he dado tierras para cazar, ríos para pescar: os he dado el oso y el bisonte, el castor y el corzo: he llenado los estanques de zorros salvajes, los ríos de peces; ¿por qué no estáis contentos con mis dones? ¿Por qué os cazáis unos á otros? Fatigado estoy de vuestras discordias, de vuestras guerras sangrientas, de las súplicas que me hacéis para vengaros. Todos vuestros peligros están en vuestras disensiones: vuestra fuerza se halla en la unión, y os mando que viváis en paz como hermanos.»

(1) Los salvajes de América usan de dos pipas largas: la de la paz, que está adornada de blancas plumas, y la de la guerra, de rojas.

Entonces el gran Manito anuncia que va á enviar á la tierra un profeta, un libertador, que les instruya y guíe. Las naciones, oyendo sus consejos, se multiplicarán como las estrellas del cielo, como las arenas del mar, y vivirán prósperas y felices; pero si son rebeldes á sus amonestaciones, caerán sobre ellas la ruina y la desolación. Por el pronto obedecen las gentes, entierran sus armas y sus trajes de guerra y dándose el ósculo de paz, se separan esperando al elegido que ha de descender del cielo.

El lector adivina desde luego el plan de la obra, que es la exposición del dogma sublime de la redención, que se va á realizar de un modo sencillo y espontáneo entre los americanos autóctonos. Inquiridor infatigable de documentos antiguos, ha podido Longfellow descubrir en medio de las tribus indias la existencia de esta tradición, común á todos los pueblos. Las crónicas legendarias de los indios hacen mención de un personaje, nacido milagrosamente á las márgenes del lago superior, para purificar sus bosques, sus ríos, y enseñarles las artes de la paz. Mr. Schoolcraft, distinguido paleógrafo americano, ha dedicado largas vigiliias y ha escrito un libro en el que, estudiando estas poblaciones, hace observar la coincidencia de todas las tradiciones con la narración mosaica, llegando hasta presentar los diversos nombres dados á este enviado del cielo por las diferentes tribus americanas.

El *Logos* de Platón, el *Doctor* universal de Sócrates, el *Santo* de Confucio, el *Monarca universal* de las Sibilas, el *Rey* tan temible de los romanos, el *Dominador* esperado en todo el Oriente, el *Cordero de Dios que borra los pecados del mundo*, llámase, entre los salvajes, Michabou, Chiabo, Manabozo, Marenya, Hiawatha. ¡Descubrimiento singular digno de la meditación del sabio y del filósofo! Por do quiera hallamos, aunque debilitado y desfigurado, un eco de las promesas del Génesis, apareciéndose el cristianismo como una necesidad imperiosa y primordial de la humanidad, y que viene á saciar el hambre de los corazones que esperan la palabra divina.

Hiawatha es hijo de Mudjekewis, apellidado el Viento del

Oeste, célebre entre los guerreros por haber dado muerte al Oso Grande de las montañas, y de la hermosa Wenona, hija de Nokomis. Wenona, abandonada por su esposo, muere prematuramente, y el niño es educado por su abuela, que le enseña la historia de los planetas, el lenguaje de los pájaros, las astucias de los castores: un anciano guerrero, Jagoo, amigo de Nokomis, regala al niño un arco de fresno y le envía á cazar. Hiawatha regresa de la caza orgulloso por haber muerto por su mano á un gamo. Toda la aldea asiste á celebrar en fraternal banquete esta primera victoria. Todos aplauden y aclaman á Hiawatha, dándole el nombre de Corazón fuerte. Ya en la edad viril, Hiawatha es el modelo de los cazadores. Dispara diez flechas con tanta fuerza y rapidez, que la segunda hiende los aires antes que la primera haya caído en tierra; escala las más abruptas rocas con abarcas encantadas. No hay bestia feroz, no hay pájaro en los aires que pueda resistir su flecha. Al llegar á la edad juvenil se inquieta por su nacimiento, y pregunta con frecuencia por su padre á la anciana Nokomis. Un día decídese á ir á verle en su reino del Viento del Oeste, y penetra en los bosques, andando una milla en cada paso. Atraviesa el Esconaba, el Mississipí, el país de los Crows, el de los Cuervos, el de los Gatos, el de los Pies Negros; pasa las montañas Rojizas, y, por fin, se halla en presencia de su padre. Al ver á aquel adolescente, tan hermoso y tan altivo, Mudjekewis siente conmovido su corazón: «cree ver la belleza de Wenona salir de la tumba irguiéndose ante él.» Acoge afectuosamente á Hiawatha, le retiene á su lado y le refiere sus proezas. El joven le escucha por mucho tiempo silencioso. «Su corazón es un carbón ardiente» cuando se acuerda que aquel hombre ha engañado á su madre. De súbito exclama: «¡Oh, Mudjekewis, tú eres el que has matado á Wenona, el que ha marchitado el lirio de la pradera y el que lo has pisoteado con tus pies! Tú lo declaras, tú lo confiesas.» Mudjekewis baja la frente. En seguida trábase combate entre el padre y el hijo. Viento del Oeste, vencido, huye hacia las lagunas. Hiawatha le persigue hasta allí. «¡Detente—le grita por fin el viejo;—detente, hijo mío! Tú no puedes matarme; yo soy

inmortal. Yo soy dichoso con haber puesto á prueba tu esfuerzo. Vete ahora á recibir el premio de tu valor; regresa á tu pueblo; purga la tierra de todas sus plagas; que los bosques y los ríos queden por tí libres de sus monstruos, de sus magos, de sus venenosas serpientes. Extermínalos, como yo he exterminado al Oso Grande.» Hiawatha obedece y parte, alegre el corazón, por haber vengado los manes de su madre.

Ya entre los suyos, les enseña primeramente el arte de fabricar canoas. «Dame tu vestido, le dice al abedul, y el abedul le cede su corteza; dame tu ramaje, le dice al cedro; tus ramas son fuertes y flexibles, y el cedro le responde: Yo te las doy.» Al poco tiempo se construye la barca; toda la vida del bosque, sus misterios, su magia han emigrado á sus graciosas sinuosidades. Flota la barca en el río como la hoja de otoño ó el lirio acuático. Un amigo de Hiawatha, Kwasin, se sumerge en el río, separa el ramaje y los troncos de los árboles que lo obstruyen, y revélase á los indios el arte de la navegación. Hiawatha les enseña igualmente el arte de pescar el sollo «rey de los peces.» Ataca y extermina al mágico Megis Sowon, custodiado por venenosas serpientes, quien desde su caverna envía vapores pestilenciales, la fiebre palúdica sembrando la muerte entre las tribus. Piensa después en tomar esposa y va á buscarla al pueblo hostil de los Dakotas, á fin de que se olviden las añejas enemistades y de cicatrizar las inveteradas heridas. Elige á Minnehaha (el Agua risueña). Se apodera de su corazón y de la estimación de su padre deponiendo á sus pies un gamo, al que en la caza ha dado muerte. La pide y es recibida con agrado su petición: celébranse las bodas en la cabaña de Arrow-Maker (el constructor de flechas), padre de Minnehaha; luego, estrechadas las manos, aléjase la joven pareja á través de los bosques y de las praderas, mientras que la madre de Minnehaha les sigue con la vista, y el padre murmura filosóficamente: «De este modo nos abandonan las hijas que amamos y que nos aman, cuando han aprendido á ayudarnos en la vida. Viene un joven con flotantes plumas y ensortijados cabellos, un extranjero que se pasea fumando á través de la aldea, si dirige

á la joven más hermosa del país, y ésta le sigue inmediatamente abandonándolo todo por un desconocido.»

Los amigos de Hiawatha, la ardilla y los pájaros, conducen á los dos enamorados. «Eres bien dichoso, dice el pájaro azul á Hiawatha, al poseer tal esposa: y tú, cuán feliz eres, dice el gorrión á Minnehaha, al tener semejante esposo.» El sol les dice á través de las ramas: «Hijos míos, el amor es la claridad del día, el odio es la oscuridad. La vida está matizada de luces y sombras. Reina por el amor, oh Hiawatha.» La luna les habla igualmente en la noche: «Hijos míos, les dice, el día es inquieto, la noche es tranquila. El hombre es imperioso, la mujer débil. Yo poseo la mitad del tiempo, aunque tenga que obedecer. Reina por la paciencia, oh Minnehaha.»

La originalidad de este delicado idilio es el diálogo perpetuo de la naturaleza con el salvaje. Los árboles, los arroyos, los astros se animan sucesivamente y cada animal tiene un lenguaje particular.

Al llegar los jóvenes esposos, son celebradas sus bodas con magnificencia por la anciana Nokomis. El bello Pau-kukewis alegra la fiesta con sus místicas danzas; el cantor Chibiabos divierte á los convidados con la armonía de sus cantos: finalmente, Jagoo, el gran jactancioso, reanima su atención y les divierte toda la noche con sus cuentos fantásticos. Naturaleza privilegiada, Jagoo posee el secreto de someter la credulidad de su auditorio á nuevas pruebas y de hallarla siempre dócil y complaciente para sus invenciones. Jamás ha oído hablar de una aventura sin que á él mismo le hubiera pasado otra mayor: nadie ha atravesado más precipicios que él, ni se ha sumergido tan profundamente en las ondas, ni pescado tantos peces, ni dado muerte á tantos gamos, ni cogido tantos castores, ni visto tantos milagros como Jagoo el gran narrador.

Después de esta unión empieza una era de felicidad para la tribu de los ojibways. Entiérrase la maza de guerra y se olvidan los cantos belicosos; los cazadores marchan á los bosques, sin temor de ser atacados por guerreros enemigos. Las mujeres se dedican sin inquietud alguna á sus pacíficas

labores. En torno de la feliz aldea, los maizales extienden su verdegueante plumaje. Hiawatha enseña á sus hermanos el arte de proteger esta preciosa planta contra los insectos rapaces, contra el tizón, los dragones volantes y los cuervos; les enseña á representar por medio de grabados místicos, al grande, al mal Espíritu, la vida, la muerte, los hombres, las bestias, los peces, la luna, el sol, y por fin, les revela el uso de sustancias simples y los sagrados misterios del arte de curar.

Tantos méritos y el carácter divino de su misión no le libran de pruebas terrestres; bien pronto es cruelmente herido en sus afecciones. Su mejor amigo, Chibiabos, perece por su imprudencia, sepultado bajo los hielos. Hiawatha le llora amargamente por espacio de siete semanas, y los pinos, asociándose á su dolor, balancean tristemente su ramaje sobre su cabeza; el pájaro azul y el pájaro rojo repiten sus lamentos; para olvidarle, evocan los mágicos la sombra de Chibiabos, la cual no puede atravesar el dintel de su *wigwam*. El desgraciado cantor pasa, sobre un tronco flotante, el melancólico río del Silencio; llega al lago de Plata, que atraviesa en canoa de piedra, y penetra en el país de los espíritus y de los bienaventurados. Otro amigo de Hiawatha, Kwating, el hombre fuerte, es traidoramente asesinado en su sueño. Un tercero, Pau-ku-Kewis, perezoso libertino, siembra la corrupción y el amor al juego en la aldea, insulta á Hiawatha durante la ausencia de éste y huye cobardemente ante su cólera. Pero en vano trepa á las más escarpadas alturas; en vano se oculta en las lagunas y busca un abrigo tras de los diques de los castores; es alcanzado y muerto por el brazo vengador del héroe.

Finalmente, una noche de invierno entran dos mujeres en el *wigwam* de Hiawatha y se sientan silenciosas cabe su hogar. Negros son sus vestidos, siniestras sus figuras. No obstante, Hiawatha y su esposa les dan hospitalidad. A media noche el héroe es despertado por sollozos y lamentos: ve á las dos huéspedes sentadas junto á su cabecera y llorando en la oscuridad. «¿Quiénes sois?—exclama,—¿por qué lloráis? ¿Tenéis alguna cosa en qué reprendernos?—Generoso Hia-

watha—responden ellas,—somos almas de difuntos: venimos del reino de las sombras á advertirte que una calamidad terrible va á caer sobre tí y los tuyos.» Y desaparecen: poco después llega el invierno, cada día más rudo: el hambre y la enfermedad vienen á afligir á la población. Las dos plagas no perdonan la morada de Hiawatha. La dulce Minnehaha languidece y muere de fiebre y de inanición junto á la anciana Nokomis, mientras que en vano recorre su esposo los bosques, arco en mano, implorando la asistencia del gran Manito. Al entrar en su *wigwam* encuentra á su muy amada, rígida y fría, sobre su lecho. Siéntase y llora en silencio cerca de aquellos pies, que ya no correrán ligeros á su encuentro ó para seguirle. Cubre su faz con sus manos, y permanece sentado siete días y siete noches, como desvanecido, mudo, inmóvil, sin conciencia del día ni de la oscuridad. Después da sepultura á Minnehaha, envuelta en su traje de armiño, bajo los murmurantes abetos: la nieve cubre su tumba como un tapiz, y se encienden cuatro fogatas para que acompañen á su alma á las islas de los bienaventurados. A sus llamadas, Hiawatha sale de su letargo, y se dirige á la puerta de su *wigwam*, para dar el último adiós á su adorada esposa.

En tanto el imperio del invierno toca á su fin. El sol se levanta en el cielo como brillante guerrero y hace desaparecer las nieves: empieza á murmurar el arroyuelo y la tierra á despedir perfumes: las hojas y las ramas se entrelazan: con la luz y el calor renace la esperanza en todos los *wigwams*. Siente Hiawatha menos amargo su dolor y dirige al mundo menos dolorosas miradas. En este momento llega el jactancioso Jagoo, el gran viajero, refiriendo más extraordinarias noticias, más inauditas, más increíbles que todas las precedentes. Ha visto un lago más extenso que el Gitchegummy (los grandes lagos del Oeste), lago cuyas aguas eran tan amargas, que nadie podía beber. Los guerreros y las mujeres se miran diciendo: «Eso no puede ser.»—«Sobre ese lago—añadió Jagoo—he visto una gran canoa, coronada de grandes chozas de madera, una canoa que volaba sobre las olas con alas más altas que las copas de los abetos. De sus entrañas ha brotado el trueno.—¡Qué fábulas—decían los

guerreros y las mujeres—nos cuenta este viejo chocho! ¿Piensa que le vamos á dar crédito?—De esta canoa—prosi-gue Jagoo—han salido centenares de guerreros con rostros pintados de blanco: sus barbas estaban cubiertas de cabellos.» Al oír esto, los guerreros y las mujeres se echan á reír: tan sólo Hiawatha no se ríe. «Lo que refiere Jagoo es cierto —les dice.—Yo mismo lo he visto en una visión. He visto la gran canoa coronada de chozas; he visto su tripulación de rostros pálidos y de barbas cabelludas, venidos de las regio-nes de Levante, del país de Wabum. Guitche-Manito, el po-deroso, los envía aquí: bajo su planta florece una flor desco-nocida entre nosotros (1). Voy—añade—á revelaros toda mi visión, que contiene los secretos de nuestro porvenir. He vis-to nuestro País, hasta las lagunas del Oeste, invadido por nube de naciones desconocidas, agitándose sin descanso, hablando diversas lenguas, y teniendo sin embargo un mismo corazón, y obedeciendo á señales místicas. Sus hachas reso-naban en el bosque; el humo de sus ciudades se elevaba so-bre todos los valles. En todos sus lagos y ríos se deslizaban sus grandes canoas armadas del trueno.

» Pero después ha pasado ante mi vista, como vaga nube, una visión más triste y más sombría. He visto dispersa á nuestra Nación. Nuestras tribus, olvidadas de mis consejos, se han debilitado en fratricidas luchas. He visto las reliquias de nuestro pueblo rechazadas hacia el Oeste, huir conster-nadas; las he visto barridas como las brumas en la tempestad ó como las hojas amarillas del otoño.»

Poco después se verifica el relato de Jagoo el hablantín. Hombres blancos, oriundos del lejano país de Wabum, lle-gan traídos por una canoa de corteza. Uno de ellos está ves-tido de negro ropaje; es el profeta de la oración, el represen-tante de un Dios desconocido. El noble Hiawatha conoce su misión, y cuando el hombre de la negra veste desembarca con la cruz en la mano, dirígese á él para recibirle en la ri-bera, le conduce á su *wigwam*, le presenta la pipa de la paz

(1) Probablemente la civilización.

y le hace descansar bajo su techo. Durante el sueño de su huésped, se despide de la anciana Nokomis y se embarca para las soledades del Noroeste: sus hermanos, los Obijwais, ya no le volverán á ver. En vano los guerreros, las mujeres y los niños salen de sus moradas y le suplican que se quede con ellos. Su resolución es inquebrantable. «Ya nada tengo que hacer entre vosotros—les dice;—vuestro amo es, de hoy en más, el huésped que ahora duerme bajo mi techo. Escuchad sus palabras de sabiduría; creed en las verdades que él os ha de enseñar. El Señor de la vida lo ha enviado. Hiawatha, el elegido de la vida, no era más que un precursor. Se ha cumplido su misión, y cede el puesto á la palabra viviente, á los sacerdotes del Cristo.»

En este final conmovedor descúbrese la musa que inspiraba á *Evangelina*, musa amiga y consoladora de los afligidos y desheredados. Otros podrán hacer grandes poemas celebrando en épico verso y con reminiscencias clásicas el triunfo de la civilización sobre la barbarie, sin que á su helado corazón importen un bledo las quejas y lágrimas de tantos infelices salvajes, perseguidos y acosados como fieras alimañas en el fondo de sus bosques. ¿Qué, la fuerza no oprime al derecho, y una raza superior no debe ejercer la realeza, para apoderarse del suelo de sus antepasados y plantar en él sus fábricas y tender sus rails conductores de la corrupción y del vicio? Pero no, no; el poeta amado de los dioses siente lo bello, resplandor de lo verdadero y de lo bueno, y no canta al egoísmo ciego, ni al odio, ni al verdugo, ni á la fuerza, aunque esté acompañada del genio y de la gloria, sino á la santa caridad, hija del cielo, hermana del dolor, virtud sublime que vierte en el doliente corazón el bálsamo del consuelo; canta la resignación, fortaleza del desgraciado, haciendo con sus acordes que, orgullosa, levante la ungida frente como hijo de Dios, y grita ¡Execración! á los brutales triunfos de la fuerza, y marca con el indeleble estigma de Caín á los héroes y á los pueblos homicidas: como el misionero de Cristo tiende generosa mano á todos los desgraciados y se separa sin orgullo y sin ostentación de los triunfadores, buscando como el Dante ¡paz! Un gemido, una lágrima ver-

tida en el silencio y en la soledad le inspiran más que el estrepitoso progreso utilitario, más que las deslumbrantes conquistas de la «idea moderna» y las insolencias arrogantes del éxito.

¡Cuánta melancolía transpira la última escena del *Hiawatha*! ¡Cuán profunda huella de tristeza deja en el ánimo la profecía y los adioses del héroe! Se necesita tener corazón de bronce para no compadecer á aquella raza desgraciada, á quien inhumana política va á privar del suelo donde duermen sus padres, y entregar al exterminio. Tal vez el generoso estro de Longfellow quiso, al presentar tan lúgubres perspectivas, ablandar á sus compatriotas, y recordarles las leyes de la humanidad; pero ¡ay! su eco no ha sido escuchado, porque, después de la publicación del *Hiawatha*, han visto las tribus indias empeorarse su situación. Cada año son más duros, más implacables sus perseguidores, y, á pesar de los gritos de reprobación que exhalan humanos pechos, continúanse fríamente las ejecuciones y las matanzas en masa. Y, sin embargo, «el profeta de la oración» que, con la cruz en la mano, fija su planta en el suelo americano y duerme bajo el hospitalario techo de Hiawatha, simbolizaba una civilización diferente. ¡No le acompañaban el odio, ni la destrucción, sino el amor y la fraternidad! Hoy, la Iglesia católica continúa su misión pacífica y civilizadora, en el fondo de los bosques y de las montañas del Oeste, abrigo de estas desgraciadas tribus; les instruye, les comunica la «buena nueva», en tanto que los decantados apóstoles de la «idea moderna» ven que es más sencillo y más expeditivo exterminarlos. ¡Honor eterno al catolicismo: eterna confusión á sus denigradores!

Considerado literariamente, *Hiawatha* no llega á lo patético de *Evangelina*, pero se halla esmaltado de bellezas de orden superior, y puede figurar sin desdoro entre las producciones más sobresalientes de nuestro siglo. No es, propiamente hablando, un poema, sino más bien una sucesión de cuadros de mucha sencillez y frescura, que exhalan el aroma de las pampas y de los vírgenes bosques americanos. ¡Cuando apareció este poema, causó profunda emoción en el mundo literario y excitó entre los sabios viva disputa, acerca de si el mito, que

es el fundamento de esta producción, es verdaderamente tradición india, ó si Longfellow, familiarizado con la literatura del Norte, había tomado el asunto de un antiguo poema finlandés; pero ya hemos dicho á qué debemos atenernos en esta cuestión, y aunque fuera cierta la última hipótesis, nadie podría desconocer la mucha originalidad que encierra, y la exactitud con que dibuja la naturaleza de un héroe Piel Roja, la vida rústica y de la tribu, y el hermoso suelo americano. La infancia, educación, la estancia de Hiawatha con su padre Mudjekewis, su matrimonio, sus trabajos y sus pruebas, los funerales de la hermosa Minnehaha, la marcha del héroe hacia las latitudes del Oeste son escenas muy expresivas, de delicadísimo toque, de no prestado colorido, bordado con exquisitas pinceladas. Sus salvajes no son filósofos, como los ha pintado algún poeta, que disertan con elegante facundia, acerca de los vicios y corrupción de los europeos, arrojándonos al rostro, con un tantico de insana ironía, la sencillez y hasta grosería del estado salvaje, no, sino hombres incultos, cual debieran existir en los tiempos primitivos, en toda su rustiquez y siguiendo sus instintos naturales; de modo que á Longfellow puede, sin adulación y sin violencia aplicarse lo que del vate meonio se ha dicho: «Natura dictaba y Homero escribía.»

Terminaremos la rápida ojeada que á este poema hemos dirigido, haciendo nuestras las palabras de un crítico eminente. «El *Canto de Hiawatha*, dice Mr. Montegut (1) es la obra más perfecta que hasta ahora ha producido Longfellow. Un soplo de la naturaleza ha pasado por estas páginas: suscita, por decirlo así, y hace temblar sus imágenes como el viento suscita y hace temblar las hojas en los bosques. La melodía de los versos, rápida y monótona, se parece singularmente á las voces de la naturaleza, que jamás se cansa de repetir los mismos sonidos... El sentimiento de la naturaleza que reina en este poema es á la vez muy refinado y muy familiar. El poeta sabe prestar, como un moderno, voces á

(1) Larousse. — Grand Dictionnaire Universel. — Art. *Le Chant d'Hiawatha*.

todos los objetos materiales, y sin embargo, á pesar de esta sensibilidad poética, jamás se extravía en minuciosas descripciones... Su poema, hecho con arte exquisito, participa también de dos caracteres: es *homérico* por la precisión, sencillez y familiaridad de las imágenes: es moderno por la vivacidad de las impresiones y por el soplo completamente lírico que recorre todas las páginas. De esta mezcla nace un sentimiento enteramente especial, un poco artificial y arcaico, pero singularmente exquisito y raro, bastante parecido al que hacen experimentar otras tentativas análogas de grandes poetas modernos, pretendiendo reproducir la vida y el espíritu de los tiempos pasados, ciertas baladas de Goëthe, por ejemplo, ó ciertos poemas de Enrique Heine.»

XXVI.

Inmensa gloria coronó la musa de Longfellow con la publicación de *Hiawatha*: veíase aclamada por todos los Estados Unidos como la primera, pero no había satisfecho todas las exigencias quisquillosas de los yankees. El orgullo puritano no podía ver con buenos ojos que un anglo-sajón, un hijo del Massachusetts, decorase con los esplendores de la poesía á Acadianos, á odiados jesuitas y á miserables salvajes, como si á la soberbia Unión americana le faltaran Aquiles dignos de inspirar á un Homero. ¿No acusaba esta preferencia del poeta poco patriotismo? ¿No debía Longfellow presentar á Europa, en versos armoniosos, la vocación providencial de la raza anglo-sajona, raza privilegiada y bíblica? ¿No podía su talento dar asa á los latinos y papistas para que formularsen argumentos contra la doctrina nacional? Tales eran las quejas de los puritanos de Boston, sanhedrin exclusivo y sombrío: para complacerles compuso Longfellow en 1858 su poema: *Miles Standish Courtship*, los *Amores de Miles Standish*, cuyos personajes son fervorosos puritanos desembarcados del *May-Flower*, navío que bajo la domina-

ción de Jacobo I condujo á las costas de América á algunos disidentes llamados brownistas, núcleo después de la colonia puritana.

El héroe Miles Standish es un anciano capitán, que había guerreado mucho tiempo en Flandes contra los españoles; en las playas americanas tiene á sus órdenes á doce hombres bien armados y equipados, quienes conducidos por él, rechazan todas las incursiones de los salvajes: es el Macabeo de la colonia. Este bravo al fin es hombre y siéntese herido por las flechas del amor, hallándose perdidamente enamorado de Priscila, joven huérfana, hermosa, paciente y valerosa; un ángel, en una palabra, sobre la tierra. Para recompensar sus virtudes, Miles Standish quiere hacerla su esposa, ocupando en el desierto hogar del capitán el puesto vacío por la muerte de la primera esposa de éste. Pero, timidez ú orgullo excesivo, este paladín de la Biblia no puede resolverse á declarar su atrevido pensamiento á la joven y encarga á su amigo Alden, el más joven de los pasajeros del *May Flower*, que la vaya á pedir en su nombre: «Yo soy, le dice, un hombre de guerra, pero no un componedor de frases hermosas: tú, que eres un *scholar* perfecto, tú podrás exponer en hermoso lenguaje mi amoroso sentimiento, del modo más propio para hacerme dueño del corazón de esta hermosa.»

El blondo Alden escucha en silencio, sorprendido, consternado, porque en secreto también ama á Priscila. Pero el deber y la amistad se sobreponen al amor. Preséntase á Priscila y expone con calor la causa del glorioso veterano de Flandes. Pero ¡oh vanidad del sacrificio y de nuestras heroicas resoluciones! Habla con tanto celo, es tan sublime y tan hermoso en su heroísmo, que Priscila le responde:— «Juan Alden, ¿por qué no habláis por vos mismo?» El negociante sale aturdido y va á referir el resultado de su entrevista al anciano capitán. Standish le esperaba tranquilamente leyendo los *Comentarios de César*, y sonriéndose ante la sorpresa y la alegría que iba á sentir la joven huérfana, viéndose requerida de amores por tan ilustre personaje. Al oír el relato que le hace Alden, palidece, salta de su asiento y su có-

lera estalla como una bomba.—«Tú me has hecho traición, exclama; John Alden, tú me has engañado y suplantado, á mí, á Miles Standish, que te abrigaba bajo mi techo; que te amaba como un hermano. ¿Tú también Brutus? De hoy en más ya nada puede existir entre los dos, más que el odio, la guerra eternos.» Aunque inocente, Alden devora el insulto en silencio. Aléjase y vaga por las orillas del mar y quiere volverse á Inglaterra con el *May-Flower*; pero en el momento de embarcarse ve á alguna distancia á Priscila, que le dirige miradas llenas de tristeza, de reconvención y de súplica. Al verla, pierde el deseo que tenía de marcharse y dice:—«Me quedaré para protegerla.»

Y en verdad que las hermosas puritanas tienen mucha necesidad de protectores, porque los indios han roto la tregua y Miles Standish se ha marchado con sus doce valientes á combatirlos. Esta expedición aumenta su gloria: toda la colonia celebra el valor y las hazañas del héroe. Solamente Priscila se entristece con sus victorias. Miles vencedor y salvador del pueblo, le es más odioso aún que el Miles veterano de Flandes, jactancioso, bravucón, en Plymouth. Tiembla á la idea de que su popularidad aumente sus pretensiones, y le autorice á pedir la mano de la huérfana, como cívica recompensa á su valor debida. Por esta razón se esfuerza en estimular á Alden, en vencer sus escrúpulos, en encadenarle irrevocablemente antes de que regrese Standish. Un corazón tan ingenuo y tan sencillo como Alden, es muy débil y se halla muy desarmado ante esta estrategia femenil. En vano se defiende el pobre mozo: ha jurado no hablarle nunca de amor, y se abroquela en el papel de amigo desinteresado. Una tarde de otoño, Priscila hila al torno delante de su puerta. Alden hállase sentado delante de ella; admira la destreza de sus dedos, y la felicita con mucho entusiasmo.—«Vos no sois Priscila, le dice, sino Berta, la hermosa hilandera.» Y después de corta pausa:—«En verdad que sois la hermosa Berta, reina de Helvecia. Algún día, cuando las jóvenes dejen el torno, las matronas, reprendiéndolas, les hablarán de aquellos buenos tiempos pasados, de los tiempos de Priscila la hilandera.»—«Pues bien, responde la joven con magnífico

aplomo y la más irresistible sonrisa; si soy el modelo de las mujeres, sed vos el modelo de los maridos. Tomad mi madeja en la mano, mientras que yo divido: y ¿quién sabe?... Cuando el tiempo y las costumbres hayan cambiado, los padres hablarán á sus hijos de aquellos buenos tiempos pasados, de los tiempos de John Alden.» El tímido amante obedece; de cuando en cuando los dedos de la hermosa tocan los suyos, enviando como descargas eléctricas á todos los nervios de su cuerpo. En medio de esta embelesadora ocupación, llega una noticia á sus oídos: Miles Standish ha muerto en una emboscada. Una flecha envenenada ha dado fin á su carrera. Alden se turba y experimenta un sentimiento, mezclado de dolor y de libertad, como si la flecha del salvaje hubiese roto los lazos que retenían cautivo su corazón. Levántase conmovido, y sin darse cuenta de lo que hace, toma la mano de la hermosa Priscila, y exclama:— «¡Que ningún hombre separe á los que el Señor ha unido!»

Días después, toda júbilo es Plimouth, celebrando la boda de los dos enamorados. Súbitamente, al terminarse las nupciales fiestas, vese aparecer, bajo casco de acero, sombría y melancólica figura. Palidece la desposada. ¿Es un fantasma? ¿una ilusión espectral? ¿un aparecido, salido de la tumba para turbar á los jóvenes esposos en su alegría? No: es el capitán Miles Standish, en carne y hueso, que toma la mano de John Alden, y le dice:— «Perdóname; por mucho tiempo he sido duro é injusto contigo. Por mucho tiempo he guardado mi rencor. Ahora le he vencido. La sangre que corre por mis venas es la de Hugues Standish, mi abuelo; pronto á sentir las ofensas, pero pronto también á reparar sus errores.»—Nunca fué Miles Standish más amigo de John Alden que hoy. «Todo quede olvidado,» responde el dulce puritano. Y Standish, acercándose á Priscila, la saluda con la marcialidad de un valiente y la cortesía de un caballero.—«Hubiera debido, le dice, recordar el adagio: «Si quieres ser bien servido, aprende á servirte á ti mismo,» ó este otro: «No se cogen por Navidad cerezas en Kent.»

Aunque insertamos á continuación de las composiciones épicas los *Amores de Miles Standish*, atemperándonos á la cro-

nología, sin embargo, por la muestra que hemos dado, nada tiene de épico semejante producción, que encierra la eterna y cómica historia del viejo engañado y suplantado, ante una hermosa, por un rival de ignoradas y más valiosas prendas. Hallamos completos y pintados al natural los tres caracteres que constituyen la trama ordinaria de nuestras comedias. Miles Standish es el tipo del veterano glorioso, parecido al del capitán Alegría de nuestra zarzuela *El valle de Andorra*, que «no sabe resistir al ¡quién vive! del amor,» avezado á conquistar el corazón de las hermosas, con sólo retorcer su bigote. Priscila es una coqueta dotada de mucha discreción, y John Alden es el austero é inflexible puritano, que cifra toda su gloria en sacrificarse por los demás y que se destroza el corazón, aceptando por fuerza el papel de amigo. Estos tipos son muy reales, pero burgueses y sin brillo alguno. A pesar de este modo de glorificar á sus antepasados, los puritanos del Massachusetts acogieron con ardiente entusiasmo á *Miles Standish*, haciéndose rápidamente este poema muy popular en los Estados Unidos. De seguro no hubiera obtenido tal fortuna un canto puritano, como la que obtuvo este bosquejo de costumbres de los primeros colonos ingleses.

XXVII.

Lleno de gloria y de aplausos, consagró Longfellow los años siguientes á las ocupaciones del profesorado, entreverándolas con estudios profundos acerca de las literaturas comparadas de Europa. Sin embargo, no se despidió de las musas, que tanto le habían favorecido. Entonces, meditando sobre la grosería y fanatismo de los primeros puritanos, dió á luz, con noble valor, dos dramas históricos, *Jolin Endicott* y *Giles Corey*, en los que ya rápidamente nos hemos ocupado.

En sus últimos días, buscando la paz se retiró, después de haber dimitido su cátedra de profesor, á su elegante hotel de Cambridge, cerca de Boston, hallando en las simpatías de sus conciudadanos y en el respeto que se le tributaba, leniti-

vo á sus dolores domésticos. Fiel á la poesía, solamente abandonó el Parnaso por el Gólgota, pidiendo á la musa cristiana inspiraciones robustas y más elevados cantos. Sus últimas producciones, *Los Macabeos* y *La Divina Tragedia*, revelan el sentimiento religioso de los primeros fieles del cristianismo, concretando y determinando sus creencias. En la primera hace una exacta pintura, con la riquísima paleta que le es propia, de la época más brillante del pueblo judío, cuando éste luchaba, con el valor de los héroes de Homero, por las dos cosas más grandes que el hombre tiene, por su Dios y por su patria, contra el invasor extranjero. Descripciones sumamente pintorescas de la Palestina, toques vigorosos en que se revela la inspiración pensada del sabio, unida al calor del romántico, conocimiento y exacto dibujo de los caracteres, pensamientos profundos bellamente expuestos, es lo que constituye la trama y relieve de este poema (1). En la *Divina Tragedia*, tal vez viniéndole á las mientes la *Mesiada* de Klopstock, presenta en escenas sucesivas, y con pinceladas dignas de su alma cristiana, el nacimiento y la doctrina, los milagros y la sublime pasión del Redentor del mundo. Todavía se descubren en su paleta *i segni de l'antica fiamma*, pero reprimidas, pues cansado su ánimo de fastuosas futilidades, sólo hallaba alimento en lo infinito, con que le brindaba la religión: renunció, pues, á la idolatría del arte, por

(1) Longfellow, tan concedor de nuestra literatura, tal vez se inspiró en el rabino español, Miguel de Silveyra, quien publicó el *Macabeo*, poema heroico, del cual hemos visto la edición en 8.º pergamino, hecha en Madrid por Francisco Martínez en 1731, dedicada á D. Pedro Pérez de Guzmán, Conde de Niebla, primogénito de los Duques de Medina-Sidonia. Por el prólogo de esta obra sabemos que trabajó en ella 22 años y la leyó á los eruditos de España é Italia, pues la primera edición salió á luz en Nápoles. Este curioso libro representa lo que podemos llamar síntesis ó conjunción poética de las escuelas conceptuosa y prosáica: su estilo enflautado y lóbrego, lo hace casi ininteligible á los más perspicaces literatos. La máquina ó maravilloso, como los caracteres y demás condiciones del poema, es propia de un libro de caballerías, sin un atisbo siquiera de sabor bíblico, si se exceptúa el rótulo y los nombres de los personajes. En tantos centenares de octavas como contiene, no hallamos más que estos dos versos dignos de un poeta:

acogerse á la cruz, *spes única* del hombre y del genio, último término del *Excelsior!* al que, en el hervor de su vigorosa musa, sujetaba los insaciables y extraviados deseos del hombre.

XXVIII.

Rápidamente hemos expuesto las producciones más principales del vate norteamericano, en cuya musa, como habrán podido observar nuestros lectores, domina el más puro y el más religioso lirismo, inspirado en la naturaleza del suelo americano, y en la fe en lo sobrenatural. Otros poetas, orgullosos como el ángel caído, creyendo su cerebro de derecho divino, caen en los abismos de la negación, deifican la humanidad en sí mismos, y envuelven la blasfemia en una profecía; no así el autor de *Evangelina*. Ha sabido conquistar la palma de poeta y ha respondido al nombre de cristiano, uniendo el himno á la oración, y con fe de sabio é inspiración de artista, hanos enseñado cuál debe ser la misión del hombre en el planeta.

Verdad es que, como dice un crítico (1): «Considerado co-

Verted en su sepulcro, á manos llenas,
deshojados claveles y azucenas;

versos que nos traen á la memoria los de Virgilio referentes al joven Marcelo, siendo en realidad todo el poema, un arlequín basado en reminiscencias clásicas. Este mismo argumento, de que tan poco mineral sacó Miguel de Silveira (á pesar de sus estudios de medicina, matemática, jurisprudencia y filosofía en Coimbra y Salamanca), fué considerado dignísimo de la trompa épica por Torcuato Tasso, que antes de escribir su *Jerusalén libertada*, pensó hacer de los Macabeos su epopeya.

Quien desee más noticias acerca del poeta y del poema, puede ver un artículo publicado con el título del *Macabeo*, poema heroico, en el *Mundo Político* de 1880, debido á la erudita y correcta pluma de nuestro amigo D. Miguel Gutiérrez, y también puede consultar la *Biblioteca de Rabinos españoles*, de Castro.

(1) Filiberto Soupé, citado por Larousse: *Dictionnaire univ.* art. Longfellow.

»mo poeta original, Longfellow no podría, sin insostenible
 »hipérbole, ser agregado á la gran familia de los genios supe-
 »riores; no se cierne, á manera del águila, á través de los es-
 »pacios, ni posee el soplo omnipotente que electriza á las
 »masas, ni aquel *os magna sonaturum*, de que habla Horacio:
 »no busquemos en él un discípulo de Homero ó de Sófocles,
 »de Dante ó de Shakespeare, de Corneille ó de Milton. Ape-
 »nas se aproxima á Byron ó Goëthe: Crabbe y Wordsworth,
 »Burger, Uhland, Manzoni y Pellico son sus verdaderos
 »hermanos en inteligencia. Un sueño moderadamente vago,
 »una melancolía dulce y quejumbrosa, sobriedad y elección
 »en las descripciones, cierta tendencia á la alegoría, morali-
 »dad pura y exquisita, tales son los caracteres principales de
 »esta musa juvenil y virginal, cuya sonrisa nada tiene de for-
 »zudo, cuyas lágrimas nada tienen de amargo, y que se nos
 »aparece con la palma en la mano y la aureola en la fren-
 »te... No se debe exigir de él aquella mirada penetrante,
 »aquella profundidad de pensamientos, aquella amplitud de
 »desarrollo que caracterizan á algunos reyes de la intelligen-
 »cia; pero no se puede desconocer que posee talento y gusto,
 »principalmente dulzura, gracia, *un no sé qué* de agrado y en-
 »canto, sensibilidad contenida, imaginación que se modera,
 »en fin, medida en todas sus cualidades... En vez de dar
 »rienda á su fantasía, de lanzarse por cualquier cosa á los
 »cuatro vientos, y de reunir so pretexto de invención, mons-
 »truos y quimeras, se contenta con concepciones posibles,
 »con combinaciones razonables, con leyendas que tienen un
 »fondo de verdad ó de verosimilitud. Su sueño, delicado y
 »amable, no degenera en sutileza de mala ley: huye de digre-
 »siones místicas, de alambicadas abstracciones y de vaga-
 »bundas excursiones á través de las nubes. En sus versos es
 »justo el sentimiento, sincera la melancolía: no hay nota
 »falsa, ni exceso, ni pretensiones, ni disimulo, y en ellos no
 »se encuentra ninguna de esas venas lacrimosas que perpe-
 »tuamente corren por el papel en inagotable ola de elegías.»

No: no es Longfellow un genio superior que abarque con
 la grandeza de sus pensamientos y la valentía de sus inspi-
 raciones, lo visible y lo invisible, la tierra con sus espinas y

el infierno con sus horrores; pero tampoco es reo de los pecados en que, degradando su misión, se precipita la musa de los poetas del siglo XIX, cantando con la soberbia de Luzbel, la venganza, el odio blasfemo, y al mal personificado en Satanás, el amor en la disolución, la gloria en la conducta tortuosa y extravagante, ni, revolviendo la inmundicia social, nos presenta escenas de efecto con moral de charlatanes y de plazuela, idealizando vicios y virtudes ó personificando abstracciones, hijas de calenturienta fantasía. Su musa, creyente, sencilla y candorosa, no se burla ni satiriza, considerando la vida como una comedia, ni maldice con heroico orgullo, tomándola como tragedia, sino como un drama, en el que sobre la lucha del bien y del mal, sobre el conflicto de principios, el hombre, ni esclavo ni tirano de la naturaleza, debe hacer predominar su realeza, desplegando su energía y su actividad, y rescatarse del pecado, por medio de la elevada aspiración. Conociendo la excelsitud de su misión, y sintiendo á la par la dignidad del siglo, mantiene su genio como Manzoni, «virgen de serviles encomios y de cobardes ultrajes:» no adula á los tiranos, ni prodiga incienso aún más infame á las turbas, pero profesa culto severo y profundo, y canta, no «á la licencia desgreñada, vil ramera del motín,» sino á la libertad, que ostentándose

Plácida cual la luz de la esperanza
 Con la paz y el perdón sobre su frente
 Blanda la faz, benigno el continente (1),

es

..... la deidad esclarecida
 que alumbra con su luz como una estrella
 los oscuros abismos de la vida

y

..... fuente de perenne gloria
 que dignifica el corazón humano
 y engrandece esta vida transitoria (2).

(1) José H. García Quevedo, poeta de Nueva Granada, en su *Oda á la libertad*.

(2) Sr. Núñez de Arce; *Gritos del Combate*.

Como hijo del siglo XIX y de los Estados Unidos, «amó la libertad,—¿quién no ama el día?»—Pero, conociendo que la libertad es medio para que el hombre cumpla con su deber y defienda la verdad y el derecho, que la libertad es el movimiento en el bien, según la bella cuanto exacta definición del P. Félix, pulsa la lira recorriendo todos sus tonos, sin sujetarse á convención de escuela, ni á árido precepto recogiendo la belleza por do quiera (1), retratando la naturaleza americana, haciendo resplandecer la virtud y acompañándola de suaves emociones. Muchos poetas, adquirida la libertad en política, la quieren trasladar á la esfera del arte y de la poesía (2), dispensándose por ende de estudiar la teoría metafísica de lo bello. No así Longfellow: cantaba con reflexión, que es la conciencia de la inspiración, y hubiera considerado como traición al sacerdocio, al apostolado de la poesía, engalanar con oropeles al error y la duda, sumergir al alma en la desesperación, y, con el microscopio en la mirada, envilecer al hombre, so pretexto de analizarlo.

Verdad es que el contemplar la miseria y flaqueza humanas, causa melancolía y pone pavor en el corazón; pero la tendencia de la poesía moderna es acumular dolores sobre dolores, y si antes se adormecía la poesía en un rosado optimismo que como dice una mujer ilustre, era «la posesión momentánea de cuanto el alma desea,» hoy se ostenta lujo

(1) «La poesía, dice el eminente historiador César Cantú en el prólogo á sus *Documentos de Literatura*, no se alberga en el aire estancado de las Academias ó en el corrompido de los palacios, sino que interviene en la vida, se sienta en el hogar doméstico, acompaña al guerrero en el campamento, disputa con el estadista, vaga con el peregrino, se alegra con el viñero; compónese de la belleza esparcida en todo lo creado y del sentimiento de que está dotado cada hombre para comprenderla; de modo que llega á grande altura el que sabe hallar en la verdad motivos de orden más sublimes adormecidos hasta entonces y los aplica al tiempo, á las necesidades, á las creencias é invoca el juicio, no de una asamblea ni de una facción, sino de la mayoría de las generaciones...»

(2) «L'auteur n'est de ceux qui reconnaissent á la critique le droit de questionner le poete sur sa fantasie, et de lui demander pourquoi il á choisi tel sujet, broyé telle couleur, cuilli de tel arbre, puissé á telle source.» Víctor Hugo, citado por Cantú en su *Historia Universal*, t. 6.º

de padecimientos, se hace alarde de presentar emociones dilacerantes, buscándolas en las heces del pecado, en el crimen, no importa dónde, puesto que, olvidadas ó desdeñadas las fuentes de lo patético, sólo se pretende causar retortijones de nervios, conmover la carne, no el espíritu, no el corazón. Blasfema, se burla, ó se lamenta interminablemente la musa moderna, no expresando la rebelión sublime de Prometeo contra la tiranía de los inmortales, no, como debiera, el aliento poderoso de una sociedad que renace, sino el estertor de un moribundo; consecuencia de la afeminada é irreligiosa educación del siglo, la cual sólo pone en el animo el pusilámne valor de quejarse y declamar, y se revela por el excesivo predominio del pensamiento y de la palabra sobre la acción enérgica é incesante que es lo que constituye al hombre (1).

Nuestro amado poeta ha comprendido, nutriéndose en pensamientos elevados y santos, que negligentes lágrimas y estériles y vanidosos lamentos, son alimento muy nocivo para las almas, y que es un crimen pintar á nuestra raza como engañada ó como engañadora, como esclava de la materia, ó como víctima de implacable destino. *Sursum corda* es el poderoso grito de su alma; que colocándose en las ele-

(1) Para que no se nos censure de calumniar ó falsificar el carácter de la literatura moderna, trasladamos á continuación el juicio que merece á un escritor, tan distinguido literato como profundo y elegante filósofo, E. Caro, quien en sus *Nouvelles Etudes morales sur le temps present*, y en el capítulo dedicado al *Suicidio*, dice después de haberse ocupado ligeramente con Goethe, Chateaubriand, Lamartine y Jorge Sand: «No debemos admirarnos de que de la imaginación sombría de estos poetas haya salido una literatura romántica, palabarrera y entusiasta, inspirando á la vez el desprecio de la actividad humana y la curiosidad de lo invisible, enervando la voluntad para la acción y no excitándola más que para la pasión, complaciéndose en pasear incesantemente la imaginación, desde la fatiga de la vida, á lo desconocido de la muerte, sustituyendo en fin á la austera tristeza del cristianismo, que lejos de excluir la acción, la multiplica con la caridad, con una especie de melancolía inquieta que se goza en concentrarse en la agitación solitaria de sus sueños. Tal es esta literatura, verdadera literatura del suicidio, y que tanto ha influido en la generación que nos ha precedido en la vida.» Por desgracia aun influye y Dios sabe cuando se extinguirá su nocivo influjo.

vadas regiones que á la mente ofrece la religión, es como únicamente se puede explicar el gran misterio que se llama hombre, y explicar la desoladora contradicción que existe entre las grandes aspiraciones de su alma, llamada á gozar de lo infinito, y las torpes inclinaciones de sus sentidos, que propenden á encenagarse, al par que endiosarse en el lodo.

Sin sujetarse al molde clásico, ni al romántico, aunque propendiendo á éste, ha comprendido, con la intuición del genio y la reflexión del pensador, que

Ese sonido, como el sol fecundo
 que vibra en todo el mundo
 y resplandece en la palabra humana;
 esa voz llena de poder y encanto;
 ese misterio santo,
 lazo de amor, espíritu de vida;
 ese trémulo acento en que la idea
 palpita y centellea
 como el soplo de Dios en lo creado (1);

que la poesía, en fin, debía servir para pintar las cosas, pero ennobleciéndolas y purificándolas, sin perderse en las vaguedades de un absurdo panteísmo, ni niñar con gritos aparatosos y vacíos del sentimentalismo; que debía empaparse en la vida activa, no en las perezosas alucinaciones del gabinete, ni en los vulgares triunfos de una bandería; que siendo el poeta como nube de fuego, que guió en el desierto á la nación hebrea, debía conducir á sus hermanos á la tierra prometida del honor, del trabajo, del orden y de la moral, combatiendo la misantropía, la inercia y la indiferencia; que debía inculcar la generosidad, la abnegación, la caridad; no inspirar odio, sino benevolencia; no desaliento, sino actividad; que debía rehabilitar el amor á pesar del egoísmo de la época; resucitar el entusiasmo en favor de la verdad y de la virtud, y vigorizar el espíritu entre los vértigos producidos por los cálculos del

(1) El Sr. Núñez de Arce.—*A Darwin. — Gritos del combate.*

interés, por la intolerancia de los partidos, por el predominio de las espadas y de los Gobiernos; que debía reflejar, no los falaces espejismos del siglo que busca, y no encuentra, su equilibrio, sino las claridades celestes; ¡*Excelsior!* y cantar ¡paz! á los hombres de buena voluntad y la gloria de Dios, estampada en sus obras.

Otros poetas norteamericanos, como Bryant, Dana, Halleck, Holmes, sacaron de la cuna á la poesía trasatlántica; pero Longfellow nos la presenta viril y arrogante, como expresión más acabada del genio americano; los Estados Unidos pueden, pues, engreirse de su poeta, y aplicarle lo que un vate de Venezuela (1) decía de Andrés Bello:

¡Salve al dulce cantor, sabio profundo
que su esplendor abona,
y á la América ciñe alma corona
para ostentarla con orgullo al mundo!

mientras que nosotros, casi avergonzados de haber osado tratar con inexperta y torpe pluma, mas no desamorada, al bardo del Massachussets, cerramos nuestro humilde trabajo con las clásicas estrofas de un joven y distinguido académico y poeta (2):

¡Feliz quien nunca en la inviolada lira
al poder tributó venal incienso,
ni elevó al solio de opresores viles
su profanado canto!
.....
¡Feliz quien nunca en el marmóreo alcázar
su voz hiriendo regios artesones
himno entonó que servidumbre inspira
preso en dorados lazos!

(1) Jugo Ramirez en el *Album* dedicado á solemnizar el primer centenario de A. Bello. Véase la *Ilustración Española y Americana* del 22 de julio de 1882.

(2) El Sr. Menéndez Pelayo en la *Oda* al malogrado poeta catalán señor Cabanyes.

¡Feliz quien nunca de la inquieta plebe
 el furor excitó, temió las iras,
 ni arrastró de su musa desgarrada
 el manto por las plazas!

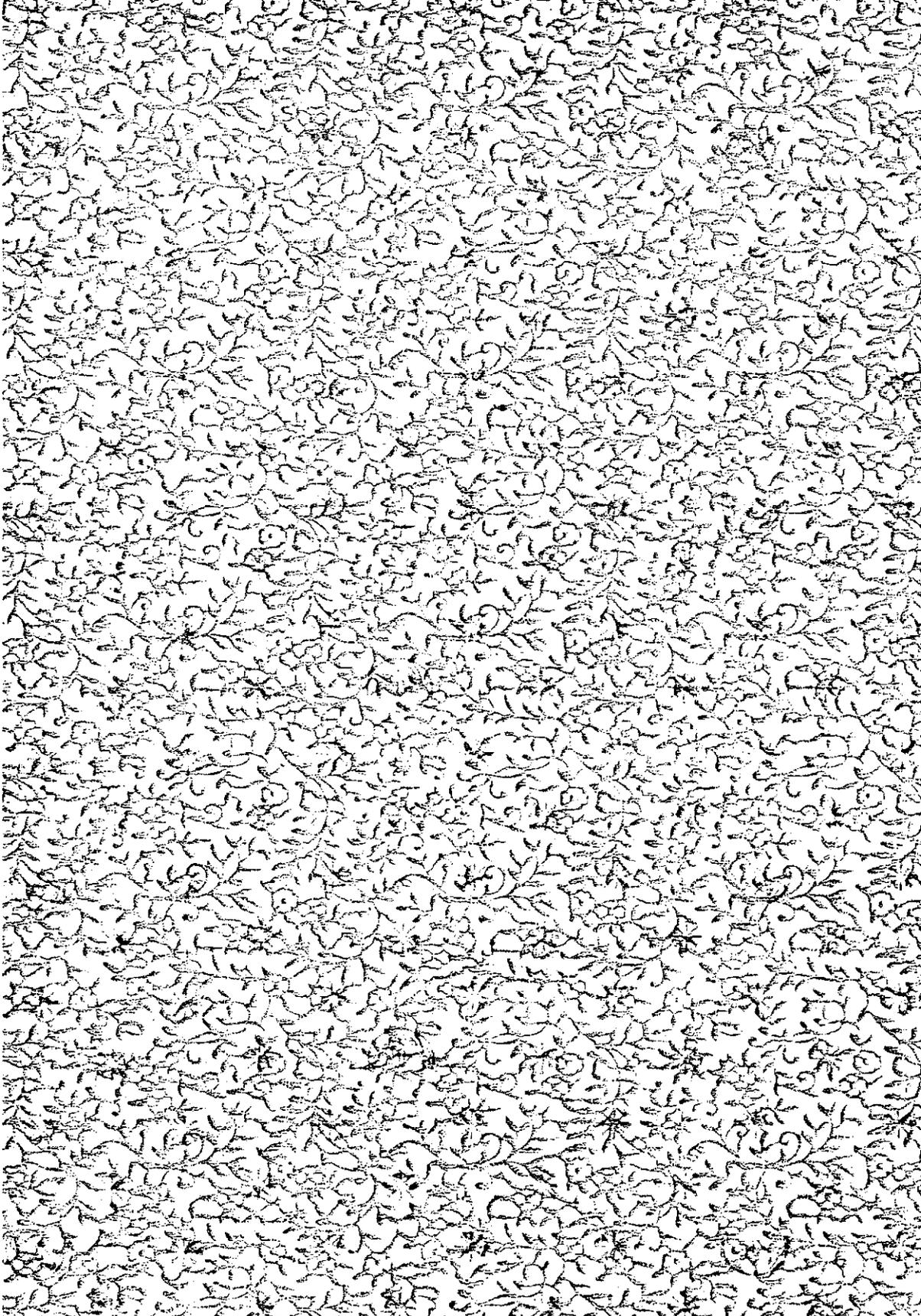
.....
 Maldición para aquél que en muelle ritmo
 vierte sonoro enervador halago,
 y las flores de Chipre regaladas
 torpemente deshoja!

¡Cual Ovidio y Petronio las mancharon
 con labio impuro al profanar los dones
 que sobre ellos vertieron las sagradas
 de Mnemósine hijas!

.....
 ¡Áureos tus versos son: su eco robusto
 vigor inspira, varonil grandeza,
 dignos de edad más fuerte y generosa
 que la nuestra menguada!



Se vende á **2'50 PESETAS** en las principales librerías
y en casa del autor, Cava de San Miguel, 11, tercero.





1001907760

